

Ausencias
que



triunfan



Danner González

Ausencias que triunfan

Ausencias que triunfan

Danner González



© Danner González

© 2024, Tempo Editorial
Colección: Ensayos

Diseño de la colección y cuidado de la edición: Fernanda Llera

Obra incluida en la portada y detalle de portada: *Tanque en apuros colaterales*, de Ildefonso Cecilia (2016)

Fotografía del autor en la solapa: Daniel Hernández

Primera edición: junio de 2024. Impreso en México.

ISBN: 979-889480095-0

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

PALABRAS LIMINARES	13
La casa en la que habitamos	15
Nosotros elegiremos Ítaca	17
Ausencias que triunfan	19
Carta de navegación para llegar a una isla llamada Fidel	41
¡Su majestad, el tren!	55
Albert Camus, defensor de la esperanza	63
Sergio Pitoll: El viajero en el vértice	73
El dios desconocido	87
<i>LITERATURA</i>	89
Javier Cercas no es mejor que Nadie	91
Ocho libros que marcaron mi 2017	95
Rendición, de Ray Loriga	99
Aquí no es Miami	101
Elucubraciones sonoras	103
Tenemos que hablar de Vite	105
Ciudadanos anónimos	109
Desarticular el animal bifronte	113
Terra Alta, Premio Planeta 2019	115
¿En qué creen los que no leen?	119
Demasiado Padura	123
Vuelta a Luis Spota	127
El dios desconocido	131
Páradais, o de cómo se incuba el horror	137
Memoria de papel	141
Libros para leer este 2022	145
Cien años del Ulises	149

De mañana, Costaguana; por las noches, Remadrín...	153
La literatura como coartada	157
Los celos de lo real	159
<i>SERIES Y CINE</i>	163
Elogio de la nostalgia. ¡Spoiler alert para nacidos en los ochenta!	165
Por qué nos fascina Churchill	169
Roma es amor	173
Parasite: el subsuelo y la superficie	179
Yo no odio a Luisito Rey	183
Salvajes confinados	187
Years and years	191
La conjura contra América	195
Somos, el rostro de la otredad	199
The Leftovers, la narración de la rotura	203
<i>ACTUALIDAD</i>	205
Las heridas invisibles	207
El cansancio del marino	211
El país de nuestros recuerdos	215
Inteligencia emocional, ¿para qué?	219
En estado de postración	223
<i>HISTORIA</i>	229
La vida íntima de los barcos	231
Quince días en las soledades americanas	235
De no ser por México	239
Estridentópolis	243
<i>PERSONAJES</i>	245
Miguel Ángel Porrúa o la persistencia de la memoria	247

Carta trasatlántica para Antonio Gala	251
Natalia Lafourcade, heredera de la tradición	255
Oración para Fernando Santiago	259
Diez razones por las que siempre preferiré antes a Onetti que a Vargas Llosa	263

A la maestra Gloria Sánchez Hernández

PALABRAS LIMINARES

La casa en la que habitamos

Reunir la memoria de los días testimonia nuestro temperamento; acudir al registro de lo escrito somete a examen los textos e implica un desafío de revisión en torno a quiénes somos y cómo el tiempo nos ha modificado el talante. Es pues, una seña de identidad. Si escribir es un oficio de valientes, a ese desafío hay que sumar la cuestión práctica que involucra publicar en esta época, pletórica de ruido. Justo ahora, cuando priman el enfrentamiento y la posverdad, ¿hay razones para intentar atravesar el ruido a través de la palabra?

Este libro reúne textos de la segunda década que he dedicado a la escritura. La primera parte, *Nosotros elegiremos Ítaca* reúne cinco ensayos con la certeza de que uno vuelve siempre a sus querencias, aunque la vuelta a casa represente esfuerzos homéricos. La segunda parte, *El dios desconocido*, compila los artículos esencialmente publicados entre 2013 y 2023 en diversos medios impresos y digitales mientras afirma la voluntad de seguir buscando la luz en mitad de la oscuridad que nos circunda. He seleccionado solo aquellos artículos escritos alrededor de la cultura y las artes, dejando los artículos políticos para

un volumen posterior. A pie de página, se encontrarán los datos de su publicación original. Cuando no se indica lugar de publicación, es porque se trata de textos que permanecieron inéditos hasta ahora.

Uno es a menudo optimista cuando escribe. En un texto recogido aquí y publicado en 2022 señalo que ese mismo año concluiría una novela que por supuesto, no he terminado. Entre vivir la vida y contar la vida hay que ganarse la vida, escribe Cristina Rivera Garza en *Había mucha neblina o humo o no sé qué*. De eso también se trata la terca insistencia de escribir y publicar a contracorriente, mientras simultáneamente hacemos muchas otras cosas. Lo que pasa es que yo trabajo, declaró Rulfo cuando le preguntaron por qué no escribía más. Estos textos reúnen esa voluntad de seguir escribiendo desde los márgenes, solo porque las letras nos importan. Una lengua es la casa donde el hombre habita, dice uno de los personajes de *Dos o tres cosas que sé de ella* (Jean Luc Godard, 1967). Es decir, que a la lengua la amoblamos y con ello fijamos su estilo, uno que cambia cada cierto tiempo y entonces indefectiblemente vendrán otros y volverán a amoblarla de nuevo. Y así, hasta el infinito. Forjados en la lengua de Nebrija, quisiéramos afirmar que todo tiempo pasado fue mejor, pero la realidad de nuestra era nos confirma que con Krahe, lo único cierto es que todo tiempo pasado fue anterior.

Esta es pues, nuestra casa, una que hemos poblado poco a poco, con puertas que abren otras puertas, una casa remanso de paz pero con voluntad de fortaleza inexpugnable, alma de luz, acertijo, cama y mesa, dos o tres musiquitas pegadizas, comidas opíparas y vino a lo escita. Aquí no discriminamos. Entren los que quieran.

*Desde el bosque de niebla,
Xalapa, Veracruz, invierno de 2023.*

Nosotros elegiremos Ítaca

Ausencias que triunfan

Nada nuestra que estés en la nada, nada es tu nombre,
tu reino nada, tú serás nada en la nada como en la nada.

—Ernest Hemingway

I. El vacío y el horror¹

Primero el tiempo. Es el verano de 2008, acabo de cumplir 25 años y he ido a Nueva York. En el MoMA, veo por primera vez la obra de Piet Mondrian. Unos meses atrás he leído *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño; la historia gira en torno a la búsqueda de una poeta cuya obra carece de palabras. La suya es una poesía de los signos. Al final de la obra, aparece un verso de la poeta, Césarea Tinajero:



¹ Escrito en 2014.

¿Qué hay detrás de la ventana? Se pregunta Bolaño en la novela, mientras los protagonistas, cada vez más perdidos, encaminan sus pasos hacia el desierto. Sugiero una primera hipótesis: La ausencia es unidad de medida vital. Todo tiempo humano puede ser registrado bajo la métrica de las ausencias².

Pero volvamos a aquella tarde del verano de 2008 en el MoMA. Hay algo en ese blanco que no acabo de entender. Después sabré que las líneas negras –casi barrotes– empleadas por Mondrian a partir de *Paisaje con árboles* (1912) se convertirían en poco tiempo en los cuadrantes de la ausencia en su obra. El pintor neerlandés descubre, tras esas redes abstractas, imágenes que se revuelven intestinas, pequeños rectángulos rojos, azules y amarillos que son meras insinuaciones, concesiones que otorga al espectador el imperio del blanco. A partir de 1918, el artista crea cuadros reticulados que constan sólo de líneas³. El poder sugestivo del centro blanco se vuelve

2 La poesía sugerida por Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes* plantea *in extremis* el desafío de construir un lenguaje poético no verbal total. Se trata del triunfo de la imagen sobre la palabra, signo de nuestro tiempo. Sobre la poesía hecha con imágenes, Eduardo Milán escribe, a propósito de la obra de Gerardo Deniz: “Zonas oscuras pueden permanecer en la significación de la poesía de Deniz. [...] Por cierto, que un tipo de injerto no verbal en un texto poético produce una reacción en el lector no sólo porque el lector de poesía esté todavía acostumbrado a la idea de que la ‘verdadera poesía’ es únicamente materia verbal. También porque ese lenguaje no verbal –una fórmula matemática, por ejemplo– resalta por contraste la plasticidad del texto, su realidad icónica. Después de los Cantares de Ezra Pound, de los experimentos acrósticos de John Cage, de las investigaciones de la poesía concreta, del despliegue hasta el cansancio de la voluntad de búsqueda formal de la poesía del siglo XX, cualquier lector debería estar por lo menos preparado para la realidad no verbal del lenguaje.” Gerardo Deniz: *La radical salvaguarda*, Eduardo Milán en www.cicloliterario.com/ciclo60mayo2007/ascilos.html [Última consulta: 15 de junio de 2014]

3 Véase la *Composición reticular 3*. (1912)

su gran tema hacia 1921⁴. Diez años más tarde, en *Composición romboidal con dos líneas* (1931) apenas dos líneas trazan la orientación horizontal y vertical del cuadro. La obra de Mondrian ha cartografiado la ausencia. Sus cuadros –como algunos de Pollock después– parecen imágenes del Google Earth, mapas de sitios concretos. Sobre el vacío, Mondrian levanta su gran ciudad imaginaria. Durante todo ese viaje habré de pensar en la ausencia. Esa misma tarde veré el *Negro sobre negro* de Ad Reinhardt, que al lado de los blancos de Mondrian, los silencios de John Cage y Morton Feldman (las melodías no oídas de Keats) son –dice George Steiner– refugios⁵. En el arte, las ausencias triunfan.

Entrada la noche, en la escalinata del Century XXI, me quedo mirando hacia la acera de enfrente, donde alguna vez estuvieron las Torres Gemelas y en el hoy lejano 2008 no hay sino un vacío que, en el lado opuesto a lo que aquí llamaré la vacuidad Mondrian, triunfa por el horror, mientras nos muestra el recurso a la barbarie. En México la guerra contra el narcotráfico declarada por el gobierno ha dejado una estela de horror y sangre sin paralelo en la historia reciente. Nuestros pueblos están cada día más vacíos, más pobres, más irreconocibles. La nostalgia por el país perdido me invade. ¿Cuándo perdimos el rumbo? El acento andaluz de un hombre que hace de guía turístico para sus hijos me regresa de la abstracción con un razonamiento breve: –Que se llama zona cero porque allí no hay ná’. De más está decir que el mundo es otro después del 11 de septiembre de 2001. Segunda hipótesis de

4 “Sacerdote al servicio de la superficie blanca”, habrá de ser llamado el artista, dice Susanne Deicher, *Piet Mondrian. Composición sobre el vacío*. Taschen, Alemania, 2004.

5 George Steiner. *Gramáticas de la creación*. Siruela, España, 2005.

trabajo: Quien haya sufrido la ausencia sabe, que ésta, del tipo que sea, deja siempre cicatrices reconocibles.

Este ensayo plantea la necesidad de señalar vacíos que se han abierto, unos tras las recientes revoluciones tecnológicas y otros mediante fracturas sociales importantes, así como de situar en su justa dimensión a los agentes catalizadores de la coyuntura histórica actual. Propongo entonces ensayar algunos planteamientos en torno a cuatro conceptos, a mi juicio cardinales para la buena salud de toda sociedad democrática: lenguaje, escritura, ley y sentido de la historia. Cuatro ausencias, me parece, transforman nuestro entorno: afasia⁶, agrafia⁷, anomia⁸ y agnosia⁹.

II. La lengua en el desierto

Todo lenguaje parte del silencio. En el principio fue la nada. El lenguaje, la palabra, sostiene Steiner, “requiere de alguien que escuche y, si es posible, alguien que con-

6 Por afasia se entiende una incapacidad parcial o total para usar el lenguaje. Algunas personas tienen problemas de comprensión, de lectura o escritura, o para trabajar con números.

7 La Real Academia Española define así la agrafia: Incapacidad total o parcial para expresar las ideas por escrito a causa de lesión o desorden cerebral.

8 Según la RAE:

- Ausencia de ley.
- *Psicol y Sociol.* Conjunto de instituciones que derivan de la carencia de normas sociales o su degradación.
- *MED.* Trastorno del lenguaje que impide llamar las cosas por su nombre.

9 La RAE define la agnosia como una alteración de la percepción que incapacita a alguien para reconocer personas, objetos o sensaciones que antes le eran familiares. En el caso concreto que aquí se aborda, parto de la premisa de que la alteración de dicha percepción provoca una ausencia aún mayor, la del sentido de la historia.

teste. ¿A quién se dirige Dios en Génesis 1,26 cuando dice *naasé adam*, hagamos al hombre?». ¹⁰ “La palabra es la ventana por la cual la razón se asoma. La intención del pensamiento cruza la transparencia del lenguaje”, escribe en el mismo sentido Levinas. ¹¹ ¿Y qué sucede con el lenguaje de estos tiempos, donde nadie escucha a nadie?

Con los grandes avances tecnológicos de los últimos diez o veinte años, el lenguaje se ha empobrecido drásticamente. ¿Cuál es el sentido –piensa la abrumadora mayoría– de hacer una llamada de cumpleaños si basta un post fugaz en el muro del festejado? ¿Por qué preguntar a alguien si recibió nuestro mensaje cuando Whatsapp acusa al receptor con dos palomitas, amén de abolir el tono de la lengua? ¹² ¿Para qué concertar una cita si podemos encontrarnos en el chat? En Facebook, a la manera de Julio Cortázar, un encuentro casual es una cita.

El lenguaje verbal ha sido desheredado por las tecnologías de la información. Quien posea mínimos conocimientos sobre redes sociales concordará conmigo en que vivimos la primacía de la imagen sobre la palabra, del signo sobre el significado, pero ese espacio mediático es –así se le llamó antes– una “supercarretera de la información” en un desierto de espejismos y símbolos. Hace algún tiempo Facebook promovió una publicación

10 Steiner, *op. cit.*

11 “Le mot est la fenêtre par la quelle la raison se penche au dehors. L’intention de la pensée traverse la transparence du langage”. Emmanuel Levinas. *Parole et silence*, Grasset, Paris, 2009.

12 Quien escribe, sufre de angustia ante el silencio del receptor unos segundos después de recibido el mensaje. Quien lee codifica el mensaje de acuerdo a su concepción de mundo o a su estado de ánimo. Si el que lee está tenso, el mensaje será interpretado con molestia, aunque el emisor en su mente no haya usado un tono rudo al escribirlo.

que decía: “Cuando chateas con stickers puedes expresar lo que quieras sin tener que usar palabras”. No sé si era peor el mensaje o la imagen que lo acompañaba. Sentado en un breve escalón, delante de una puerta roja, un tipo con cara de analfabeta funcional reía viendo su teléfono móvil. No use palabras, parece decirnos “el feis”, no se esfuerce, no las busque, es más, no las aprenda; para eso hay stickers. ¡Y es más divertido! ¡Vea la cara de imbécil que puede conseguir usándolos!

Solíamos vivir en sociedad. Enviábamos cartas. Éramos –oh vaticinio de Roberto Carlos– de esos amantes a la antigua que suelen todavía mandar flores. Pedíamos la dirección postal para mandar un presente. Ahora se cita y se felicita por Facebook, se inician y se concluyen relaciones amorosas, se envían toda clase de documentos y “regalos” por la red social. En un mundo que ya no existe, en los pueblos, se enviaba la correspondencia a fulano de tal, con domicilio conocido. Ahora el domicilio no sólo es conocido sino además de dominio popular: Facebook.

Se engaña quien crea que Facebook vino a crear comunidad entre nosotros. Cada vez son más las reuniones, las cenas, las fiestas en donde se capta a los integrantes de una mesa absortos en sus teléfonos celulares, callados. No es que haya pasado un ángel, es que hablar pasó de moda. Tercera hipótesis para horrorizarnos: Tememos a los tiempos muertos, pero somos incapaces de sostener conversaciones de fondo. El vacío se impone.

El silencio tiene también intersticios. Hay silencios ignorantes y silencios cómplices, silencios obligados y silencios complacientes. Cada uno comunica, tiene un sentido reductible. De entre ellos, quizá el que provoca la más grande ausencia en el lenguaje es el silencio políti-

co, cuando se calla lo que no conviene decir, aquello que puede lastimar intereses personales o de grupo, cuando callando se lacera el bien común.

El filósofo español Reyes Mate recuerda la idea socrática de que “aprender es actualizar todo el caudal de experiencia y conocimiento acumulado en el lenguaje, por eso el conocimiento es recuerdo”.¹³ Umberto Eco considera que “el único espacio propio del afecto es el lenguaje mismo –la casa donde vive el hombre–,”¹⁴ pero para construir ese espacio hace falta un bagaje cultural propio y un sólido corpus de pensamiento. Y bien, ¿cómo puede llenarse ese vacío si se vive la época de la banalización de la cultura?

III. Los tiempos del hipertexto

En mitad del siglo pasado, Karl R. Popper imaginó una sociedad abstracta o despersonalizada que hubiera perdido su carácter de grupo concreto de hombres. “No es imposible –escribió– concebir una sociedad en que los hombres no se encontrasen nunca, prácticamente cara a cara; donde todos los negocios fuesen llevados a cabo por individuos aislados que se comunicasen telefónica o telegráficamente y que se trasladasen de un punto a otro en automóviles herméticos”.¹⁵ La ficción temida por Popper se ha materializado en nuestro siglo. Realizamos conferencias a distancia, trabajamos en línea, somos de la clase “un café y wifi por favor”. Se sabe que Jon Favreau,

13 Reyes Mate. *La herencia del olvido*. Errata Naturae, Madrid, 2009.

14 Eloy Fernández Porta. *Eros, la superproducción de los afectos*. Anagrama, México, 2010.

15 Karl R. Popper. *La sociedad abierta y sus enemigos*. (1957), Paidós, México, 2010.

ex jefe de la oficina de discursos de Obama, trabajaba desde Starbucks. Es decir, la retórica que influye en gran parte de las decisiones del mundo occidental, se articulaba desde un café, *on line*.

Qué desoladas deben estar las bibliotecas públicas y qué llenas de polvo y moho las enciclopedias. Un nuevo mundo está cerca: el nuevo periodismo se hace desde los ordenadores, las calles están vacías. Hay ladrones informáticos que reportean sin necesidad de consultar fuentes de viva voz, investigadores silenciosos que reptan como las tuberías que nos suministran agua y gas. Los periódicos son ya digitales. En esta nueva aldea, ¿quién quiere salir a la calle y para qué?

Mientras escribo este ensayo, consulto en línea bibliografía que no tengo a la mano, le doy *likes* a lo que me gusta en Facebook, acaso sólo por socializar un poco, por llenar otro vacío, otra ausencia, la de la comunión de los cuerpos. Cuarta reflexión para soportar la ausencia: La vida es hoy aquello que ocurre en un desierto, el ciberespacio.

Imaginemos una versión digital del manido tema de la marquesa: La marquesa salió a las cinco. Pero antes de salir consultó el Weather Channel. Vio algunas noticias en el iPad. En la bandeja de entrada de su correo electrónico había 35 mensajes sin leer, de los cuales 34 eran notificaciones de Facebook. 5 usuarios solicitaban su amistad. 8 amigos suyos habían comentado las fotos de su último viaje. 3 amigos más la habían etiquetado en notas, notas cansinas que nadie leería. Tenía 7 invitaciones a eventos y 4 sugerencias para hacerse fan de. Le dio like a 1 fan page: “Yo también me he hecho fan de cualquier pendejada”. A 6 personas les gustaban sus publicaciones en el muro. Vio 2 recordatorios de cumplea-

ños. Envió buenos deseos. Cogió el abrigo del perchero y se dispuso a salir. Desandó sus pasos hasta la sala para recoger el iPhone. Al tomarlo tuiteó un poco: Llueve. La calefacción funciona. Una remesa de cognac llegó ayer por la mañana. Quizá debiera mejor quedarme en casa. Escucho a Pitbull. Nadie la retuiteó ni faveo sus mensajes, que se perdieron en la inmensidad del ciberdesierto. La marquesa no usaba hashtags.

Aunque escribir sea cada día más doloroso, no es perder el tiempo. Escribir es luchar con el ángel hasta el alba, incluso a sabiendas de tener la batalla perdida de antemano. Pero a la manera del poeta Eduardo Lizalde, “el dolor prosigue contra el texto, cebándose en las carnes como el can, caduco y ciego”.¹⁶ Vale la pena acotar, a propósito de la sonoridad observada en versos como éste, que la poesía de Lizalde está al servicio de la palabra, la abrillanta, como también ocurre en Deniz, a quien me he referido antes. Podrán escapársenos una y otra vez las referencias secretas, podrá refocilarse el poeta en el verso elidido, pero esas ausencias triunfan porque en ellas el poeta muestra el pulimento supremo de su arte. Puede concebirse un mundo ágrafo, pero no un mundo sin poesía. La ausencia de poesía —es decir, también, de pensamiento— no ha sido nunca una ausencia que triunfe. Allí donde se proscribía la poesía o se intenta aherrojar el pensamiento, los pueblos acaban volviéndose grises o desangrándose en luchas fratricidas.

Alex Grijelmo sostiene que cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje. ¿Y qué hay de nuestra sociedad actual, entonces? Tomemos el caso concreto de México.

16 Eduardo Lizalde, “Uno creería”, de *El tigre en la casa*, 1970.

IV. El recuento de los años

En su libro *El fin del poder*, el profesor Moisés Naim parte de la premisa de que la degradación del poder está transformando el mundo. “Los cambios en la estructura de poder, la jerarquía tradicional y las normas previsibles y conocidas llevan inevitablemente a la desorientación y la angustia. Pueden conducir incluso a la anomia, que es la ruptura de los lazos sociales entre un individuo y la comunidad. El sociólogo francés Émile Durkheim definía la anomia como lo que sucede cuando ‘la norma es la falta de normas’”.¹⁷

La de México es una larga historia de rupturas del orden social, de transgresiones a la ley. Un principio general del Derecho afirma que lo que no está prohibido está permitido. Lo que sucede en México es que todo está permitido, incluso lo que está prohibido. Lo difícil se hace fácil, en lo imposible nos tardamos un poquito más. “Existen con frecuencia –escribe Jacques Attali– suspensiones en las que un héroe obliga al Sol a detenerse, porque tiene necesidad de tiempo suplementario para concluir una hazaña: Josué y Zeus lograron que no saliera el Sol”.¹⁸

El 31 de diciembre de 2002, en México sucede una de esas hazañas reservadas a los héroes y a los dioses. El Presupuesto de Egresos de la Federación que por mandato constitucional debe aprobarse antes de que termine el año, no cuenta con el consenso de los grupos parlamentarios. Es claro que el país no puede comenzar el ejercicio siguiente sin presupuesto. Así que Beatriz Paredes Rangel, Presidenta de la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados, manda parar el reloj legislativo y se

17 Moisés Naim, *El fin del poder*. Debate, México, 2014.

18 Jacques Attali. *Historias del tiempo*. FCE, España, 2001.

sitúa no sólo por encima de la ley humana sino también de la astronómica. El tiempo se detiene por mandato de la Mesa hasta que se logra un acuerdo para votar el Presupuesto. A las 9:30 de la mañana del primero de enero, contra los husos (horarios) y costumbres del Congreso, se aprueba el presupuesto. En el reloj de Beatriz apenas van a dar las doce de la noche del año próximo pasado. En el tiempo de los dioses, “los acontecimientos ‘fuera de estación’ son otros tantos presagios de desórdenes sociales, de acontecimientos inusitados”.¹⁹

No se trata sólo de violaciones al procedimiento legislativo. En los últimos años, la justicia ha sido incapaz de garantizar el orden público y la ley de dar sentido a las exigencias de una sociedad que cambia a velocidad vertiginosa. Las políticas públicas implementadas por el gobierno federal durante el sexenio de Felipe Calderón subvirtieron la noción de ley sumiendo al país entero en un estado de impunidad, con una economía estancada y la corrupción latente, con instituciones incompetentes, ministerios públicos ineficaces, cárceles rebasadas y unidades militares, navales y policíacas insuficientes para contener el horror de una guerra contra el narco, perdida desde antes de ser anunciada.

Analicemos un poco el fenómeno. Alejandro Hope²⁰ hace un recuento de la numeralia del sexenio calderonista. Si entre 1997 y 2007 la violencia se redujo a la mitad y, como argumenta, no hubo cambios drásticos en los índices de pobreza, desempleo y marginación, ¿cuál fue el detonante para que la violencia se desbordara entre

19 Attali, *op. cit.*

20 Alejandro Hope, *Violencia 2007-2011. La tormenta perfecta*, Nexos No. 431, noviembre de 2013.

2007 y 2011:²¹ Entre otros factores, Hope enumera los siguientes:

1. El despliegue masivo de fuerzas federales que en 2006 comenzó en Michoacán.
2. Que la Procuraduría General de la República dejó de ser la única instancia perseguidora de delitos, al sumársele la policía federal, el Ejército y la Marina. La pérdida de sentido de la corrupción sistémica pudo orillar a una mayor violencia, sostiene Hope.
3. Desmembrar las bandas de narcotraficantes pudo conducir a la violencia por tres canales: provocando la disputa al interior de la organización delictiva por la sucesión del poder;²² incentivando la corrupción de mandos medios, creando nuevas organizaciones criminales y generando vacíos de poder que aprovecharon grupos rivales.

Aunado a lo anterior, los gobiernos estatales han jugado desde entonces un papel de convidados de piedra, ante la intrusión de fuerzas federales violatoria de las soberanías estatales. Abandonaron la plaza, dice Hope. La ausencia de ley también logró que los delincuentes minimizaran sus crímenes, dada la probabilidad escasa de castigos. La anomia, siguiendo a Durkheim, generó más anomia aún.

La transición de poderes no supuso un cambio significativo en el orden de las cosas. Cambió el discurso, se erradicaron incluso, mediante manuales de comunicación gubernamental, términos como “guerra contra el narco”. Se dejó de hablar de “asesinados y desaparecidos”, de “levantones, decapitados y encajuelados”. Con todo,

21 Homicidios en 2007: 8,867. Homicidios en 2011: 27,199.

22 Eduardo Guerrero señala que en 22 de 28 casos analizados, la detención de un capo incrementó la violencia en su zona de influencia. *La raíz de la violencia*. Nexos, junio de 2011.

las cifras oficiales del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SNSP) son elocuentes. De las 1,410 personas que han sido reportadas como víctimas de secuestro en el país de enero a agosto, tres entidades federativas aglutinan el 50% de los plagios pasada la primera mitad del año: Tamaulipas con 446, el Estado de México con 124 plagios y Veracruz con 123. Les siguen Michoacán, Morelos y Guerrero.²³

Durante lo que va del actual sexenio se ha pretendido borrar a los muertos por decreto. Siguiendo la información oficial del Sistema Nacional de Seguridad Pública en los primeros veinte meses del gobierno actual se contabilizaron 57,899 averiguaciones previas por homicidios doloso y culposo, 14,205 más que las reportadas durante el mismo periodo del sexenio anterior. Al cotejar dicha información con la que producen las procuradurías y fiscalías estatales, servicios periciales e institutos forenses locales, el Semanario ZETA documentó 36,718 homicidios dolosos de diciembre de 2013 a julio de 2014, superando a las 29,417 averiguaciones previas reportadas bajo ese rubro por el Sistema Nacional de Seguridad Pública.

Más allá de las cifras, el resultado de las ineficaces políticas en materia de seguridad pública y combate al narcotráfico de los últimos años en México está a la vista de todos. Como si eso no fuera suficiente, mientras en el norte, Estados Unidos endurece sus medidas de seguridad para contener el trasiego de estupefacientes y el flujo de migrantes, nuestra frontera sur es vulnerable al paso de grupos delincuenciales centro y sudamericanos que, al no poder ingresar a los Estados Unidos, generan una suerte de bomba latente que potencia estallidos so-

23 Omar Sánchez de Tagle. “Tres estados contabilizan el 50% de secuestros en México”, *Animal Político*, 22 de septiembre de 2014.

ciales en los estados, al sumarse a los cárteles nacionales con tácticas violentas inusitadas. Tanto las zonas rurales como las urbanas se encuentran sitiadas. La pérdida del espacio público y la ineficaz gestión del territorio se traduce en la erosión de los órdenes social y político del país. El escenario es apocalíptico. Las ciudades asoladas por grupos delincuenciales son por las noches ciudades desiertas. Incontables pueblos han sido asolados, modificados en su forma de vida. La gente hoy es otra. La barbarie triunfa sobre la civilización.

V. Donde las calles no tienen nombre

Y nos vemos desde aquí, nos tocamos y nos esperamos,
fuimos en nuestras distancias
en las palabras donde las bocas quieren fundar breves puertos,
referencias de un mundo asediado por su invención.
—José Carlos Becerra, *La bella durmiente*²⁴

Un hombre que despierta del coma después de diez años mira con perplejidad a su alrededor, los rostros que conocía han envejecido, la habitación donde yace ha cambiado de color y mobiliario. Ulises regresa después de muchos años a Ítaca y mira el palacio que fue suyo, depauperado; ve a hombres sin honor cortejando a su esposa, al hijo fuerte y lozano. Todo lo que antes fue suyo es ahora irreconocible.

En Michoacán, un estado con 4.3 millones de habitan-

²⁴ José Carlos Becerra, “La bella durmiente”, *El otoño recorre las islas*. Era, México, 2007.

tes, tras el estallido de crímenes sin parangón las autodefensas se erigen como una respuesta a extorsiones, secuestros, asesinatos, violaciones y abusos. Los grupos delincuenciales están coludidos con las autoridades, denuncian. Paradójicamente, los Templarios surgieron tiempo atrás a fin de “defender a los michoacanos” de los Zetas. Quien con monstruos lucha, cuide de no convertirse en uno de ellos, sentenció Nietzsche.

Aquí una brevísima cronología del itinerario de las autodefensas michoacas: Para el año de 2012, el doctor José Manuel Mireles Valverde, director del Centro de Salud de Tepalcatepec, ha atendido a decenas de niñas embarazadas por violaciones de los Caballeros Templarios. Ha sido secuestrado, mientras que su padre ha sufrido la expoliación de sus propiedades. Amigos y familiares de su entorno han sido asesinados. Mireles reúne a los suyos y les pregunta: ¿Ni por dignidad nos vamos a levantar? El 24 de febrero de 2013, Mireles y un grupo de pobladores de la Tierra Caliente detienen a Caballeros Templarios y los ponen a disposición de la Procuraduría General de la República que, en pocas horas, los libera. Mireles se convierte en el líder moral del Consejo General de Autodefensas y Comunitarios de Michoacán. Para diciembre, las autodefensas tienen presencia en casi toda la Tierra Caliente y han tomado quince cabeceras municipales. El 8 de enero de 2014 más de un millar de autodefensas desarmados forman una caravana ante las amenazas del gobierno de desarticularlos.

El 15 de enero el Presidente decreta la creación de la Comisión para la Seguridad y Desarrollo Integral para Michoacán y designa a Alfredo Castillo, comisionado plenipotenciario en la entidad. En una entrevista para el diario Reforma, el comisionado utiliza un símil futbolístico y le dice a Roberto Zamarripa que Messi solo no

puede ganar un mundial.

Zamarripa: —¿Cuál es el papel del comisionado?
¿El de Messi o el de director técnico?

Castillo: —El de Pep Guardiola, yo diría.

Zamarripa remata: “No parece ser una frivolidad. Castillo carga un grueso libro: *Otra manera de ganar*, la biografía del técnico que llevó al Barcelona a conquistar catorce títulos y que hoy dirige el Bayern Munich. Lo enseña orgulloso”.

Tras condenar la actuación de las autodefensas, el 27 de enero el gobierno federal firma un acuerdo para registrarlas e incorporarlas bajo la figura de “guardias rurales” que contempla la Ley del Ejército Mexicano. El 4 de febrero el gobierno de la República anuncia 45,500 millones de pesos en inversión para reactivar, dice, la economía michoacana. El 5 de febrero, tras denunciar que el acuerdo es un teatro, relevan a José Manuel Mireles de la vocería de las autodefensas y nombran a Estanislao Beltrán, alias “Papá Pitufó”. El 28 de abril desarmen autodefensas en Coalcomán, Parácuaro y San Juan Nuevo Parangaricutiro. El 5 de mayo Mireles habla de división en las autodefensas. El 6 de junio Mireles e Hipólito Mora encabezan el Encuentro Nacional de Autodefensas. Previamente Mireles graba una entrevista con Sabina Berman en la que declara que Castillo se ha aliado con el crimen en Michoacán. La entrevistadora suspende abruptamente el programa. El 27 de junio Mireles es detenido en La Mira, Lázaro Cárdenas, junto con sus compañeros, acusado de portar armas. El 1 de julio la abogada del doctor Mireles controvierte las declaraciones del comisionado Castillo y dice que a su representado le sembraron marihuana y le robaron 64 mil pesos. El 6

de julio le dictan auto de formal prisión y le niegan el acceso a medicamentos y alimentos al lugar en donde se encuentra recluso.

La violencia ha tocado extremos inimaginables que en los excesos ha llegado a carnavalizarse. El rostro es hoy nuestra mejor máscara. En la aclamada serie *Breaking Bad*, Walter White, un profesor de química se transforma en cocinero de metanfetamina porque no tiene otra opción, frente a la muerte. Cada que ha de negociar o castigar a un rival, usa un sombrero negro para encarnar a un personaje llamado Heisenberg. En nuestro imaginario social, el doctor Mireles es un hombre de sombrero negro y unos bigotes. Raparlo en prisión es más que denigrarlo, ha sido tratar de despojarlo de una identidad, de decirle a quienes lo siguen que ya no existe más.

Las autodefensas son un fenómeno sociopolítico y cultural que tiene incidencias jurídicas de grandes consecuencias para el Estado mexicano y que deben ser analizadas en dos vertientes. Surgen como consecuencia de la incapacidad de los tres órdenes de gobierno para cumplir y garantizar un mandato ético y primigenio de existencia de cualquier Estado: la seguridad. Al hacerlo, destruyen también el lenguaje jurídico en su sentido más profundo, que es la estricta aplicación de la ley. “Ninguna persona podrá hacerse justicia por sí misma, ni ejercer violencia para reclamar su derecho”, dice el precepto contenido en el primer párrafo del artículo 17 de nuestra Constitución Política. A la fecha treinta poblaciones de veinte municipios michoacanos han creado autodefensas, sin contar los levantamientos en cada vez más estados de la República. La ausencia de ley es evidente, así como la transformación drástica del entorno. Actualmente se contabilizan 5 mil huérfanos víctimas de la violencia que asola al Estado

y 2 mil desplazados de su territorio.

Dentro de la doctrina constitucional, el jurista alemán Karl Loewenstein, en su obra *Teoría de la Constitución*, se refiere a este fenómeno –en su clasificación ontológica– como una constitución nominal, porque hay discrepancia entre lo que dice la norma constitucional y la realidad, pues no basta para que una Constitución sea viva, que ésta sea válida en sentido jurídico, sino que para ser efectiva, la Constitución tiene que ser observada estrictamente por todos los interesados.²⁵ Pero, ¿cómo se va imperturbable a la Ruana, a Tepalcatepec o a Apatzingán, viendo sus abruptas transformaciones? ¿Cómo se sigue regresando a nuestras Ítacas personales cuando las han dejado irreconocibles, como espacios de sangre y espanto? Harían falta flores para el olvido en estos tiempos revueltos. Tendríamos que ser una masonería de lotófagos si quisiéramos permanecer indiferentes.

VI. La sociedad abstracta

Si como afirmó Popper, la caída de la sociedad cerrada la produjeron el desarrollo de las comunicaciones y el comercio marítimo,²⁶ la caída de la sociedad abierta la producirán el auge de las redes sociales y su poder de expansión, para dar paso a una sociedad abstracta que está en cada teléfono móvil, en cada ojo que no parpadea, enajenado, en cada like de Facebook, en Instagram o Pinterest.

Las revoluciones tecnológicas nos obligan a pensar con audacia, desprendiéndonos de lo aprendido y a mo-

25 Ver Karl Loewenstein. *Teoría de la Constitución*, Barcelona, Ariel, Barcelona, 1964.

26 Popper, *op. cit.*

vernos en el sentido de la historia, si queremos dar orden y valor a nuestras sociedades. ¿Cómo serán las sociedades del futuro si seguimos permitiendo el triunfo de estas ausencias? ¿Cómo, si consentimos que de forma paralela a la ausencia del lenguaje y de la necesidad de la escritura, cada vez se reduzcan más los amigos de confianza, mientras aumenta la sensación de soledad, con cientos o miles de amigos imaginarios?

Los temas de este ensayo, inconexos en apariencia, se encuentran profundamente relacionados. Una ausencia lleva a la otra. La ausencia de lenguaje provoca la ausencia de escritura y con ello, la ausencia de pensamiento. La anomia trastorna el lenguaje y muy específicamente, el lenguaje jurídico. La ausencia de leyes eficaces y de su observación estricta ha vuelto irreconocibles los lugares que antes habitamos con familiaridad y a las personas que allí conocimos.

Necesitamos construir equilibrios controlados, tender puentes encima de las ausencias que triunfan hoy sobre la sociedad. Un grupo social incapaz de lograr un lenguaje articulado, oral o escrito, es a la vez impotente para dar un paso adelante, para moverse en el sentido de la historia. Si el lenguaje es elemento necesario para el pensamiento y viceversa, tenemos que hacer que este se imponga sobre la afasia y la agrafia, adecuándolo a las nuevas tecnologías. Se trata solamente de que estas ausencias no triunfen. Si lo hacen, estarán triunfando simultáneamente la anomia y la agnosia.

El gran reto social de México es volver a hacer reconocibles y habitables nuestras ciudades. La defensa del territorio y su regeneración es prioritaria. En lugar de invertir en armamento o en obra pública, hace falta invertir en las personas, pensar en construir ciudades inteligentes,

espacios urbanos planteados como símbolos de orgullo e identidad. Regenerar el tejido social debe ser más que un discurso gubernamental que se oye bien, pero que pocos entienden y muchos menos están consiguiendo. Los estados y municipios están empobrecidos, padecen endeudamientos severos, sus servicios públicos son deficientes y la corrupción es endémica. Como resultado los gobiernos se ven obligados a gobernar desde lo urgente, dejando para después lo importante, son incapaces de generar fuentes de empleo, lo que se traduce en olas de migrantes que se van al norte dejando nuestros pueblos desérticos.

Cada pueblo fantasma, de mujeres y niños que reciben remesas de migrantes, o de huérfanos y viudas víctimas de la guerra contra el narco, son el más cruento azogue de nuestra realidad económica, política y social. Son el espejo donde como sociedad ya no nos reconocemos. Allí nuestra ausencia más terrible.

En su Novena Tesis sobre la Filosofía de la Historia, Walter Benjamin propuso una nueva política basada en el concepto del progreso como catástrofe. De su interpretación se desprende que el progreso es ruinoso porque se nutre del caos social. “Pero del paraíso sopla un vendaval que se le ha enredado en las alas y es tan fuerte que el Ángel no puede ya cerrarlas. El vendaval le empuja imparabile hacia el futuro al que él vuelve la espalda, mientras el cúmulo de ruinas ante él crece hacia el cielo. Ese vendaval es lo que nosotros llamamos progreso”.²⁷

Interrumpir esa lógica fatal de la historia es, desde la concepción de Benjamin, lo único que puede lograr un cambio en el orden de las cosas. El círculo se cierra articuladamente si concordamos con el profesor Reyes

27 Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. UACM/Ítaca, México, 2008.

Mate en que “La filosofía de Benjamin se basa no en el concepto sino en la experiencia y, en él, la experiencia es el lenguaje”.²⁸

Han pasado seis años desde que vi por primera vez la blancura del vacío en los cuadros de Mondrian. Pienso en la belleza de los signos, poéticos o pictóricos, que en el arte resaltan su valor. En cambio hay una sensación de pérdida, de derrota social en cada una de las ausencias que aquí he abordado. Para mitigarlas, tenemos que hacer que la palabra vuelva a dar sentido al pensamiento, a la ley y a la historia; que el espacio público sea algo más que un desierto en el que no somos capaces de reconocernos, si queremos entender, de una vez por todas, qué hay detrás de la ventana. De lo contrario, tendremos que resignarnos al triunfo de las ausencias, al horror del vacío.

28 Reyes Mate, *op. cit.*

Carta de navegación para llegar a una isla llamada Fidel²⁹

Uno

El 26 de noviembre de 2016 me desperté de madrugada para abordar un avión que me llevaría a Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. La alarma me recibió con una notificación en el teléfono: Muere a los 90 años Fidel Castro. La víspera había estado leyendo el último trecho de *La rebeldía histórica*, el apartado más contundente de ese fornido ensayo de Albert Camus que es *El hombre rebelde*. Camus hace una revisión de los procesos revolucionarios y se detiene especialmente en Rusia, en la revolución leninista.

Al leerlo, subrayé algunas frases que aquí recupero:

“La mistificación pseudorrevolucionaria tiene ahora su fórmula: hay que aniquilar toda libertad para conquistar el Imperio y, un día, el Imperio será la libertad. [...]

La verdadera pasión del siglo XX es la servidumbre. [...]

La revolución mundial, por la ley misma de esta historia que impru-

²⁹ Publicado el 26 de noviembre de 2018 en tempomx.com

dentemente ha deificado, está condenada a la policía o a la bomba.
[...]

La ciudad que pretendía ser fraternal se convierte en un hormiguero de hombres solos. [...]

Prometeo, el primer rebelde, recusaba con todo el derecho al castigo. El propio Zeus, sobre todo Zeus, no es lo bastante inocente como para recibir este derecho. En su primer movimiento, la rebeldía niega, pues, en su legitimidad al castigo. Pero en su última encarnación, al término de su agotador viaje, el hombre en rebeldía vuelve a aceptar la noción religiosa de castigo y la sitúa en el centro de su universo.”

Pensé una vez más en Porfirio Díaz y en el juicio sumarísimo que le hizo la revolución de 1910 y luego la revolución hecha gobierno y dictadura en los libros de texto de la clase gobernante. Pensé en el Fidel joven, el abogado arrebatado que asaltó el Cuartel Moncada y que sentenció en un brillante alegato: La historia me absolverá. Luchaba entonces contra el corrupto Presidente Carlos Prío Socarrás. Lo repetí en mi mente en esas horas intempestivas, a manera de mantra, intentando hacerle a Díaz y a Fidel, una vez más, las sumas y las restas. Pienso que a más de cien años de haber sido depuesto, Díaz espera en el tribunal de la historia la sentencia sobre una apelación que sólo el tiempo ha podido enderezar con objetividad y matices; pruebas supervinientes, como dirían los litigantes. Pienso que, al menos en Cuba, al Comandante nadie le dijo Castro, sino Fidel. El nombre propio humaniza, sugiere intimidad; el apellido es impersonal, construye barreras. Fue Fidel hasta la muerte y Fidel ya es, hoy, como todos.

Dos

Pero, ¿quién juzgará entonces? Pregunta Camus en *El hombre rebelde*. Moría en La Habana Fidel mientras yo, ajeno al internet, que insiste en alejarnos del recogimiento que permite aproximarse al acto de pensar, leía:

“El mundo del proceso es un mundo circular en el que el éxito y la inocencia se autentifican uno a otra, en el que todos los espejos reflejan la misma mistificación. [...]”

En el siglo XX, el poder es triste.”

Fidel se ha ido y con él, el despertar de la conciencia de América Latina, que vio gracias a él, que podíamos ser mucho más que el patio trasero de los Estados Unidos. Quizá si Fidel viviera le diría a Camus que en efecto el poder es triste, pero es más triste aún no tener la voluntad y el poder para transformar la sociedad en que vivimos.

Tres

Es 25 de noviembre y Fidel se ha ido en la misma fecha en que zarpaban –lejano ya el año de 1956– de Tuxpan, Veracruz en un yate llamado Granma, esos locos que harían la revolución de los barbudos, de los poetas, de los alegres, de los habanos y el asma, una revolución que permitió a los jóvenes soñar que después de dos grandes guerras, el siglo XX podía ser un mejor lugar si se luchaba para conseguirlo.

Eran ochenta y dos expedicionarios amontonados en una pequeña embarcación gringa de 13,25 metros de eslora, manga de 4,76 metros y puntal de 2,40. Es probable que estos hombres recordaran en aquella hora marítima, que hacinada en barcos llegó también la esclavitud a

Cuba, al Caribe y a la América Latina entera.

A la 1:30 o 2 de la mañana partimos a toda máquina escribe en su diario, Raúl. A toda máquina es un decir que expresa la emoción del momento, porque el Granma tiene solo dos motores con dificultades y llueve cuando salen de Tuxpan. La escritura del yate dice que fue construido en 1943, hecho de madera y motor de aceite con una sola cubierta, sin mástil, proa inclinada y proa recta. Menuda contradicción histórica es que el yate en donde viajan los libertadores de Cuba, los que habrán de plantar cara al imperio, lleve un nombre gringo: Granma, abuela.

Es posible que hoy estén fuera de lugar esas consignas, o que a fuerza de repetición, hayan quedado sin sentido, pero hubo una vez en que *Patria o Muerte, Venceremos*, tuvo algo más que un contenido semántico color carmesí, y que *Hasta la Victoria, Siempre*, fue mucho más que un grito rebelde.

El hecho es simple: Nos gustan las revoluciones porque vienen cargadas de poesía y de sueños y porque sabemos con Westphalen que el sueño no es un refugio sino un arma. El mundo siempre necesitará poesía, siempre, aunque parezca no saberlo o se rehúse a aceptarlo. Frente a la muerte la poesía es vida. Latinoamérica lo sabe. Hay vida en los poemas de Cardenal y en los de Darío, en los primeros versos de Nicolás Guillén y hasta en los rabiosos pinceles de Portocarrero. Dice Roberto Blanco Moheno en *Tata Lázaro* al narrar el trágico enamoramiento de Felipe Carrillo Puerto: “trovador y hombre de Estado no se puede ser sino en los cuentos de hadas”. Exacto las más de las veces, Blanco Moheno en esto se equivoca. José Martí, quien escribió los *Versos Sencillos*, los textos de *La Edad de Oro* y cuyos ecos poéticos llegan hasta los compases de *Guantanamera*, le responde a la

distancia que en Cuba sí se puede ser trovador y hombre de Estado. O tal vez tenga razón Blanco Moheno, porque la Cuba de Maceo, Gómez y Martí es de suyo un cuento de hadas, uno en el que una pequeña isla en el Caribe (como la aldea de Ásterix y Óbelix) resiste contra todo vaticinio, de pie frente al Imperio. Están locos estos romanos.

Cuatro

Mi amigo Francisco dice que Cuba es una novela en donde nadie quiere vivir. Y es que muchos viviríamos en La Habana de Wim Wenders, en la *Habana para un infante difunto* de G. Caín o en la que una mañana de agosto canicular vimos con Eusebio Leal, entrañable Virgilio que lo sabe todo. De la Cuba del período especial en cambio, solo pueden hablar los cubanos. Hacerlo desde fuera es más bien deshonesto.

Antes he escrito un artículo en el que me he referido al bloqueo económico. El lector interesado puede encontrarlo en internet bajo el nombre de *Resolver Cuba*. Unos párrafos serían insuficientes para sintetizar un proceso histórico de particularidades tan complejas como el que ha enfrentado Cuba desde la caída de Fulgencio Batista. Basten por el momento algunas preguntas:

¿Alguien advirtió ya que el bloqueo económico de Estados Unidos atenta contra el derecho al desarrollo del pueblo cubano? ¿Alguien ha pensado que en Cuba hay asignaturas pendientes en materia de derechos humanos de la misma forma que las hay en otros países que predicen la democracia en el mundo, pero que no firman tratados y convenciones de derechos humanos ni reconocen jurisdicciones de tribunales penales internacionales que podrían juzgar crímenes de lesa humanidad perpetrados

en todo el mundo, como el genocidio o la desaparición forzada de personas? ¿Alguien logrará que Estados Unidos desocupe Guantánamo para que vuelva a ser territorio cubano y no un lugar en donde se perpetran violaciones a los más elementales derechos de los seres humanos?

Interludio musical a cargo de Carlos Puebla:

Aquí pensaban seguir/ ganando el ciento por ciento/ con casas de apartamentos/ y echar el pueblo a sufrir./ Y seguir de modo cruel/ contra el pueblo conspirando/ para seguirlo explotando/ y en eso llegó Fidel./ Y se acabó la diversión/ llegó el Comandante/ y mandó a parar.

Cinco

Se sabe que tras la Revolución Cubana hay analfabetas en todo el mundo pero que ninguno es cubano. Se sabe que hay mujeres y hombres desnutridos en todo el mundo pero que ninguno de ellos es ciudadano cubano. Se sabe que hay niños en situación de calle en todo el mundo más ninguno de ellos vive en Cuba.

Pero, ¿quién juzgará entonces? Después de todo, ¿no ha sido la historia de las revoluciones una sucesión de juicios a priori? La guillotina francesa ¿no vio subir uno tras otro al patíbulo a Luis XVI, Danton, Desmoulins, Saint-Just y Robespierre? ¿No pasó lo mismo en la revolución rusa con Bujarin, Lenin y Trotski? ¿O en México con Madero, Zapata, Villa, Carranza u Obregón? ¿Quién juzgará entonces y cuándo logrará el tiempo escindir de los procesos históricos la subjetividad del juicio?

Porfirio Díaz, el héroe de la Carbonera no es el mismo Porfirio Díaz de Cananea y Río Blanco. El Díaz del 5 de mayo no es el mismo que se aferra al Orden y al Progreso. El Díaz que construyó kilómetros y kilómetros de vías ferroviarias para comunicar al país no es el mismo que no supo entender en 1909 que había llegado su tiempo.

Fidel en cambio supo construir su salida sin que la isla se desmoronara como todos pensaban que pasaría a su muerte. El Fidel del Moncada y el Granma no es el mismo que el Fidel del período especial. No podría serlo. El Fidel de los años sesenta no es el mismo que contribuyó a combatir el SIDA o reconoció los derechos de la comunidad LGBTTT gracias a Mariela Castro. Pero un Fidel no anula a los otros. Para Fidel, con Martí, una rosa blanca, en julio como en enero.

Seis

Comencé a escribir un texto sobre Fidel la misma madrugada del 26 de noviembre. Al despertar le había dicho a Kathia, mi compañera: Ya no conociste la Cuba de Fidel. Me miró azorada. Murió anoche, le dije intentando el tono más imparcial posible. Me abrazó y me dio un pésame tan cariñoso, que por un momento sentí que se me había muerto un pariente. Nos despedimos. De camino al aeropuerto tuitee:

Ha muerto el último gran rebelde del siglo XX. Al mundo siempre le harán falta Camilos y Ches, Celias y Vilmas, como ayer, como mañana.

Y después:

La Cuba de Fidel nos enseñó a conservar la dignidad en tiempos revueltos y a no claudicar en la defensa de los pueblos.

Ya pocos saben, mediada la segunda década del siglo XXI, leer entre líneas. Nuestro mundo está encabronado y no atiende razones. Ponderación es una palabra en desuso. He meditado largamente las palabras que debo escribir y seguramente algunas de ellas serán malinter-

pretadas, porque cada quién lee lo que quiere leer, y entiende lo que quiere entender. No existen políticos puros, ni humanos puros. La humanidad es un compendio de luces y sombras, pero ¿de verdad tenemos que explicarlo todo? ¿No decía Mallarmé que cuando se proporciona la explicación el encanto desaparece?

Siete

Volvamos al 26 de noviembre. En las pantallas de la sala de espera del aeropuerto, CNN transmitía imágenes y entrevistas, reportajes que se sucedían, uno tras otro, sobre momentos cruciales de la vida de la isla y de Fidel. ¿No fueron la isla y Fidel una elaboradísima simbiosis los últimos sesenta años? Fidel hablaba frenético, casi en trance, encantador, un discurso tras otro, interminable. *El País* a esas horas presentaba un amplísimo texto en línea sobre lo que Antonio Tabucchi señala en *Sostiene Pereira* como un arte poco apreciado del periodismo: las necrológicas adelantadas.

A mi lado, un hombre de unos cincuenta años intentaba explicar a sus dos hijas adolescentes quien había sido Fidel Castro. Debían tener 3 o 4 años cuando Fidel cedió el poder a Raúl y se retiró a una discreta clandestinidad. ¿Y solo porque fue Presidente sus funerales van a durar hasta el 4 de diciembre? Preguntó extrañadísima la mayor de las chicas, a quien nada le decían aquellas barbas y aquellos uniformes verde olivo, ni aquellos nombres de otros tiempos.

Pensé en que no podría significar lo mismo Fidel hoy que hace sesenta años, para los que nacimos en los ochenta o para los que nacieron en el siglo XXI. Pensé que no habrá manera de decirle a muchos de ellos que Camilo, el Che y Fidel nos alentaron desde su pedestal

histórico a hacer la revolución a muchas generaciones de jóvenes que luego no quisimos, o no pudimos, o no supimos cómo hacerla. Y pensé, para no olvidar y sobre todo para no repetir los errores de la historia, en un verso de José Emilio Pacheco: Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte años.

Pensé también, a esas horas de la madrugada, que muerto el siglo XX, solo nos quedaría la incombustible memoria, alimento de insomnes y me puse a recordar como un viejo afectado de nostalgias. Recuerda, me dije recordando una novela de Juan Gabriel Vásquez. Mientras llegue el día del juicio, solo recuerda. Y piensa con tristeza como la reina de *Alicia en el país de las maravillas*, que es tan pobre la memoria que solo funciona hacia atrás.

Ocho

Recuerdo que en 1837, Cuba tuvo ferrocarriles. Antes que España.

Recuerdo que, asediados por bandoleros en el siglo XVIII, con el auge de la economía azucarera, en Bayamo, en Santiago, en Trinidad, en La Habana, los cubanos vivían acosados y quizá a partir de entonces se fueron acostumbrando a luchar en una suerte de duermevela, entre la resistencia y la muerte.

Recuerdo y me quedo con la bandera de Narciso López, con sus franjas blancas y azules y con su estrella impoluta en campo de sangre, que no pudo ser jamás anexionada.

Recuerdo que Cuba fue la primera colonia española y no recuerdo pero puede que haya sido la última en indepen-

dizarse. Nadie quería perder a los esclavos, tan útiles para su economía. Si otras latitudes privilegiaron las libertades civiles y políticas, Cuba priorizó las económicas.

Recuerdo que Juan Bosch dice en *Cuba, la isla fascinante* que esta Habana logró sumar, en el libre espíritu americano, al *fabourg* de París en el Vedado y al pagano mediterráneo en La Víbora.

Recuerdo a Estrella, una santera negra de La Víbora, con los ojos selváticos, los dientes blanquísimos y la voz más apacible del mundo, a donde puede uno llegar extraviado y salir encontrado.

Recuerdo esos refugios de paz de los que habla Bosch, que son la Plaza de Armas y la Catedral, “de una paz de piedras, sobre las cuales han ido cayendo lentamente más siglos de los que conoce el hombre”.

Recuerdo, no recuerdo, acudo a la cita textual de Bosch sobre La Habana: “Es una ciudad encantadora, algo así como una muchacha espléndida que se hubiera criado paganamente correteando por los bosques y quemándose al sol de las playas, solo preocupada por llenar cada hora con el júbilo de vivir sin importarle de donde procede ni qué le reserva el porvenir”.

Recuerdo, no recuerdo, acudo de nuevo a Bosch para que nos dé una señal de identidad cubana. El personaje retratado es Mariana Grajales, madre del general Antonio Maceo: “Tuvo once varones; a todos los hizo jurar que darían la sangre por Cuba, y un día en que acabando de enterrar a uno de ellos le llevaron a otros dos malheridos, cogió al más pequeño por debajo de los brazos y lo

levantó. –Y tú, empínate, que ya es tiempo de que pelees por tu patria”.

Recuerdo que sobre el malecón, los habaneros aún salen como antes del 59, “a curricanear estrellas”. Son chicas y chicos hablando de amores sobre el muro, el único muro que han aceptado los cubanos, mientras las olas estallan contra el malecón con un soplo de vida que parece decir con Sabina, ¡que muera la muerte!

Recuerdo la magia de *Celestino antes del alba*, de una tarde de inusitado invierno andaluz en que afuera nevaba mientras yo leía *El mundo alucinante*, y mientras leía podía sentir el abrasivo calor del trópico, la humedad, la tierra.

Recuerdo la vida secreta de los árboles, de la vida que fue tempestad y arrojado de nuestro querido Reinaldo Arenas. Me quedo con el Reinaldo que quiso ser revolucionario y también con su protesta y con su disidencia, con su grito valiente y libertario, con su satánico *non serviam*.

Recuerdo que ser rebelde es tener incubada la espora revolucionaria y ser rebelde vale aunque salga muy caro, porque ser cobarde –Sabina de nuevo– no vale la pena.

Recuerdo que a los treinta años Fidel había hecho una revolución con apenas un puñado de hombres y que hasta su muerte, nunca permitió que se colgara en los edificios públicos una foto suya o que se le pusiera a una calle su nombre.

Recuerdo que en momentos cruciales de la historia no se dobló nunca. No lo dobló Kennedy en Bahía de Co-

chinos. No lo dobló Kruschev tras la crisis de los misiles.

Recuerdo que no le bastó hacer la revolución de su país sino que con pocos recursos, supo plantar cara al imperialismo y combatió al colonialismo en otros continentes.

Recuerdo a Fidel privilegiando el gasto en educación, en salud, en deporte, reduciendo las tasas de mortalidad infantil, de desnutrición, de analfabetismo hasta llevar la tasa a cero, enviando brigadas de médicos y maestros a América Latina, al mundo entero. ¿No fue Martí quien dijo que el hombre verdadero no ve de qué lado se vive mejor sino de qué lado está el deber?

Recuerdo que la historia de Cuba no la hizo Fidel sino las mujeres y los hombres cubanos. Son los pueblos los que hacen la historia. ¿No había dicho también eso Martí un siglo antes?

Recuerdo un graffiti en La Habana Vieja: Somos las Cielas de ayer, las Vilmas de hoy, las Haydées del mañana.

Recuerdo a Virgilio —el de Matanzas— y a Lezama —el de la casona en El Vedado—, a Pedro Juan en su azotea y a Padura el de *El hombre que amaba los perros*. Con ellos también me quedo.

A modo de epílogo

En 2015 pronuncié un discurso en el Senado mexicano en ocasión del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos. El discurso comenzaba citando a Guillén, con sus sonesombres y las coplaso-

las, y aquella guitarra que habían traído en una noche de caza, bajo la luna llena. “Hay en su jaula esta inscripción: Cuidado: sueña”. Hablé de Fina García y de Reinaldo Arenas, de José Lezama Lima y de Cintio Vitier, de la Habana que no conocimos de Cabrera Infante y de la Habana contemporánea nuestra, de Wendy Guerra, de Leonardo Padura y de Pedro Juan Gutiérrez. Un amigo mexicano, que ama entrañablemente a Cuba como yo, me reclamó haber citado a disidentes. ¿De verdad no me pueden ser caros a un tiempo los héroes del 26 de julio y el autor de *Antes que anochezca*?

Quienes no saben diferenciar entre el artista y el político, entre las luces y las sombras de cada ser humano, quienes no saben que incluso el gris tiene matices y ven solo blanco en los cuadros de Malevich y solo negro en los cuadros de Ad Reinhardt, quienes no saben como Pessoa, que viven en nosotros innumerables otros, difícilmente podrán entender la marcha de la humanidad y ayudarle a construir un mejor lugar donde vivir, un mundo de libertades.

Vuelvo a Camus y a la noche del 25 de noviembre en que leía esto, sin saber que Fidel había sido ya, como todos, para citarlo a él mismo, en su despedida en el último Congreso del Partido. “La verdadera objetividad consistiría en juzgar a partir de aquellos resultados que se pueden observar científicamente, sobre los hechos y su tendencia.”

¿Quién juzgará entonces? ¿Los residentes de Little Havana que bailan y festinan la muerte de Fidel apenas unas semanas después de que inclinaron la balanza del Colegio Electoral en Miami, por Donald Trump? ¿Los sobrevivientes del período especial que no salieron de su isla y que se han visto desde entonces en un espejo de

paciencia, como en su poema fundacional, mientras entre carencias y menoscabos hacían que los latinoamericanos nos reconociéramos enteros, siempre en proceso de expoliación y de ultraje?

Son las mujeres y hombres de Cuba, en Cuba, quienes tienen a partir de ahora la palabra. Ellos convertirán los sueños de esa guitarra de Guillén, de esa Cuba que canta, que aletea y espera ávida la hora de emprender el vuelo. Para todos ellos, para los del siglo pasado y para quienes llevarán el futuro del veintiuno a cuestas, para los huérfanos y los emancipados, un abrazo en la noche de sus tiempos. Cuba va.

And last but not least...

Más que este texto alebrije, yo hubiera querido escribirle a Cuba un bembé. ¡Buen viento y buena mar, Comandante!

¡Su majestad, el tren!

Y los trenes eran animales mitológicos, que simbolizaban la fuga, la huida, la vida, la libertad...

—Joaquín Sabina, preludio a *Cuando era más joven*

I. Ferrocarril, literatura y vida

De la poesía idílica o descarnada de los trenes, nuestra literatura ha dado cuenta en novelas y relatos de alta factura. De la incertidumbre de los trenes, del miedo a lo desconocido, de su impredecibilidad e incluso de su talante fantasmagórico, Juan José Arreola creó uno de sus más logrados cuentos, *El guardagujas* (Confabulario, 1952). Como una catedral de puro artificio, festín de la lengua y pirotecnia, Fernando del Paso erigió ese monumento enigmático y sincrético que es su primera novela, *José Trigo* (Siglo XXI, 1966), por cuyas páginas se pasea el personaje cargando un ataúd entre locomotoras y guardacruceiros, por los campamentos ferrocarrileros de Nonoalco Tlatelolco. Su Luciano es Quetzalcóatl probablemente, pero también es Valentín Campa y Demetrio Vallejo.

La poesía de los trenes está en todas partes. En las rieleras, en los arzones, o en las estaciones que testimonian partidas sin regreso, despedidas interminables. En familias enteras para quienes el tren lo es todo, viviendo en un vagón, viajando como gitanos errantes por trabajo.

La memoria funciona con base en las pulsaciones propias, como vibración de rieles. Transporta a otros tiempos y a otras latitudes. Son también los brazos amorosos de mi padre enseñándome a pronunciar con pulcritud: Erre con erre, cigarro./ Erre con erre, barril/ Rápido ruedan los carros/ cargados de azúcar del ferrocarril. Recuerdo haber viajado un par de veces en tren por el sureste Veracruzano y recuerdo que aquello me pareció una aventura extraordinaria. Recuerdo a mi abuela contando que a principios del siglo XX, en su pueblo los calzoncillos de los varones se confeccionaban a partir de la manta de sacos de azúcar transportados por los trenes desde los ingenios. Y recuerdo un verso libre que basado en una anécdota evocaba a propósito del particular mi abuela: “Al subir Marcelino al tren/ se le rompió el pantalón/ y lo primero que se le vio.../ ¡cincuenta kilos neto!”

II. El tren como organizador del tiempo

Para nosotros, los mexicanos de fin del siglo XX, el tren de pasajeros es apenas una reminiscencia vaga, mientras que para Europa, la vieja Europa, los trenes son cosa cotidiana. El ferrocarril, nacido de la Revolución Industrial, reinventó el paisaje, escribe Tony Judt, en su memorable ensayo *El esplendor del ferrocarril* (The New York Review of Books, 2010). “Exigía –y en todas partes se le concedió– un poder y una autoridad sobre los hombres y sobre la naturaleza: derecho de paso, de propiedad, de posesión

y de destrucción, que no tenían (y siguen sin tener) parangón en tiempo de paz.”

Dada la dificultad de freno y movimiento, fue necesario mantenerlos a distancias seguras y siempre localizados. Así nacieron los horarios de los ferrocarriles, explica Judt: “A continuación vino todo lo demás: el establecimiento de husos horarios nacionales e internacionales; los relojes de fichar en las fábricas; el omnipresente reloj de pulsera; los horarios de autobuses, ferries y aviones, así como de los programas de radio y televisión; los horarios de los colegios, y muchos más”.

¿Cuántas historias se habrán comenzado a escribir tras una cita bajo el reloj de la estación de trenes? ¿Cuántos negocios se habrán hecho gracias a un tren que llega a tiempo? ¿Cuántas vidas se habrán salvado debido al traslado oportuno de enfermos? ¿Cuántas películas, cuántos libros, cuántos cuadros pintados con este motivo?

Hoy, los trenes siguen ordenando el tiempo, dividiendo el mundo desarrollado entre este y oeste, como en la estructura de José Trigo. Uno se sube al AVE en Atocha para apearse en Sevilla, poco más de dos horas y media después de abordarlo. Si la velocidad del TGV francés es asombrosa, la puntualidad del Tsukuba Express en Japón es incomparable. En 2017 la empresa se disculpó por haber cometido un fallo imperdonable: uno de sus trenes salió 20 segundos antes de la hora programada. ¿Tendríamos algo que reclamarle a las aerolíneas mexicanas al respecto?

III. Alrededor de los trenes mexicanos

Nuestro país tiene una larga historia de interrupciones alrededor de las vías del tren. La revolución truncó un

proyecto largamente anhelado del Porfiriato: la vía interoceánica fue construida y la estación de trenes de Tehuantepec inaugurada el 23 de enero de 1907. Desde ese año y hasta 1913, la ruta transportó más de 850 mil toneladas de carga. Se dice que entre 1872 y 1912, el gobierno de Díaz construyó alrededor de 20 mil kilómetros de vías férreas en México, algo nunca antes visto y que no habría de igualarse en los años que siguieron al México revolucionario.

En 1927, al desatarse la huelga ferrocarrilera, fue encarcelado por el presidente Calles un jovencísimo Valentín Campa, con 23 años de edad. En el conflicto ferrocarrilero conocido como “el charrazo”, Campa fue otra vez detenido y encarcelado de 1949 a 1952. Tras un nuevo enfrentamiento en los años de 58 y 59, volvería a prisión de 1960 a 1970. Los líderes sindicales charros, las malas decisiones gubernamentales y la corrupción impidieron por décadas la recuperación del ferrocarril como medio de transporte de personas. Muestra de ese fracaso en años recientes fue la cancelación del tren México-Querétaro, anunciado por Enrique Peña Nieto al asumir la Presidencia el 1 de diciembre de 2012. El tren había sido presupuestado en 8 mil 951 millones de pesos.

La ficción de Juan José Arreola en *El guardagujas* pareció alcanzarnos con el escándalo de los constructores del sexenio de Peña Nieto, entre los cuales estaba Juan Armando Hinojosa Cantú, propietario de la Casa Blanca de infausta memoria. “El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la

empresa.” Y en otra parte Arreola: “Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado”.

El cuento del oriundo de Zapotlán el Grande fue publicado en 1952, el mismo año en que Campa salía de la cárcel por segunda vez y un año antes de que Rulfo escribiera en *Paso del Norte* (El llano en llamas, 1953) un pasaje sobre trenes para luego suprimirlo definitivamente: “Los ferrocarriles son serios. Es otra cosa. Ahí verás y te arriesgas”. Faltaban seis años para que estallara el movimiento ferrocarrilero más importante del siglo mexicano, que recogería Del Paso, bajo la tutoría de Rulfo, en *José Trigo* (1966). Hasta aquí esta breve cartografía de la influencia ferrocarrilera en las letras nacionales.

IV. En defensa del tren

Tras la serie de desencantos mencionados, no es casual que algunos sectores en México vean con escepticismo el proyecto del Tren Maya anunciado por el Presidente López Obrador. Estamos cosidos a las decepciones, curados de espanto. Pero la impredecibilidad, la incertidumbre, el miedo a lo desconocido forman parte –con Arreola– del ADN de los trenes.

Nadie podría oponerse a visibilizar la identidad regional, a detonar el turismo y el desarrollo económico de las comunidades indígenas del sureste mexicano. El 23 de junio de 2019, durante su visita a Quintana Roo, el Presidente López Obrador informó que el tren maya supondrá alrededor de 40 mil millones de pesos de inversión en ese estado, además de miles de empleos

para productores, ejidatarios y pequeños propietarios de Quintana Roo, Campeche, Chiapas, Tabasco y Veracruz. Los días 14 y 15 de diciembre de 2019, se realizó una consulta ciudadana en la que, según datos del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, participó un 75% de las mil 400 comunidades originarias ubicadas en la ruta del proyecto. De los más de 100 mil mexicanos que participaron, el 92.3% votó por el sí a la construcción del tren.

El tren maya busca fortalecer el ordenamiento territorial de la región y potenciar su industria turística. El gobierno federal ha proyectado la construcción de mil 460 kilómetros de vías férreas, 18 estaciones y 12 paraderos, en 5 estados: Chiapas, Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, a lo largo de tres tramos: selva, Golfo y Caribe. El proyecto pretende mejorar la conectividad de la región mediante tres tipos de transporte: población local, turistas y carga; cuenta con el acompañamiento de UNESCO, ONU Hábitat y la Oficina de las Naciones Unidas de Servicios para Proyectos (UNOPS); al mismo tiempo se han firmado convenios con centros de investigación y educación nacionales y regionales para incorporar las mejores prácticas. Como una referencia de su impacto ambiental, vale señalar que un tren puede llevar la carga de 280 camiones y que un viaje de 300 pasajeros equivale al uso de ocho autobuses o de 148 automóviles, por citar solo un par de ejemplos.

Según lo anunciado, la obra se construirá bajo el modelo de Asociación Público Privada (APP) bajo contratos de 30 años; se dividirá en siete tramos de 210 kilómetros y cada tramo tendrá un costo promedio de mil 100 millones de dólares. Así, a fin de que las empresas constructoras se hagan responsables por fallas o vicios ocultos, el gobierno pagará el 10% al término de un tramo, es decir 100 millones, mas un programa de pagos a

30 años para pagar capital, intereses y mantenimiento.

Cuando escucho las voces que quisieran ver fracasar al tren y que hacen todo lo posible por que fracase, vuelvo al ensayo visionario de Tony Judt: “Las comunidades que se adaptaron al ferrocarril prosperaron. Los pueblos y ciudades que se opusieron perdieron la batalla o, si lograron evitar o posponer la presencia de una línea, un puente o una estación, quedaron atrás: el gasto, los viajeros, las mercancías y los mercados los soslayaron y fueron a otros lugares.”

Al progreso se le planta cara, no se le saca la vuelta. El proyecto de tren tiene el enorme desafío de respetar la cosmogonía maya, su carga histórica plural y una concepción de mundo que plantea que allí vive la historia y allí viven los muertos. Con nuestro voto de confianza, debe ejercerse también un acompañamiento ciudadano que vele por el respeto a los pueblos originarios y el medio ambiente, por el impulso de la economía solidaria y la integración regional. Y por último, mediante una construcción que funda en un abrazo a nuestro pasado con la modernidad, haciendo el recuento de lo que fuimos y el anuncio de lo que podemos ser.

Personalmente, sueño con el día en que México sea un país famoso por sus ferrocarriles y que una estación de trenes mexicana (como Buenavista ayer, o como Palenque mañana) compita en tráfico de personas y mercancías con St. Pancras (Londres), la Gare du Nord (París), Berlin Hauptbahnhof (Berlín) o Atocha (Madrid). Sueño con amanecer llegando al Caribe en un tren cuya vista nada tendrá que envidiarle a los trenes de Tokio, mientras le enseño a algún niño a pronunciar el siempre difícil dígrafo: Erre con erre, cigarro./ Erre con erre, barril. /Rápido ruedan los carros/ cargados de azúcar del ferrocarril.

Albert Camus, defensor de la esperanza³⁰

En tiempos de peste, prohibido escupir a los gatos.
—Del cuaderno de Tarrou

I. El siglo de Camus

Fue el siglo de dos guerras mundiales, algunas revoluciones, la erección de un muro y su fatal caída tras la guerra fría. Fue el siglo del despertar de los jóvenes y el del comienzo por la lucha de reivindicaciones de derechos de las mujeres; para mayores señas, el siglo antes de Twitter y de Facebook. Fue el siglo en que mataron al archiduque Francisco Fernando y a John F. Kennedy, el de las muertes sorpresivas de Juan Pablo I y de Diana de Gales, el de la gripe, el ébola o el sida; el del ascenso y muerte de las grandes utopías. Fue el siglo más corto, escribió Eric Hobsbawm, aunque un alemán, un francés o un inglés de la Segunda Guerra Mundial se habrían reído a carcajadas ante semejante afirmación. Para los europeos de la posguerra, el siglo XX debió haber transcurrido con lentitud agónica.

Para Albert Camus, argelino nacido en 1913, a

30 Publicado el 21 de enero de 2020 en tempomx.com

menudo aquejado por la tuberculosis, militante de la resistencia intelectual francesa, separado de su familia por la guerra, la primera mitad del siglo debió suponer el fracaso del mundo conocido y la oportunidad de registrar su atenta lectura del pasado, así como de escribir algunas profecías para los días por venir.

La peste, novela publicada en 1947, cuando Camus tenía 33 años, es una alegoría de la ocupación, pero no solo eso. *El hombre rebelde*, ensayo publicado en 1951, a sus 38 años, es un repaso filosófico a la historia de la rebeldía, pero no solo eso. En ambos textos a Camus le mueve la esperanza de que en medio de la convulsión y el desastre, los hombres buenos aún pueden salvar al mundo.

II. Las conjeturas de Tarrou

Cuando escribe, Camus no moraliza, no predica, expone los riesgos de las rutas que la humanidad ha andado y luego cede al lector la responsabilidad de discernir el camino que habrá de tomar. “El bienestar público se hace con la felicidad de cada uno”, escribe en *La peste*. Una aspiración del estado se obtiene con la suma de las felicidades privadas, de alegrías individuales.

Novela controversial en su tiempo –Simone de Beauvoir y Roland Barthes, entre otros intelectuales la consideraron desproporcionada, la reprobaron e incluso insistieron en leerla como alegoría del fascismo–, *La peste* ocurre en una prefectura francesa en la costa argelina, Orán, ciudad moderna de paisajes sin igual y población frívola, como suelen ser las ciudades modernas, en donde un buen día comienzan a aparecer ratas y con ellas forúnculos y linfas que minan la salud de sus habitantes. El miedo y la reflexión vienen juntos, sostiene Camus.

Quizá por eso el miedo nos atraiga poderosamente. Es, a leguas, el sentimiento predominante de la raza humana.

Jean Tarrou, personaje singularísimo de esta historia, lleva un minucioso cuaderno de notas sobre la epidemia.

“Pregunta: ¿qué hacer para no perder el tiempo?”

Respuesta: Sentirlo en toda su lentitud.”

Con la llegada de la peste, la vida se transforma. En mitad del desconcierto, del no saber lo que pasa, del resplandor de eternidad de que nos dota todo sufrimiento, comienzan a surgir modestos héroes de lo cotidiano. Tal es el caso del doctor Bernard Rieux, cuyo heroísmo consiste en atender a las víctimas de la peste, a riesgo de contagiarse él mismo.

Los habitantes de Orán experimentan el vacío, el deseo de volver atrás, un sentimiento como de exilio que perseguía a Camus en la vida real. En la emergencia se acepta vivir al día, apresurar la marcha del tiempo. “La santidad es un conjunto de costumbres”, habrá de apuntar en su cuaderno Tarrou. Solo queda asumir el destino inexorable con voluntad de griego resignado. O tal vez no. Volveremos sobre el concepto del heroísmo en Camus más adelante. Nótese por ahora la importancia capital del tema en el autor argelino: “Esto dará a la verdad lo que le pertenece, a la suma de dos y dos el total de cuatro, y al heroísmo el lugar secundario que debe ocupar inmediatamente después y nunca antes de la generosa exigencia de felicidad”.

Avanzada la peste, comienzan los actos de violencia, el entierro de los muertos, el sufrimiento de los amantes separados —como sucedió con Camus mismo, separado por la guerra en 1942 de su madre y de su mujer, a quienes

no volvió a ver sino una vez concluida aquella—, el aislamiento en los barrios, la ausencia de lluvia, los incendios, la escasez de féretros, la pérdida de la memoria. “Todo se volvía presente. La peste había quitado a todos la posibilidad de amor e incluso de amistad. Pues el amor exige un poco de porvenir y para nosotros no había ya más que instantes”.

En Orán entienden, como solo se entiende ante la emergencia, la amenaza o la enfermedad grave, la finitud de la vida y abren la puerta al nihilismo: “Y como no podían pensar siempre en la muerte, no pensaban en nada”.

A pesar de la desolación y de la peste, Camus parece escribir su libro más esperanzador: “Después de un silencio, el doctor se enderezó un poco y preguntó a Tarrou si tenía una idea del camino que había que escoger para llegar a la paz.

—Sí, la simpatía”.

Con el descenso de la enfermedad, la ciudad vuelve a sus labores cotidianas. Algunos, como Cottard, incluso se muestran consternados ante la partida de la peste. La mayoría de los habitantes se muestran ahora prudentes y hasta optimistas, han aprendido a aquilatar la ternura y la felicidad espontánea, pero en palabras de Rieux, saben que la alegría está amenazada. El bacilo de la peste, concluye Camus, está siempre latente y un día la peste puede despertar a sus ratas para mandarlas a morir en una ciudad dichosa.

III. Un hombre que dice no

Respecto a la banalidad del mal de la que luego escribiría con profusión Hannah Arendt, apunta Tony Judt: “Todos estos son ahora lugares comunes del debate moral e

histórico. Pero Albert Camus fue el primero que llegó a ellos.” (*Sobre La peste*, *The New York Review of Books*, noviembre de 2001).

Camus sabía que el suyo iba a ser un siglo de rencores. “Los tiempos modernos –escribió en *El hombre rebelde*– se abren entonces con gran ruido de murallas desplomadas”. Revisión de la rebeldía en el pensamiento occidental, este libro es además un repaso a las ideologías que dirigieron el mundo del siglo XX, a las revoluciones que no logran subsistir como rebeldía si se convierten en gobierno, a la medida y a la desmesura.

La cuestión que dominó al siglo XIX, piensa Camus, fue cómo vivir sin la gracia. Por la justicia, respondieron quienes no aceptaban el nihilismo. La cuestión del siglo XX es paradigmática: ¿Cómo vivir sin gracia y sin justicia? El autor se mueve en este ensayo libremente entre la historia, la filosofía y la política. Reflexiona: “La historia está regida por dos únicos principios, el Estado y la revolución social, la revolución y la contrarrevolución, que no se trata de conciliar, sino que están empeñados en una lucha a muerte”.

Una y otra vez, la historia confirma que no hay gobierno que pueda transformarlo todo. Sin embargo no parece que el militante, sea de la época que sea, lo entienda cabalmente. O quizá sea que el idealismo ofrece resistencias para aceptar semejante idea. Pero si una cosa es clara, es que las revoluciones hechas gobierno fracasan si no incuban en su seno un proceso de reflexión interna, si no entienden el momento histórico que viven como una oportunidad para construir, más que para ajustar cuentas con el pasado y con sus adversarios. Cualquier gobierno revolucionario habrá de fracasar irremediabilmente si –a sabiendas de la imposibilidad de cumplir todas las ex-

pectativas— no se toma al menos el tiempo para explicar las razones de su actuar ante la ciudadanía. “Destruirlo todo es condenarse a construir sin fundaciones; después hay que mantener las paredes en pie con la fuerza de los brazos”.

Camus parece comprender a la perfección los síntomas del marxismo militante, lo que le valdrá el encono de Sartre y la acusación de ser funcional a la derecha: “Cuando las predicciones se hundían, la profecía seguía siendo la única esperanza”. [...] “El revolucionario es al mismo tiempo rebelde, o ya no es revolucionario, sino policía y funcionario que se vuelve contra la rebeldía. Pero si es rebelde, acaba levantándose contra la revolución”.

La rebeldía se ve distinta si se mira con los ojos del insurgente que con los del ministro en el poder. El secreto de la congruencia política tal vez consista en mantenerse leal al rebelde que uno ha sido antes de sucumbir al manto protector de la misericordiosa quincena. Pero antes, el político ha de preguntarse pragmático, si está dispuesto a ser revolucionario a toda costa, incluso aunque serlo suponga la derrota. Al poder hay que cuestionarlo, exigirle resultados. Cuánto le cuesta entender a nuestra clase política y a la opinión pública —la de hoy como la de ayer—, que la crítica desde dentro del partido en el gobierno no necesariamente es traición. El ejercicio del derecho a disentir es también voluntad de mantener viva la chispa revolucionaria, la misma chispa por la cual, cuando se es oposición responsable, se lucha.

Hacia el final del ensayo, el argelino sostiene que “las ideologías que dirigen nuestro mundo nacieron en el tiempo de las magnitudes científicas absolutas (...) El pensamiento aproximado es el único generador de realidad”.

Bien valdría hacer una pausa en el camino y preguntarnos quién está escribiendo una ideología para lo que resta de nuestro siglo y cómo responderemos a los desafíos de nuestro tiempo si sólo tenemos a mano unas cuantas ideologías caducas.

IV. ¿Qué es un héroe?

Los hombres buenos de nuestro tiempo se jactan en redes de sus buenas obras, pontifican, graban vídeos para denunciar el cambio climático o la desaparición de la vaquita marina y luego se van a dormir el sueño de los justos. Falsos héroes de hoy, se ufanan de usar el mismo traje durante toda la temporada de premios de la industria cinematográfica “para no contaminar”, o presionan a los organizadores para que sirvan menús veganos en fastuosas ceremonias, en donde inevitablemente —si ganan un premio— sermonearán al respetable con discursos sobre Australia, Siria o el deshielo de los polos. O son tendencia mundial por viajar en velero o en tren “para no contaminar” mientras escriben encendidas proclamas contra los líderes mundiales desde confortables sillones Herman Miller al calor de sus chimeneas.

El héroe de Camus nada tiene que ver ni con estos pretendidos héroes ni con la definición de las antiguas tragedias griegas, en donde seres dotados de atributos mitológicos se agigantan y realizan proezas ejemplares o sobrehumanas. Tanto en *La peste* como en *El hombre rebelde*, los héroes realizan pequeñas acciones en apariencia insignificantes, ordinarias, aplican sueros como el doctor Rieux o dicen no, porque al hacerlo también dicen que sí, implícitamente, aceptan las reglas del juego. Los héroes modernos, parece decirnos Camus, son los héroes de las cosas simples. Las mejores utopías son las utopías mo-

destas, las que están al alcance de la mano y se consiguen sumando pequeñas voluntades.

Quizá quien mejor ha explorado en las últimas décadas qué es el heroísmo sea el escritor Javier Cercas. Los héroes de sus novelas son héroes esquivos, más cercanos al heroísmo efímero de Aquiles el de los pies ligeros que a la grandeza de Zeus, que amontona las nubes. Tal es el caso de Antoni Miralles, que niega ser un héroe en *Soldados de Salamina* (2001) o antihéroes como el Manuel Mena de *El monarca de las sombras* (2017). Los de Cercas son héroes resignados, fatalistas que parecen haber leído a Camus: “Alguien que se cree un héroe y acierta. O alguien que tiene el coraje y el instinto de la virtud, y por eso no se equivoca nunca, o por lo menos no se equivoca en el único momento en que importa no equivocarse, y por lo tanto no puede no ser un héroe”.

V. Nosotros elegiremos Ítaca

Recapitulemos un poco. A cincuenta años de la muerte de Camus, nos queda un gran legado tras una lectura atenta de sus obras. Destaco algunas ideas de estos dos textos capitales: la simpatía como camino para la paz y el bienestar entendido como la suma de las felicidades individuales; entender que el bacilo de la peste pervive latente en las ciudades modernas y que la rebeldía es el movimiento mismo de la vida.

De Albert Camus se dijo que era existencialista —etiqueta que él mismo rechazó—, que fue un escritor de lo absurdo o que combatió al comunismo haciéndole el juego a la derecha. Más allá de esas definiciones, erradas la mayor parte del tiempo, Camus fue un defensor de la esperanza en los momentos más oscuros de su siglo. Cuando la posguerra parecía cerrarle al mundo todas las

salidas, él habló de simpatía, de amor, de la rebeldía heroica de los actos sencillos. Por eso el mejor Camus, o al menos el que más me gusta, es el Camus optimista, el hombre de acción, que en el proscenio, aprieta un cigarro entre los labios mientras se dispone a echarse un pasito eché.

Entre 1944 y 1946, más o menos por las mismas fechas en que Camus escribía *La peste* y *El hombre rebelde*, Aaron Copland compuso la *Sinfonía No. 3* como un canto de esperanza al final de la posguerra. Se trata de una sinfonía atípica, en sintonía con su tiempo. El tercer movimiento, *andantino quasi allegretto*, transpira desolación, estruendo de bombardeos, muerte. Pero es también un poco como ese momento sombrío de la pesadilla en mitad de la noche en que uno sabe que está a punto de despertar. Se intuye la nobleza de los hombres buenos, de quienes están dispuestos a reconstruir el mundo, de entre sus escombros, piedra sobre piedra.

Su orquestación, en la que predominan instrumentos aerófonos —piccolos, flautas, clarinetes, cornos, fagots, trompas, trompetas, trombones—, tiene mucho de anuncio y profecía. No hay descanso entre el tercer y cuarto movimiento, como no lo hay entre la muerte y la resurrección en ciertas teogonías. El *molto deliberato*, *allegro risoluto*, cuarto y último movimiento, comienza con la *Fanfarría del hombre común* (Copland, 1942). Este movimiento es un alegato poderoso, de ideas que chocan entre sí y se superponen, como ideologías arrebatándose la palabra en un coloquio. Copland como Camus en *La peste* supo entender que en tiempos oscuros, hay que “empezar a avanzar en las tinieblas, un poco a ciegas, y procurar hacer el bien”.

No podemos renunciar al anhelo de explicarnos el

mundo a cada paso, a corregir el rumbo; “a la historia hay que decirle que sí”. El afán de saber debe darle sentido y decisión a nuestra acción cotidiana. Camus escribió al final de *El hombre rebelde*: “Nosotros elegiremos Ítaca, la tierra fiel, el pensamiento audaz y frugal, la acción lúcida, la generosidad del hombre que sabe”.

La generosidad del hombre que sabe es la generosidad del hombre dispuesto a compartir lo que sabe, a cuestionarse lo que sabe, a corregir lo que sabe, o lo que creía que sabía. Camus lo supo bien y su pensamiento parece profecía para nuestro siglo: no son tiempos de buscar verdad en la belleza, sino de encontrar la belleza aún en las más crudas verdades; de desandar los caminos conocidos y elegir volver a Ítaca, como Ulises, aún sabiendo que a la vuelta, habrá sangre y desolación en el palacio.

Sergio Pitol: El viajero en el vértice³¹

Para César Villegas e Ildefonso Cecilia

I. Todo está en todas partes

Sevilla, 20 de octubre de 2022. He quedado con César Villegas frente al Archivo de Indias, para celebrar mi reencuentro con esta ciudad que no piso desde hace trece años. Me acompañan Kathia e Ildefonso. Lluve con voluntad de trópico y me veo compelido a ponerme un suéter. ¡En Sevilla! Mientras despachamos varios platos de la gastronomía andaluza, charlamos sobre los años que César y yo pasamos como estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Veracruzana en Xalapa. Sabedor de que los demás comensales no han convivido antes, asumo el rol de bordar la empatía para que la velada funcione. Le cuento a Kathia que César es originario de Ozuluama y a este, que de niña, ella visitaba a unos familiares en Naranjos, ambos pueblos cercanos, situados en la Huasteca veracruzana. Pronto descubren que tienen conocidos comunes, que frecuentaron los mismos sitios, una gasolinera, un parador que resiste el paso del tiempo.

31 Escrito en 2022.

Después, le digo a César que Ilde es un pintor abstracto, oriundo de Osuna, y al ursonés, que César es profesor de derecho y veracruzano vecindado en Sevilla. Y ahora, ¿cómo conectamos esos puntos?

César nos cuenta que el día del abogado se celebra el 12 de julio en virtud de haberse establecido en tal fecha, pero del año 1553, la primera cátedra de Derecho en América. Bartolomé de Frías y Albornoz, leyó ese día en la Real y Pontificia Universidad de México la *Prima Leyes*, una suerte de introducción a los principios fundamentales del derecho romano. Natural de Talavera, Frías estudió en Salamanca para después doctorarse en la Universidad de Osuna. En tu pueblo, le dice a Ilde, animado. En 1557 consta su registro como pasajero de Indias, justo en los archivos del edificio de enfrente. Mientras cenamos, reafirmo que con voluntad y sobre la base del afecto, uno construye sus afinidades. Aquí estamos dos xalapeños contándole a un sevillano por qué Xalapa es nuestra entrañable Atenas.

De pronto, César trae a la mesa un recuerdo de Sergio Pitol. Todo xalapeño que se respete, tiene a menudo una anécdota con tan ilustre vecino. Observo que como tres de los cuatro presentes, él también estudió derecho, bajo la égida de otro gran catedrático español: don Manuel Pedroso. A los postres, el maestro se ha instalado tímido en el vértice de la sobremesa, que gira alrededor suyo, mientras me recreo en las misteriosas conexiones de esta noche sevillana de suéteres, paraguas, abrigos y una lluvia pertinaz, más bien xalapeña. Al salir, recuerdo unos versos de List Arzubide: “la ciudad falsificada/ por el amanecer de su pañuelo”. *Todo está en todas partes.*

Lo primero que supe al llegar a Xalapa con dieciséis años, es que entre las glorias locales se contaba un tal Sergio

Pitol del que nada había leído cuando me lo encontré en la calle Zamora, saludando como el más amable de sus vecinos. Pronto me hice con un ejemplar de *Soñar la realidad. Una antología personal*, publicada por Plaza y Janés (1998). Deshojada de tanto releerla, conservo aquella primera edición, de donde entresaco unas líneas: “Uno, de eso soy consciente, no busca la forma, sino que se abre a ella, la espera, la acepta, la combate. Pero siempre es la forma la que vence. Cuando no es así el texto está podrido”.

A la claridad de su prosa le acompañaron las afinidades: como Pitol, yo también fui un niño enfermizo en un pueblo lejano de la geografía veracruzana a donde no llegaban muchos libros; como Pitol, yo también estaba siendo formado en una escuela de leyes aunque no tuviera ni remotamente su genio. Con cada libro suyo leído confirmé mi vocación literaria entre códigos y tesis jurisprudenciales. Aprendí que uno escribe, a la manera de Stevenson, como un *mono mimético* que copia a sus ancestros. De allí que en mis primeros cuentos esté presente el elemento onírico de sus cuentos, de su mundo poblado de ensoñaciones. En *La coronela*, un cuento que destruí, descubro ahora una fuerte presencia del *Vals de Mefisto*. Al tiempo que escribo este texto, releo *El oscuro hermano gemelo*, en donde el maestro transcribe una cita que casa a la perfección con lo que he experimentado tras la publicación de mis libros: “Ser escritor es convertirse en un extraño, en un extranjero: tienes que empezar a traducirte a ti mismo. Escribir es un caso de *impersonation*, de suplantación de personalidad: escribir es hacerse pasar por otro.”

II. Lo que Sergio lee dice más de Sergio que de los autores que lee

Se sabe que todo autor es una puerta que abre otras puertas, que abren a su vez otras puertas. Sergio Pitol es, además, a través de sus libros, traducciones y compilaciones, un maestro generosísimo. Sin pretensiones ni ambages construye un canon propio a través de sus textos, que nos toman de la mano como a niños y nos conducen amorosamente a puertos desconocidos. Fue así como llegué a leer *La asesina ilustrada* de Enrique Vila-Matas, *Las puertas del paraíso* de Jerzy Andrzejewski, el *Danubio* de Claudio Magris, *Sostiene Pereira* de Antonio Tabucchi y *El tercer policía* de Flann O'Brien, entre otros.

Dicho canon se advierte en la selección de *Los cuentos de una vida. Antología del cuento universal*, hecha para Plaza y Janés (2002), por el maestro. Allí están Gógol, James, Maupassant, Clarín, Chéjov, Kipling, Schwob, Lu-Sim, Kafka, Reyes, Bruno Schultz, Akutagawa, Pilniak, Corrado Alvaro, Lampedusa, Faulkner, Borges, Felisberto, Gombrowicz, Landolfi, Onetti, Cortázar, Rulfo, Arreola, Monterroso y Carver. En el prólogo a dicha compilación acota: “Hay un misterio en la relación de la obra literaria y el tiempo. Muchos libros que nos llenaron a mí y a mis contemporáneos de entusiasmo hace treinta, cuarenta, cincuenta años, se han convertido en letra muerta”. Rememoro las profecías de Auxilio Lacouture en *Amuleto*, de Roberto Bolaño, mientras el maestro nos insta a acogernos a los colosos, “convertirlos en talismanes prestigiosos para no contaminarse de la literatura fácil ni caer mecánicamente en la estridencia de las vanguardias”.³²

32 La Universidad Veracruzana, que este 2022 ha cumplido ya 78 años, tiene en su catálogo editorial una colección que lleva por nombre Sergio Pitol, traductor. Acudir al encuentro de sus traducciones, es quizá la manera más

Lo que Sergio lee, pues, dice más de Sergio que de los autores que lee. Su atenta mirada de viajero, ya sea turista, embajador o polizón, irá depurando una forma única en el panorama de la lengua española, con una “severísima aduana para decidir lo que se va a rechazar y lo que puede incorporarse” a su obra. Voluntaria o involuntariamente, Sergio Pitol, lector, construye un modelo sobre el que habrá de inventar un código propio, el de *El arte de la fuga* o *El mago de Viena*.

El resultado es una mezcla sutil, que como en las ensoñaciones de sus cuentos, se funde sin distinguir fronteras en un trasvase de géneros celebrado por la crítica especializada. Pero además, en una obra consciente del valor polisémico de la palabra sobre el que hablará en su discurso de recepción del Premio Cervantes (2005) al referirse a las enseñanzas de otro de sus maestros, Aurelio Garzón del Camino, un modesto corrector de estilo: “El objetivo fundamental de la escritura es descubrir o intuir *el genio de la lengua*, la posibilidad de modelarla a discreción, de convertir en nueva una palabra mil veces repetida con solo acomodarla en la posición adecuada en un frase.”

III. ¿Lo crearás Ariadna? El minotauro no resultó gilipollas

Gracias a Sergio Pitol, *La casa de Asterión* de Borges me voló la cabeza con dieciocho años y continuó rondando por allí hasta que en 2010, mientras vivía en Córdoba, antigua capital de Al-Ándalus, escribí *La venganza del minotauro*, un cuento que después ganó un concurso del Museo Arqueológico de la ciudad. Llevaba algún tiempo fraguando un relato que sirviera de reverso a la histo-

fiable de entender su canon personal.

ria de Borges; me imaginaba a Teseo yendo de moderno, medio tarambana, inmerso en el laberinto de una relación de pareja con Ariadna, quien aguarda paciente su desquite. ¿Hay algo de *La vida conyugal* en esta apretada sinopsis? Las bases del concurso señalaban que el relato debía estar inspirado en alguna pieza existente en la institución, así que recorrí el museo en busca del algún toro mitológico y hallé un Mithras Tauróctono, dios del sol, oficiando el rito sacrificial.

Durante aquellos meses, escribía a partir de las doce del día y después de comer me pegaba una siesta tan caribeña como andaluza para volver a la vida a partir de las cinco o seis de la tarde. Es preciso acotar que aquellas habitaciones conventuales gozan de un silencio y una oscuridad total, tan propicios para la reflexión y el éxtasis, como para el desconcierto. Así que al despertar, yo no sabía bien si amanecía, si era medianoche o si solo había dormido una hora.

La historia de la ceremonia de premiación es esta: Mientras duermo la siesta, un día cualquiera, suena el teléfono móvil para anunciar que gané el primer premio y que debo darme prisa porque justo en ese momento el jurado lee el acta. De inmediato me pongo un saco y corro hacia el museo, que está a la vuelta de casa. En la esquina de las monjas me temo una celada de mis compañeros de la fundación. Alguno ha debido llamar para tomarme el pelo mientras beben en el bar de la esquina. Me asomo cauto, pero los burladores no están y entonces encamino mis pasos al salón de actos, en donde Andrés Neuman, flamante ganador del Premio Alfaguara de Novela, lee el relato y al ver que entro me cede el micrófono. Mientras intento fosforear las meninges, concluyo la lectura, todos aplauden y luego nos tomamos fotos de las que no quedará ni rastro.

Volvamos al presente, trece años después. En el Museo Arqueológico no encontré la figura que me sirvió de pretexto para escribir aquel relato. El museo tiene un nuevo edificio, asentado sobre lo que fue el gran teatro romano de la Corduba, capital de la provincia bética. Como se sabe, las ciudades andaluzas están construidas sobre los restos de las civilizaciones que les precedieron: visigodos, romanos, árabes. Excavar, intentar reconstruir de entre los escombros es una tarea sin fin para la que no hay dinero que alcance y además implicaría echar abajo edificios históricos, por lo cual es casi seguro que nunca veremos mucho de lo oculto. Los arqueólogos utilizan hoy un aparato maravilloso que permite conocer, con solo sobrevolar una zona, lo que hay debajo. Estos escáneres recrean en tercera dimensión el esplendor de aquellos días, las murallas levantadas, las terrazas semi-circulares de un teatro, los pasos perdidos de un templo, las columnas expoliadas de ciudades cuyas piedras permitieron levantar otras ciudades. La literatura es una suerte de escáner al que acudimos para reconstruir tiempos idos, voces consignadas en el texto; pensamientos de autores que no conocimos cobran vida de nuevo en nosotros. Honestamente, la física cuántica a la literatura le viene guanga. De pie sobre lo que fue el desagüe del teatro vuelvo a cavilar sobre el Mithras Tauróctono ausente, estoy seguro de que no lo he visto, discurro una y otra vez mientras aspiro la mierda de los romanos. ¿Lo habré inventado? ¿Gané en realidad ese concurso y la premiación ocurrió en una tarde de verano andaluz, justo en mitad de la siesta, o sufrí una alucinación producto del éxtasis y la penumbra conventuales? La realidad y el sueño se funden a menudo, como en la desopilante historia que Pitol consigna en *El mago de Viena*: “De cuando Enrique conquistó Asjabad y cómo la perdió”. Allí Enrique Vi-

la-Matas no sabe si lo soñó o llegó a su hotel a hombros, confundido por la gente con una estrella de cine. Me refiero por supuesto a Enrique en tanto que personaje de Sergio Pitól. ¿Existirá en verdad Enrique Vila-Matas o será un pretexto de Pitól para escribir varias decenas de páginas memorables? ¿Y la obra de Vila-Matas? ¿No podría ser también la de un alter ego de Pitól, memorioso y relajiento, que actúa como una suerte de furtivo Banksy de las letras, mientras realiza sus performances con cara de serio y un abrigo Burberry en el que esconde algo más que las manos y los libros?

En *El arte de la fuga* (1996), Pitól advierte un signo en la obra de Tabucchi que bien podría aplicarse a la suya: “los malentendidos, los equívocos, las zonas de sombra, las falsas evidencias, las realidades soñadas.” Como reverso simétrico, Tabucchi escribe que la de Pitól es una obra plagada de equívocos que no se aclaran, y que solo pueden ser interpretados, pues atañen a la naturaleza de las cosas. Un lector agudo de su obra advertirá que el maestro copia y pega, se repite sin pudor en largas parrafadas que antes ha publicado en otros libros. ¿Será una jugarreta de la memoria o se trata de una iteración como en las óperas que bien conocía, una suerte de estribillo que nos reafirma su voluntad de equívoco, de malentendido atingente a la naturaleza de las cosas?

IV. Vindicación del esperpento

En sus novelas respira demente la Comedia Humana. Allí también transpira su eslavismo: Chéjov, Gógol, Lermonotov, Gombrowicz. En el *Tríptico del carnaval* es el estudioso de Bajtín quien escribe, como notario fiel de la constante mutación del mundo. Sobre el *ars humorística* de sus novelas, señala: “Cada escena era una caricatura

del mundo enmascarado, es decir, caricatura de la caricatura. Encontré refugio en el relajo.” (*Soñar la realidad*, 1998) Antes había manifestado su voluntad de hacer de la risa una declaración de principios, acaso una poética: “Hay que comenzar a reírse de todo, llegar al caos si es necesario, y hacer posible que los bienpensantes se tranquilicen, ya que buena parte de sus males y de los nuestros proceden de sus limitaciones. Reírse de ellos, ridiculizarlos, hacerlos sentir desamparado; solo así podría cambiar algo”. (*El arte de la fuga*, 1996)

La primera novela del tríptico (*El desfile del amor*, 1984) la escribe siendo embajador de México en Praga. Testimonia la atmósfera diplomática de esos días de vino y rosas en que el autor se codea con señores aburridos de pipa y guante y señoras estiradas de rezo y risa. Es el despiporre de esta serie un modo de evadirse de la monótona vida consular, de la política de máscaras y juegos de salón. Nunca los palacios fueron tan elocuentes como en su capacidad de multiplicar rostros y cuerpos a través de espejos que sacian las vanidades y generan una ilusión de comunidad a quienes, bajo los candiles, se sienten por un instante, un poco menos solos sobre el mundo.

En *Domar a la divina garza* (1988) Pitol recurre al procedimiento de la autoficción. Mientras el autor-narrador busca domar a una tal Marietta Karapetiz, el procedimiento expuesto a la vista del lector advierte que es la literatura misma esa divina garza a la que el autor busca domeñar en clave de mojjiganga. La ficción y el ensayo dialogan también aquí en contrapunto. El tríptico se cierra con *La vida conyugal* (1991), de acuerdo a las fases de la farsa carnalesca según Bajtín: coronación, destronamiento y paliza final. Fiesta de máscaras, parodia y subversión del orden son el fiel de su balanza.

En la última presentación de mi novela en Madrid, antes de volver a México, alguien cuestiona: ¿Cómo se compagina la escritura de ficción con el quehacer político? Me pregunto qué tendría que decir el embajador Sergio Pitol sobre la escritura de novelas en medio de trámites burocráticos y funcionarios de medio pelo. Tal vez escribimos a modo de evasión, para soportar un medio abrasivo y voraz.

En el texto podemos todavía, aunque cada vez menos, hablar con libertad usando sin miedo las grandes palabras. Con todo, la constante actual de los talleres literarios y de cada vez más conferencias de autores reconocidos es la corrección política y un humor social al que se teme ofender por miedo a ser cancelado. Las grandes editoriales incluyen ya entre sus recursos humanos a un *lector de sensibilidad* que busca prejuicios o lenguaje polémico en el texto, antes de que este vea la luz y meta en un problema a la editorial y al autor.

Rabelais, en referencia a la piedra en que descansó Démeter en su búsqueda de Perséfone, dio nombre a una raza de gigantes que no conocían la risa ni el alcohol: *los agelastas*. Contra los agelastas, contra los que no saben reír, habrá que defender a la literatura, que es por regla general, incorrecta. En “Chéjov nuestro contemporáneo” hay una clave para no traicionarse: “Todo escritor deberá ser fiel a sus posibilidades y tratar de afinarlas, tener el mayor respeto al lenguaje, mantenerlo vivo, renovarlo si es posible; no hacer concesiones a nadie, y menos al poder o a la moda, y plantearse en su tarea los retos más audaces que le sea posible concebir”. (*El arte de la fuga*, 1996)

Hay quienes siguen viendo en la obra de Sergio Pitol una literatura que según Ignacio Echevarría (*El País*, 2001)

“gusta sobre todo a quienes gusta que les guste la literatura”. Esto, que César Aira ha bautizado como el *bel letrismo* es uno de los tantos equívocos en la *summa pitoliana*. Le pasa lo que a su admirado Andrzejewski, a quien se leía en Polonia con devoción, sin que se alcanzara a descubrir la disrupción de su prosa. Sergio Pitol no es un autor fácil, pero acudir a su encuentro es combatir con un genio que sabrá ser generoso, visto el empeño, en tan desigual combate. Es un veracruzano de humor flemático, acaso un poco inglés, como su admirado Joseph Conrad. Tiene que empezársele a leer sin el aura de escritor para escritores. Es cierto que su filigrana es delicada y que se mueve con soltura por el mundillo aristocrático, pero cuando menos se lo esperan sus anfitriones, tras las cortinas vaporosas de la “gente bien”, el autor desciende sin piedad a sus infiernos más raspitas.

Pitol comprende que hay personas que viven permanentemente en personaje. Sabe que lo han construido milímetro a milímetro, lo han interiorizado de tal suerte que un día les es imposible salir de él. La máscara se ha fundido al rostro, la piel con que cubren sus miserias se ha encarnado. Los demás comienzan a creer en la verosimilitud del personaje, en su “ser auténtico”. Sabe también nuestro autor que solo quien mire con ojos nuevos podrá penetrar entre los tejidos de la máscara y las pieles superpuestas. Lo hará con desconfianza, resuelto a equivocarse, fingiendo ser un desmemoriado que pasa por allí como sin enterarse de nada, para luego recluírse en su estudio a registrar todo en un diario que, si persiste en ello y no se traiciona a sí mismo, un día podrá convertir en parte de su obra literaria.

V. Del autor, sus innobles procedimientos y Estridentópolis

Intenté, sin éxito, escribir de varias formas este texto. Pero luego pensé que acaso la mejor forma de hacerlo fuera contando historias que remiten a otras historias, abriendo puertas que abren a su vez otras puertas, y quizá con ello, lograra alentar al lector a perderse en los meandros de su obra. Así que, en vez de un ensayo académico —que habría hecho bostezar al Niño Ruso de Potrero—, como un modesto homenaje al Gran Mono Mimético, me puse a pensar en la historia de Gógol que aparece dentro de la historia de Vila-Matas dentro a su vez de El mago de Viena, al más puro estilo de las matrioshkas rusas. Solo al llegar a este punto me he dado cuenta de que no hay literatura más honesta que aquella que exhibe sin pudor sus nervaduras, sus embustes y sí, también, sus desventuras.

Y nuestra ciudad, entonces ¿cuál es? ¿De dónde es Sergio Pitol? ¿De Puebla, donde nació? ¿De Potrero, donde fue Niño Ruso? ¿De Varsovia, donde fue feliz? ¿De Marienbad, de Ronda, de Pekín? Uno es de donde lo quieren, pienso con Santiago Roncagliolo. Somos de los lugares que sentimos nuestros, y aunque no nacimos allí, tanto Pitol como yo somos de Xalapa por elección. Xalapeños *ad ovum*.

Madrid, 26 de octubre de 2022. Vine al Museo Reina Sofía expresamente a ver el *Guernica* de Picasso y *Un mundo* de Ángeles Santos, dos obras que me interpelan desde muy joven, pero es imposible no detenerse en otras salas que las preludian. Entre algunos cuadros tempranos de Picasso y de Torres García me saluda la obra de Marius de Zayas (Veracruz, 1880) y acto seguido una pared

completa dedicada al estridentismo. Está el *Comprimido Estridentista* de Manuel Maples Arce, *El Café de Nadie* de Arqueles Vela, *El viajero en el vértice* de List Arzubide, *Poemas* de Salvador Gallardo, algunas ediciones de *Horizonte*, grabados, carteles, fotos. Reparo en la coincidencia de las efemérides. En 1922, justo hace 100 años, surgía en Xalapa un movimiento que sacudiría la apolillada cultura del siglo XIX. Simultáneamente en Brasil, comenzaba el modernismo. Faltaban dos años para la aparición de los surrealistas. Carleton Beals escribió: “La América Hispana ha vivido bajo tres influencias literarias: la de España, la de Francia y la de los estridentistas de Xalapa”. Se me inflama el pecho al pensar que nuestra modesta capital cosmopolita de provincia dialoga con Huidobro, Borges, Apollinaire, Picasso, Duchamp o Chirico.

Frente al cuadro de Ángeles Santos (1929), que pinta un mundo que parece salir de otro mundo que parece al mismo tiempo entrar y salir de otros mundos, pienso en nuestra Estridentópolis. Me digo que es una ciudad que fustiga sin piedad a todo aquel que no tiene el temperamento para hacerla suya. No recuerdo si Pitol escribió sobre la vanguardia estridentista. ¿Le gustaban Jean Charlot, Alva de la Canal, Tina Modotti? ¿Y el mole de guajolote? Me digo también que a las ciudades las inventan sus escritores, las inmortalizan sus rapsodas y pintores, les dan forma las obsesiones de sus arquitectos y urbanistas. La fama de Atenas Veracruzana de Xalapa viene de sus vecinos y visitantes, de aquellos que han sabido habitarla aunque sea de paso, de los famosos Xalapeños Ilustres: Juan de la Luz Enríquez, María Teresa Medina de la Soto y Rivas, Sebastián Lerdo de Tejada, Enrique C. Rébsamen, el Barón Alexander Von Humboldt, Germán List Arzubide, Ramón Alva de la Canal, y en el vértice del cuadro un viajero: Sergio Pitol

Deméneghi, que a diferencia de Victorio Ferri, no murió niño.

Sus amigos, sus lectores y Xalapa le recuerdan con amor.

El dios desconocido

LITERATURA

Javier Cercas no es mejor que Nadie³³

Los buenos libros son aquellos que te hacen salir corriendo a leer otros libros. A mí me sucede cuando leo a Javier Cercas. Da la impresión de que conoce todo el canon literario o que alguien le ha pagado para recomendarnos lecturas, citándolas de paso y haciéndolas interesantes. O haciéndonos volver a los clásicos, con ansias renovadas.

Ya en *El punto ciego* escribía que un español es alguien con una teoría sobre la guerra civil. Así, en *El monarca de las sombras* vuelve al tema de su obsesión para hacerle un balance al pasado de un familiar suyo, Manuel Mena, héroe falangista. ¿Qué es un héroe? Es esta una de las preguntas sobre las que a menudo insiste Cercas en sus novelas, para encontrarle a personas de carne y hueso, los muchos matices del heroísmo.

Pero corramos un tupido velo sobre la historia y ocupémonos un poco de lo que aquí llamaré “el método Cercas” usado a menudo en sus novelas, por demás interesante. Podría resumirse más o menos así:

33 Publicado el 29 de marzo de 2017 en tempomx.com

1. La novela comienza en un punto de conflicto o penuria familiar, un desamor o la muerte de un pariente del narrador.
2. A y B conjeturan que todas las personas que aparecen en una foto o en un documento, están muertos.
3. B descubre por C que hay, de entre ellas, un sobreviviente. B se sobresalta.
4. Lo que C no le cuenta a B porque no lo sabe es, se sugiere, trascendente, pero no será develado sino al final de la novela, y quizá ni siquiera allí. Corrijo: será sugerida una hipótesis al final de la novela, pero esta no será la verdad definitiva del libro. El mismo autor ha escrito que las suyas son novelas de punto ciego, cuya pregunta central, la que da origen a la novela, no llega a tener respuesta.
5. Aparece un personaje del mundo real, amigo del autor, del que el autor-narrador cuenta una historia que no sabemos si tomar como real o ficcional, confundiendo los planos en los que se mueve la novela.
6. El narrador, que a veces lleva el nombre del autor, Javier Cercas, no necesariamente es el autor, sino un personaje homónimo, una suerte de alter ego, que no quiere escribir el libro, pero la historia lo persigue, lo acecha y al final lo obliga a escribirla. Pareciera un recurso gastado, pero la realidad es esta: solo las historias que te ponen un revólver amartillado en la sien, merecen ser escritas. Cercas parece saberlo, así que se justifica: “Todas las novelas de Kafka son más o menos iguales, y todas las de Faulkner también. ¿Y a quién carajos le importa?”
7. No quedan papeles o cartas, y el sobreviviente que bien podría contar lo que sabe, no quiere o no puede, o no sabe bien, o elige callar, así que toca al

novelista intentar iluminar la oscuridad de los resortes y las causas que movieron a los personajes.

Si *Anatomía de un instante* fue un libro escrito para saldar deudas con su padre, *El monarca de las sombras* es un libro escrito para su madre. Su escritura es intimista, a ratos parece que cuenta cosas que sólo a él le interesan, y sin embargo al final logra salvar el relato echando mano de los griegos.

En *Anatomía de un instante*, Cercas concluyó que no era mejor que su padre y que ya nunca iba a serlo. En *El monarca de las sombras*, concluye que no es mejor que Manuel Mena, que no es mejor que Nadie. Si Mena es Aquiles, entonces ese narrador impersonal que no es Javier Cercas y que no tiene permitido fabular porque no es narrador, es Nadie. Yo soy Nadie, parece decir Cercas. Si Nadie es Javier Cercas, siguiendo el silogismo, Javier Cercas es Ulises.

Próximo al final del libro sostiene “que es mil veces preferible ser Ulises que ser Aquiles”. Entonces Cercas es mejor que Manuel Mena. Cercas no es mejor que Nadie, porque Cercas elige ser Ulises, ergo, Nadie. Se mueve de nuevo en la querencia de su literatura: los héroes que no son, los héroes que él no es. ¿Estamos en *El monarca de las sombras* frente al cierre de una posible trilogía que abrió *Soldados de Salamina* y continuó *Anatomía de un instante*? ¿Será la última novela de Cercas sobre la guerra civil española, o no parará nunca de hablar de ella, como no de otra cosa hablan los españoles, a decir suyo?

En resumidas cuentas, me gusta Javier Cercas porque al leerlo pienso: ¡Joder, ya me gustaría a mí haber escrito este libro! Y quizá en eso reside la maestría de autores como Cercas u Onetti, al menos por cuanto hace a mis

afinidades electivas. Si despierta en mí las ganas de escribir, de dejarlo todo aunque sea por un momento para largarme a narrar el mundo, o por lo menos a leerlo, entonces su literatura, para mí, funciona.

Ocho libros que marcaron mi 2017³⁴

Los libros leídos son hojas de ruta. Las bibliotecas particulares son archivos de la memoria a los que uno vuelve para reinterpretarse y no olvidar de dónde viene. En el fondo, uno adquiere con el tiempo la manía de subrayar libros, de comentarlos y anotar en sus márgenes porque sabe que volverá a ellos no para reelerlos sino para releerse a sí mismo y descubrir con asombro cómo ha evolucionado —o no— su pensamiento. Es esta la primera razón que utilizaría en defensa del libro impreso y de las ya muy anticuadas bibliotecas.

La segunda es que uno vuelve al texto por el simple placer del texto mismo, como quería Barthes. Por eso he vuelto a repasar —como cada año— los títulos que he leído en este 2017 y de los cuales selecciono ocho que me parecieron sustanciales. Subrayo que no se trata de novedades editoriales, sino de lecturas aleatorias que fueron significativas para mí.

1. *Había mucha neblina o humo o no sé qué*, de Cristina

34 Publicado el 04 de enero de 2018 en tempomx.com

Rivera Garza. La autora nos cuenta de un Rulfo muy íntimo, muy suyo, con una escritura desaforada, a medio camino entre el ensayo, el diario o el libro de viajes.

2. *Porfirio Díaz. Su vida y su tiempo*. La guerra 1830-1867 de Carlos Tello Díaz. Si en *El exilio: un relato de familia*, Tello había contado con minuciosidad los avatares de los últimos días de la familia de Díaz –la suya–, esta nueva obra que le valió el Premio Mazatlán de Literatura no solo pasa revista a la formación del héroe sino que busca reinterpretar un segmento de historia que los libros oficiales nos negaron por muchos años, ante El Gran Villano, con mayúsculas.
3. *El punto ciego. Las conferencias Weinfield* de Javier Cercas. Ya he dicho que soy un fiel lector de Javier Cercas. Devoro cada libro suyo recién publicado. Este año, además de leer *El monarca de las sombras*, leí este ensayo sobre literatura que por alguna razón no había llegado a México, pero además tuve ocasión de conocerle. Fui con cierta reticencia, por aquella máxima que dice que normalmente los buenos escritores son malas personas, pero me encontré a un Javier Cercas simpatiquísimo, dicharachero y bajo los influjos de varios mezcales y licores diversos que, según contó, le habían recetado en el Pujol de Enrique Olvera.
4. *Wakefield* de Nathaniel Hawthorne. Este ágil relato del autor de *La letra escarlata*, nos cuenta la historia de un hombre que un buen día sin más decide dejar su casa para instalarse en el edificio de enfrente

desde donde ve la vida pasar y con ella la cotidianidad de su mujer y de su casa. ¿Qué resortes le mueven a tomar una decisión así? Evoco la nota de un periódico reciente: un japonés volvió a hablarle a su esposa tras veinte años de no dirigirle la palabra, pese a seguir compartiendo la misma casa, la mesa y las costumbres todos los días. La realidad va a la zaga de la ficción, una y otra vez.

5. *El último lector* de Ricardo Piglia. El admirado Piglia de *Respiración artificial* y *Plata quemada* nos dejó el 6 de enero del año pasado y para mí fue particularmente entrañable adentrarme en este libro en el que explora los vericuetos de la ficción. “Se lee un libro contra otro lector. Se lee la lectura enemiga. El libro es un objeto transaccional, una superficie donde se desplazan las interpretaciones”, escribió.
6. *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor. Aventajada de nuestra generación, Fernanda se ha formado un camino entre los grandes novelistas de nuestro tiempo con tesón y con un estilo muy peculiar. *Temporada de huracanes* narra la tragedia de nuestro estado, Veracruz, con la sordidez de quien vive con la muerte al acecho, de quien sabe que la esperanza se ha ocultado —como diría Sánchez Ferlosio— en la etimología de la desesperación.
7. *Atlántica y el rústico*, de María Baranda. Me gusta María Baranda por la misma razón por la que me gusta la poesía, porque es como un edificio de Tadao Ando o Zaha Hadid. Más allá de su funcionalidad, uno admira lo imponente del constructo, la

belleza y el artificio. María Baranda es de esas poetas que lo entiende a la perfección, pues sabe que por encima de todo, ser poeta es estar al servicio de las palabras y buscarlas con afán de gambusino.

8. *El último intento*, de Mariel Iribe Zenil. Los personajes de Mariel son mujeres y hombres viviendo sus particulares expresiones amorosas, entre silencios y fantasmas. Se agradece su lenguaje llano, sin alardes literarios ni grandes monólogos interiores. La narradora se dedica a contar historias de mujeres y hombres a quienes algo se les acaba: el amor, o la vida. El escenario escogido huele a río y a monte, a chiqueros y café de olla, a violín montuno y a amores silenciosos, de esos que aún durando toda la vida, un día se fueron para no volver.

Rendición, de Ray Loriga³⁵

En el mundo de la posverdad en que vivimos, ¿cómo se sabe cuál es el bando de los buenos y cuál el de los malos? ¿Cómo se vive y con qué valores en un mundo en el que ya no es posible ocultarse? Estas son algunas de las preguntas que plantea *Rendición*, de Ray Loriga, que ganó el año pasado el Premio Alfaguara de Novela.

El mundo de la novela es posapocalíptico. Una guerra ha pasado pero el horror recién comienza. Una pareja se ve obligada a revisar sus principios, después de haber recibido la orden de quemar su casa, tras haber sufrido el saqueo de sus bienes y sin noticias de sus hijos, que marcharon al frente de batalla.

Destaco un acierto de la novela: es pura narración, sin largas disertaciones sin diálogos y sin que los personajes tengan nombres. Es decir, él y ella podrían ser cualquier hombre y cualquier mujer. Los seres humanos son presentados en un ejercicio de universalidad, como sucedía en *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago.

Trasladados a una ciudad de cristal, el hombre se enfren-

35 Publicado el 29 de enero de 2018 en tempomx.com

ta a un dilema. ¿Por qué todos parecen aceptar la normalidad de la transparencia? ¿Les dan una droga que les hace celebrar su nueva vida con optimismo? Loriga nos recuerda que nuestra era exige recursos que nos permitan soportar una realidad de vértigo a la que no fuimos acostumbrados.

La ciudad se interpreta en clave de colectividad: “No había beneficio sino para la ciudad entera, y cada uno se debía a su función por el bien de lo común y no de lo propio. Tampoco existía el sueldo como tal ni, como ya me había figurado al no ver tiendas por las calles, nada que comprar, ya que la ciudad suministraba a cada quien lo necesario y hasta de los caprichos o las distracciones se encargaba la ciudad, o sea, nosotros, los ciudadanos”.

Quizá cuando en el mundo no quede nada, tendremos que acudir como en la fábula de Loriga a las ciudades transparentes, a una comunión obligada, cobijados por el ideal rousseauiano del contrato social, del bien colectivo. No quedará de otra que aprender a ser, nuevamente, ciudadanos.

Aquí no es Miami³⁶

Random House acaba de reeditar *Aquí no es Miami*, libro de relatos de Fernanda Melchor. ¿Sabe usted lo que es un guachimán, o un cábula? ¿Se acuerda de Nino Canún, o de Loló Navarro? ¿Ha oído a un veracruzano poner apodos ingeniosos, o describir a Jaime Maussan con “su mirada de perro mustio”? Fernanda Melchor se ha vuelto la cronista puntual de un infierno llamado Veracruz, al que cada vez nos cuesta más reconocer.

Nos rodea la agnosia, y por eso Melchor se pone a hurgar en sus recuerdos de infancia, en recortes periodísticos o en la memoria de quienes ya estaban aquí antes de que el mundo de la droga modificara nuestros escenarios, nuestras sensaciones o nuestra vida. A veces desciende a los bajos mundos del puerto para encontrar las historias, y al hacerlo, funde con peculiar sentido dos léxicos: el de la alta poesía que encabalga palabras como pleamar, estuario, amartelar, con el lenguaje a ratos ingenioso, a ratos sórdido, pero siempre sonoro que es puro Sotavento.

En su mundo —el nuestro—, de almendros, palmeras y malandros, la violencia confronta y transforma. Una

36 Publicado el 12 de marzo de 2018 en tempomx.com

niña confunde avionetas de narcos con avistamientos de ovnis; un penal es desalojado para que Mel Gibson firme una película –no es ficción, sino el maravilloso mundo del Tío Fide–, una reina de belleza mata –o tal vez no– a sus hijos y los entierra en una maceta; un pueblo sureño se hace justicia por propia mano y lincha a un reincidente.

La veracruzana es, dice Melchor, “una cultura que desdeña lo escrito, que desconoce el archivo y favorece el testimonio, el relato verbal y dramático, el gozoso acto del habla”. Entre tanta desmemoria, todos somos víctimas colaterales, andamos a tientas; se calla para no conjurar a la última letra, para no topárselos. Todos conocemos a una víctima o a alguien que entró en el jale para no salir nunca.

Aquí no es Miami está llamado a ser un documento etnohistórico de estos días que perdimos, de sexenios fallidos –así se mide el tiempo en México, por sexenios, decía Monsiváis–. Aquí es Veracruz, aquí nos tocó vivir, en un estado en donde la principal causa de muerte es estar vivo.

Elucubraciones sonoras³⁷

Para regocijo de la humanidad, los primeros hombres inventaron la música. Si la verdad no se hallaba a menudo, más valía solazarse en la belleza, pensarían. Luego hubo quienes supieron encontrar verdad en la belleza y belleza en las verdades eternas. Orfeo pulsa la lira para deleite del alma y Pitágoras desvela a iniciados y profanos, la música de las esferas.

A finales del año pasado se publicó un libro de muy buena factura aunque discreta aparición —es casi una edición para coleccionistas—, que lleva por título *Elucubraciones sonoras. Encuentros y desencuentros en música y literatura* (Roto Ediciones, 2017), ópera prima de Axel Juárez, musicólogo, acucioso investigador de la historia y de las formas musicales, además de ensayista gozoso.

En diez ensayos rápidos, aunque no por ello menos profundos, Axel se mueve con soltura entre el son jarocho y la jam session, nos muestra los vasos comunicantes entre Brassens y Sabina, entre Leonard Cohen y Federico García Lorca. La suya es una revisitación a la música

37 Publicado el 12 de abril de 2018 en tempomx.com

de las pequeñas cosas.

Bob Dylan y Shakespeare, por ejemplo, escribe Axel –notarán que no me refiero a él por su apellido, so pena de que se le confunda con el Benemérito, y porque en la amistad de muchos años, me suena raro y es probable que a él le parezca incluso risible–, no pensaban en escribir la gran literatura sino en los aspectos prácticos de su obra. ¿Habría buen sonido en el concierto? Se preguntaría Dylan antes de convertir al rock en música para pensar. O ¿Dónde voy a conseguir un cráneo humano? Sería una de las preocupaciones de Shakespeare al escribir Hamlet y disponerla para su representación.

Elucubraciones sonoras es también una incitación a la lectura. Lo mismo nos dan ganas de releer el *Diván del Tamarit* que a Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, los grandes autores de los siglos de Oro, a quienes tanto debe la prosa musical de Javier Krahe.

Leer estos ensayos nos impele a escuchar música, mucha música, la gran música. De Stravinsky a Gerswhin, deteniéndose en la pureza sonora de Edgar Varèse y su apuesta por un conjunto de sonidos organizados, pasando por la décima espinela y el son huasteco, hasta llegar a la jam literaria como exploración del proceso de creación y al romance idílico entre Cortázar y el jazz. Allí queda como hito en la literatura latinoamericana el memorable cuento *El perseguidor*, en donde Cortázar no solo rindió homenaje a su ídolo Charlie Parker, sino que demostró que la literatura también puede tener swing.

Ojalá que *Elucubraciones sonoras* vuelva a reeditarse pronto, para que llegue a las mesas de todas las librerías y a los escritorios de lectores y melómanos como yo, que encuentran en la música y en la literatura el balance perfecto entre la verdad y la belleza.

Tenemos que hablar de Vite³⁸

Federico Vite irrumpió en la literatura mexicana con el signo del *enfant terrible*. La anécdota se ha vuelto leyenda: En 2006 publicó *Fisuras en el continente literario*. La novela planteaba el secuestro de Octavio Paz a manos de un comandante que aspiraba a publicar una novela. Después sucedió lo que ya se sabe, la edición completa desapareció de manera muy similar a cuando en Veracruz se compraban todos los ejemplares de la revista *Proceso* para retirarlos de los puestos de periódico por atacar al gobernador. Solo que acá el gobernador de la ínsula, debo decir, del continente literario, era el prócer de Mixcoac. Alguien dijo que un santón de ese continente literario al que Vite aludía se había ofendido por el tratamiento de la efigie intocable de Octavio Paz. La figura de Vite comenzó a mitificarse.

Por aquellos años lo conocí en casa de Rafael Toriz, en Xalapa. Lo recuerdo en una fiesta, ya de madrugada, con Daniela Bojórquez, Noé Morales, Brenda Ríos, Alejandro Ricaño... Vite aparecía y desaparecía con una cerveza y un plato de spaguetti en la mano y cada que nos

38 Publicado el 23 de noviembre de 2018 en tempomx.com

encontrábamos me decía muy serio: ¡Llamadme Ismael!

De esa voluntad de acólito del Capitán Ahab, está hecha su obra, visceral, sin concesiones, jocosa a veces, sexosa como es la costa –para muestra un cuento delicioso de Carne de cañón, *Ya tú sabes, James*– que a ratos te adormece para luego devolvarte a la realidad del puerto de Acapulco a punta de balazos. Imagino a Vite como un Pedro Juan Gutiérrez costeño, escribiendo, siempre escribiendo, aunque los canónicos le nieguen la mirada.

Recién leí *Bajo el cielo de Ak-pulco*, novela con la que ganó el Premio Nacional de Novela Negra *Una vuelta de tuerca*, en 2015. Se trata de una novela que contra Cortázar no gana por puntos, es un nocaut permanente. Vite tiene la voluntad de un pugilista mil veces madreado. Quienes hemos vivido allí sabemos que Acapulco es así, pero pocos como Vite han sabido retratar su crueldad descarnada. No había terminado de leer la novela cuando me llegó la noticia del asesinato de Gabriel Soriano, amigo con quien tuve oportunidad de coincidir en el trabajo. Me quedé mudo. No quería continuar leyendo la novela y menos volver a Acapulco. ¿Cómo se puede leer en clave de ficción una realidad sofocante que nos respira en la nuca?

Volví a ver a Vite hace unos días, después de algunos años, con motivo de la presentación de su novela *Parábola de la cizaña*, en la Librería Rosario Castellanos. No es por hacerles desaire, pero Vite ya no bebe. Elegantemente vestido con un traje azul de dos piezas –hay rumores de que llevaba corbata pero la perdió a última hora– le escuchamos hablar de esa ciudad que ama y odia a la vez, de su rencor social, de su público cautivo en el CERESO de Acapulco, con el humor que caracteriza

sus libros, un humor corrosivo como la humedad al nivel del mar. Después llegaría a felicitarlo el futuro director del Fondo de Cultura Económica, Paco Ignacio Taibo II, y luego algunos de los parroquianos nos dispersamos, disipando cualquier intento de fiesta de esas que antes acababan al alba, porque nosotros los de entonces, ya no somos los mismos.

Vale la pena acercarse a la obra de Federico Vite, aunque haya que perseguirla, pues no siempre se le encuentra. Ya va siendo hora de que el medio editorial mexicano le haga justicia a la obra de un grande, aunque estoy seguro de que eso a él lo tiene sin cuidado. Vite habrá de seguir abriendo fisuras en el continente literario, nadando como el salmón, a contracorriente. ¡Enhorabuena, querido Fede!

Ciudadanos anónimos³⁹

¿Se acuerdan de los furbies? De niño me parecía que tenían algo de diabólico en sus ojos, en el modo de pestañear. Sus colores estrambóticos me siguen pareciendo repulsivos, como sacados de un viaje de alguna droga sintética, y esa manera suya de balbucir, francamente enervante.

Imaginen ahora que un furby es encendido en su casa para que un extraño en la otra punta del mundo, pueda ver a través de sus ojos en una tablet, cada una de sus actividades, sin que ustedes sepan nada de ese hombre o mujer, niño o anciana que les mira despertarse, comer, bañarse, hacer el amor. El otro está allí cerca, dentro de su casa mirándoles con atención.

Con el tiempo, ustedes comienzan a encariñarse, se preocupan por su mascota. No hay que darle de comer ni bañarlo o sacarlo a pasear. En tiempos del úse y tírese, del nulo compromiso, qué mejor compañía sino alguien desconocido que no supone atención alguna, que por no requerir no requiere siquiera ponerlo a cargar, pues quien está del otro lado de la pantalla sabe que si quiere seguir

39 Publicado el 22 de mayo de 2019 en tempomx.com

observando impune, debe conectarse a un cargador, conectarse o morir para siempre.

Los *Kentukis*, –ese es el nombre que da a sus personajes Samanta Schweblin en la novela del mismo nombre– solo gozan de una conexión en su vida y en la vida de sus “amos”. No hablan, están allí, voyeristas impávidos, a la espera de miguitas de ternura, de interés, de sexo, o de cualesquier tipo de desviaciones que sus amos puedan manifestar hacia ellos. “Historias minuciosamente íntimas, mezquinas y predecibles”, escribe Schweblin. “Historias desesperadamente humanas”.

Somos ciudadanos anónimos. Ateridos en la red, hacemos la suma de nuestras perezas, el recuento de nuestras procrastinaciones acumuladas. Somos los segundos que pasamos absortos en el celular cuando el semáforo ya se ha puesto en verde, preludio inevitable de la mentada de madre cortesía del claxon del auto de atrás.

Aletargados en la red, somos ese adolescente a punto de ser atropellado en el cruce de dos calles porque ni siquiera advierte cuán cerca ha estado de morir mientras dos vehículos colisionan a unos pasos de su cuerpo. En sus oídos, los auriculares le recetan un perreo salvaje, o quizá un reggaetón lento de esos que no se bailan hace tiempo.

El mundo que imagina en *Kentukis* Samanta Schweblin es aterrador porque está a la vuelta de la esquina. El ritmo de la narración es frenético. La novela, de párrafos cortos parece sugerirnos: léeme de un tirón y a otra cosa, no hay tiempo qué perder. Su atmósfera es oscura, casi toda la novela ocurre en interiores, allá afuera reina el caos, la incertidumbre. De pronto, uno se siente sofocado, debe hacer una pausa en la lectura, pues la respiración

se entrecorta. ¿Esos otros somos también nosotros? ¿Qué sigue después de haber convertido a Facebook en el escaparate de las presunciones mutuas y a Twitter en un campo de batalla? ¿A quiénes dejamos entrar a casa cada vez que encendemos el teléfono, el televisor inteligente, el juego en línea?

Una vez más: somos ciudadanos anónimos intentando liberarse, ofuscados, enardecidos, náufragos virtuales, dispuestos a abrirle la puerta al primero que ofrezca acallar el hartazgo interior. Si en *Pájaros en la boca*, la narradora argentina Samanta Schweblin había dado muestra de un talento prometedor, en *Kentukis* se confirma como una de las grandes contadoras de historias de nuestro tiempo. Corran a leerla, no se van a arrepentir.

Desarticular el animal bifronte⁴⁰

Con *Mañana tendremos otros nombres*, Patricio Pron ha ganado el premio Alfaguara 2019. Se trata de una novela que aborda la crisis de los afectos en nuestro tiempo. Ella y Él pueden ser cualquier hombre y cualquier mujer en cualquier país. No importan los nombres. Inmersos en la ansiedad y el agobio de las redes sociales, ven erosionar su relación plagada de silencios. “Nadie sabía ya qué eran las relaciones amorosas y cómo se establecían”, escribe Pron sabedor de que es tanto o más importante lo que se calla que lo que se dice.

Mañana tendremos otros nombres es un inventario de tristezas. ¿Quiénes somos con el otro, o ante la ausencia de este? ¿Qué nos dicen los objetos cotidianos con los que nos topamos cuando el otro se ha ido, ese otro con el que convivimos tanto tiempo y al que quizá nunca acabemos de conocer?

A ratos la lectura se vuelve incómoda, porque es inevitable no remitirse a situaciones vividas. Es el recuento de las pérdidas, los remordimientos, la nega-

40 Publicado el 07 de junio de 2019 en tempomx.com

ción. “Había días en que estar vivo volvía a resultarle medianamente soportable”, escribe Pron, para declarar su parentesco poético con aquel Nacho Vegas: “Con decirte que ya van varios días sin salir; puedes creerlo o no, pero he sido moderadamente infeliz”.

Se construyen nuevas configuraciones del deseo, del yo y del otro. “Se había esforzado por conocerlo, pero todas las veces Él se había desembarazado de ese conocimiento convirtiéndose en alguien ligeramente distinto a quien había sido antes”. En la era de Tinder, el amor es aún más triste de lo que Steiner hubiera pensado. Los memes son el último refugio de los humillados. No se puede triunfar en las redes sociales si no se está dispuesto al oprobio público, incluso al escarnio.

Toda historia de amor es una investigación en curso, una autopsia, dice Pron. Imposible no cruzar las historias de dos que antes fueron cuatro, o seis, u ocho. Los que fuimos, los que somos, los que seremos sin que lo sepamos o sin que podamos admitirlo. Es la de Patricio Pron una novela dura, como la vida misma, y justamente por eso es que vale la pena leerla.

Terra Alta, Premio Planeta 2019⁴¹

Esta novela de Javier Cercas ganó el año pasado el prestigioso Premio Planeta, que año con año ofrece 600 mil euros al ganador. Hace un par de años, en una presentación de *El monarca de las sombras* le dije a Javier que a menudo reseñaba sus novelas, y él –tocado un poco por los influjos de copiosos mezcales con los que se había bajado un mole madre–, se sobresaltó y solo atinó a decir: ¡Qué miedo! Aquí vamos de nuevo, querido Javier.

La historia transcurre en la Terra Alta, una pequeña comarca catalana, en donde los policías se mueren de aburrimiento, persiguen delincuentes menores, hasta que ocurre un crimen atroz. Los crímenes atroces se nos están haciendo cotidianos en un siglo carente de bondad y plagado de miseria. Antes he usado el término “miseria humana”, pero bien pensado, la miseria es exclusivamente humana. Solo puede haber miseria en la facultad volitiva, por irracional que sea. Por estos días, en México estamos estremecidos por el asesinato de una pequeña de siete años sin ninguna malevolencia contra el mundo. ¿Qué resortes tendrían que impulsar a alguien a cometer

41 Publicado el 20 de febrero de 2020 en tempomx.com

una salvajada como esa?

La primera parte de la novela es a todas luces una novela policíaca, en la que parece que Cercas se ha olvidado por fin de sus grandes obsesiones: la teoría de la novela y la Guerra Civil. Se dedica a narrar, sin grandilocuencia, pero apenas han pasado sesenta páginas cuando Cercas introduce en Melchor, joven protagonista de la historia, la obsesión por *Los miserables*, novela que resultará fundamental para él al punto que su hija se llama Cosette, como la hija de Jean Valjean. Al final de la jornada los escritores solo sabemos hablar de la única cosa que conocemos bien: la literatura. Y así, vuelve de pronto esa maldita tentación de escribir en cada novela, una maldita teoría de la novela. La vida de Melchor será a partir de allí una vida de literatura, él es un héroe de literatura, encerrado en la literatura.

De modo paralelo al misterioso crimen central, Cercas comienza a urdir otras historias: la propia historia de Melchor Marín, la historia de su madre y de su esposa. Las mujeres dan sentido a su historia, incluso podría decirse que toda su andadura es una exploración en torno a las mujeres de su vida.

En la segunda parte de la novela, Cercas retoma su segunda gran obsesión: la guerra civil —aún tiene cuentas pendientes con la Batalla del Ebro—, a la que asume esta vez como una válvula que la gente utilizó “para aliviar los odios, las rencillas y los rencores acumulados durante años”. Al volver al tema que mejor conoce, la narración se hace más fluida, adornada, copiosa de palabras como de costumbre.

Sin ánimo de abundar en detalles que merecerían un estudio serio, me parece que el autor bosqueja en la relación de Olga y Melchor, un canon de la novela. Olga,

bibliotecaria, al conocer a su futuro esposo dice de *Los miserables* que es sentimental, melodramática, moralista. “O sea, es todo lo que detesto. Pero no he podido parar de leerla. Ahí está lo raro. En que, más que a las novelas que me gustan, se parece a la realidad, que no me gusta”. Apunto el canon señalado: *Los miserables*, *El doctor Zhi-vago*, *El gatopardo*, *El extranjero*, *El tambor de hojalata* y *La vida*. *Instrucciones de uso*, del entrañable Georges Perrec.

Llegado este punto, parece que la primera parte solo sienta las bases de la novela, pero la novela real, la que Cercas ha querido escribir está en la segunda parte, en su vuelta a la teoría de los héroes, a la ética de la lealtad y a la ética de la traición. De paso, ha oteado la realidad mexicana reciente, de sicarios desalmados y políticos corruptos. Hace decir a uno de sus personajes: “Peña Nieto es un pendejo, pero, cuando estaba en el poder, no paraba de pedirme favores, y yo era incapaz de negárselos”.

Terra Alta elabora con paciencia una tesis a lo largo de trescientas setenta y cuatro páginas: Las heridas de verdad son “las que nadie ve. Las que la gente lleva en secreto. Ésas son las que lo explican todo.” ¿Extingue la justicia al odio? Se pregunta el narrador de esta historia.

Hay ocasiones en que los premios dan prestigio a los autores. Este 2019, el Premio Planeta se redimensiona al premiar a un grande como Javier Cercas. Salud, maestro, con un mezcal karwinskii de Oaxaca, con júbilo y sin miedo.

¿En qué creen los que no leen?⁴²

Conforme pasan los días de esta larga cuarentena que cambiará nuestra concepción de la vida, afirmo mi fe en la literatura como tabla de salvación. Algunos escriben para cuestionar el mundo, otros para evadirse de este, o al menos para hacerlo soportable. Sobre el cuello de quien escribe hay siempre una espada de Damocles, o el sonido de unos pasos que resuenan aproximándose. No es casual el hecho de que el Canto Tercero de la Comedia de Dante advierta desde el dintel de una puerta: “Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza”.

Y entonces, ¿si la buena literatura es triste y desesperanzada, por qué sigue siendo refugio de millones de lectores? Porque en ella se han vivido ya todas las vidas posibles. Porque cuando se es lector voraz y uno se mira cara a cara con la maldad y el dolor, con la soledad o el encierro, sabe que ha confrontado esas y más adversidades en el texto, y que aunque no hubiere salida, es posible plantarles cara. Porque ante la desesperación uno es capaz de recordar y citar a Balzac, a Galdós, a Dostoievski, con el mismo afán memorioso y sospecho que con

42 Publicado el 12 de mayo de 2020 en tempomx.com

la misma sensación de alivio que un creyente encuentra al recitar capítulos completos de los evangelios. Porque la literatura es un fuego que salva —escribió Tomás Eloy Martínez— solo a quienes se queman en él, en libertad y sin miedo.

Uno no nace lector ni se vuelve lector de la noche a la mañana. La lectura requiere de cómplices, de rutas, pero sobre todo de la virtud inquisitiva de querer saberlo todo. Por eso, para quienes no leen, creer en la lectura como un refugio es una empresa difícil y lo es más aún, en tiempos adversos.

Muchas veces la literatura me ha salvado. Me acuerdo de las tardes en la congregación a la que asistía mi familia, siendo niño, en las que ante el sopor del servicio religioso, abría el libro de los Reyes o los Jueces y me sumergía en un mundo fantástico de traiciones y terribles veredictos. Me acuerdo del rey Jehú sobre un carro de guerra tensando el arco para dar muerte al apóstata. ¡Hay trampa, Ocozías! Me acuerdo de las largas horas en un pasillo de hospital mientras mi padre agonizaba, sin que hubiera iPhones o Nintendos o HBO to Go, con un libro como almohada. Me acuerdo de un viejo relato esperanzador, *Esto también pasará*. Me acuerdo de la convalecencia de una enfermedad o de las noches de insomnio, del desamor y del desasosiego. Me acuerdo del Diario de la Psicosis que escribí durante la epidemia de la influenza A-H1N1, en que también estuvimos reclusos, aunque no por tanto tiempo. Otra vez el gran Tomás Eloy Martínez: Contra la fugacidad, la letra. Contra la muerte, el relato.

Acabo de ver la más reciente versión cinematográfica de *Fahrenheit 451*, esa magnífica parábola de Ray Bradbury sobre la literatura. La película no sale bien

librada, aunque actualiza la premisa de Bradbury a un mundo más cercano al nuestro, hiperconectado. En el país de Montag, como se sabe, es obligatorio ser felices y por tanto está prohibido leer, pues leer lleva a pensar y pensar... ya se sabe. ¿Qué libro seríamos si tuviéramos que aprendernos uno de memoria, a sabiendas de que ya no existe en ningún otro sitio? Bien valdría pensar un poco en ello, ahora que tenemos tiempo. Y de paso intentar ser felices –a la manera de Joaquín Sabina– aunque sólo sea por joder.

Demasiado Padura⁴³

Mi amigo Perry es la desconfianza andando. Doctor en economía por la Universidad de Cambridge, no tolera la ausencia de pruebas factuales cuando hay que hablar sobre “la buena gobernanza”. Para compensar su escepticismo en el mundo material se refugia en el consuelo que da la literatura. Un día comenzó a leer al cubano Leonardo Padura y ya no paró. Lo ha leído todo, desde *Fiebre de caballos* hasta el guión de *Regreso a Ítaca*.

A Perry a menudo la literatura se le sale de sus goznes para asumir formas corpóreas que de inmediato asocia con un libro, quizá porque es como don Quijote, a quien de tanto leer novelas de caballería, se le había secado el “cerebro”. Son sutiles los matices que separan a la realidad de la ficción. A veces un aroma, el arqueo de una ceja, un ruido lejano, detona sensaciones conocidas, dispara vívidos recuerdos de lo vivido, que es también lo leído. Los científicos teorizan sobre el misterioso *déjà vu* apuntando que el cerebro se adelantaría unos segundos a leer la realidad sin que ello fuera perceptible para los sentidos. Para cuando los ojos, las manos, los oídos o la

43 Publicado el 12 de mayo de 2020 en tempomx.com

nariz reaccionan, el cuerpo desconcertado activa un pálpito: ¡Esto lo he vivido ya! Es más romántico pensar que hemos habitado otros cuerpos, en otros tiempos, sobre los espacios que ahora desandamos.

Años atrás, Perry acababa de leer *El hombre que amaba los perros*, así que me llamó un día entusiasmado para preguntarme si conocía la novela. Por supuesto, doctor, le dije. ¿Tienes tiempo de que te cuente una historia? Era tarde, pero mi amigo es de esas personas cada vez más escasas, que aún disfrutan conversar al teléfono. Escuché con atención. Unas semanas atrás había ido a Tepoztlán, a casa de unos amigos, y allí oyó con azoro la historia de un veterinario local que también acababa de leer la novela catedral de Padura, para luego recibir en su consulta un hermoso ejemplar de borzói, que le había recordado a Maya, la perra que acompañó a Trotski en el exilio. La caniche debió quedarse en observación unos días, así que al hacer la nota correspondiente, el veterinario preguntó el nombre de la dueña. Se vio en la necesidad de que le deletrearan el apellido. La mujer se apellidaba Volkow, como Sieva, el nieto de Trotski. Unos días después un hombre corpulento entró en la veterinaria con dos galgos blancos. La impresión inicial del médico por recibir en la misma semana tres borzói rusos no hizo sino convertirse en estupor cuando al dejar a sus perros el hombre dijo apellidarse Mercader, igual que el asesino de Trotski, de memorable piolet. Si Perry fuera un charlatán no me habría creído aquella historia, pero mi amigo además de ser un hombre respetable, estaba al borde del éxtasis esa noche. Incluso sugirió que fuéramos a Mantilla a buscar a Padura para contarle aquella historia alucinante. O escríbala usted, me ordenó. Un día de estos, doctor, le dije asumiendo la deuda.

Hace unos días salí a correr, para desconfinarme un poco luego de tres meses de encierro. Hice la ruta de siempre. La ciudad parecía tan nueva que puse atención en sitios que de tan recorridos se me habían vuelto invisibles. En el frontispicio de una vieja casa señorial vi una hornacina y en ella la figura de una pequeña virgen española que posa sus pies sobre una media luna. Asoma sus manos a modo de plegaria. Sobre sus hombros un largo manto que dibuja un triángulo isósceles en su caída. Su corona me recordó el verso de un vallenato de Leandro Díaz, que además sirve de epígrafe a *El amor en los tiempos del cólera*: “En adelante van estos lugares, ya tienen su diosa coronada”. Dos cuadras adelante vi, en la lámina de un puesto de tacos, una virgen muy parecida, de mirada baja, solo que con flores a los costados. Es la virgen de Juquila, me dijo el don. El artista era más bien prosaico, pero no pude sustraerme a la coincidencia. Esa misma tarde recibí una muy buena noticia. La mañana siguiente, mientras me abastecía de comida, vi una virgen parecida en el mercado. Es la de San Juan de los Lagos, me dijo la doña.

Como no soy docto en advocaciones marianas, estudié un poco. Pensé en la de la Soledad, en la del Carmen, en la Almudena y la Candelaria. Supe que las de Juquila y San Juan de los Lagos son advocaciones de la Limpia y Purísima Concepción. El mito de la de Juquila dice que llegó de España con tez blanca y fue obsequiada por Fray Jordán de Santa Caterina a un catequista; que sobrevivió a un incendio en 1633, de cuyas llamas adquirió la coloración morena de su rostro. Pensé en Cachita, como le dicen los cubanos a la Virgen de la Caridad del Cobre, también morena y en la Virgen de Monserrat, mejor conocida como la Moreneta, y entonces supe que estaba siendo víctima, una vez más, de los enredos de Leonardo Padura.

En *La transparencia del tiempo*, el detective Mario Conde es contratado para recuperar una pequeña escultura robada, una Virgen de Regla, le dicen. Pero el Conde no es pendejo, indaga: la Virgen de Regla es negra pero el niño es blanco y en la foto el niño es negro. Tampoco es la Virgen de la Caridad del Cobre, porque tiene niño pero está de pie y la de la foto tiene niño pero está sentada. Es una Virgen catalana, la Virgen de Monserrat, la Moreneta. Es Padura y no, es el tiempo que se sale de sus goznes, nos desborda cada vez que contamos historias o se nos manifiestan en forma de advocaciones, mientras nos esforzamos en vivir dignamente, como el Conde, cada vez más cerca de edades temidas.

*Para todos aquellos que en la cuarentena
encontraron en un libro la belleza y el dolor soportable.*

Vuelta a Luis Spota⁴⁴

Gracias a la generosidad de mi amigo Javier Santiago Castillo, mi biblioteca cuenta con la colección completa de “La costumbre del poder”, serie de novelas de Luis Spota que en su tiempo fueron referencia obligada para quienes buscaban empaparse de los usos y costumbres del poder político en México. Durante décadas la serie cayó en el olvido, y con ello, las referencias de ciertas formas de hacer política que agonizaban. No fue sino hasta 2017, que Siglo XXI volvió a editar las seis novelas, que resultan muy ilustrativas para entender los años de la política posrevolucionaria: *Retrato hablado* (1975), *Palabras mayores* (1975), *Sobre la marcha* (1976), *El primer día* (1977), *El rostro del sueño* (1979) y *La víspera del trueno* (1980).

Spota fue en su tiempo un superventas, pese a no formar parte de las caravanas de la intelectualidad orgánica. Su escritura incomodaba por igual tanto a los poderosos de la política como a los capos de la República de las letras. Era un incómodo que decía escribir para “la inmensa minoría” y como resultado, sus ediciones se

44 Publicado el 29 de mayo de 2021 en tempomx.com

agotaban rápidamente hasta sobrepasar en su época el millón y medio de copias vendidas. Una mirada a las reseñas de sus libros nos hará notar el resentimiento o la aversión de los intelectuales a los que él criticaba.

Ya el 1 de enero de 1978, *Nexos*, el sempiterno medio de Oligarcamán, había publicado una furibunda reacción contra las novelas de Spota, consignada en su sitio web pero que, al menos ahora, no aparece firmada por autor alguno. En ella se refiere a *El primer día* como “medio parásito”, “folletín no imaginativo”, “salsa sin chile” y otros adjetivos del estilo que parecen sacados del *Diccionario Personal de Injurias* —alguien por favor edítelo ya—, de Diego Fernández de Cevallos.

El 1 diciembre de 1979, Soledad Loaeza, investigadora del Colegio de México carga de igual forma y en el mismo medio contra Spota:

“Toda caricatura simplifica, destaca y exagera los rasgos de su modelo. En la serie de Spota sobre el poder, los lugares comunes adquieren la categoría de axiomas de validez universal y los estereotipos aspiran a la dimensión humana. (...) Las obras aquí tratadas responden más a un clima político peculiar que a un momento de las letras mexicanas.”

La animadversión que concita Spota se repite: Emmanuel Carballo lo llama “chapucero artístico y moral”; otros le acusan de oficialista —y es probable que en cierto momento lo fuera—, pero eso no excluye que sus obras reconstruyen un mapa de lo no dicho y de lo no escrito sobre la política mexicana al uso. En “La costumbre del poder”, los nombres de los personajes y las ciudades descritos son ficticios pero a menudo reconocibles. En *La víspera del trueno*, sexta y última parte de la serie, que en su decimoquinta edición (1980) anunciaba 150 mil ejemplares prevendidos, se consigna la relación de

los personajes principales de la saga. La lista alcanza 106 nombres en orden alfabético.

Es verdad que Spota no es Balzac o Dickens, pero escribió novelas que buscaron iluminar los sitios oscuros de la política del siglo XX. En donde los intelectuales acusaban ausencia de literatura o falta de pulsión narrativa, es posible ver retratos fidedignos de pajarracos de baja estofa encumbrados por seguir las reglas de su tiempo, o por la bendita coyuntura del momento. Sus personajes descollan a menudo por su falta de brillantez, lo cual no es culpa del escritor, sino de una *realpolitik* brutal en donde en lugar de ideas, se tienen ocurrencias.

Hace algunos años, un maestro de teoría política me dijo refiriéndose a un ex gobernador, de quien hubiera podido presumir amistad como ningún otro: “Yo digo por cortesía que es mi amigo, pero él no tiene amigos, tiene intereses”. Estoy seguro de que el maestro había leído a Spota, así como es posible notar en las frases del Presidente actual, un perfecto conocimiento del sistema político retratado en “La costumbre del poder” y una atenta lectura del autor.

Con los años se ha acentuado el descrédito y el deshonor de una clase política sin clase que por no leer, no lee ni en defensa propia. Se hace antipolítica, se atisban toda suerte de personajes en cargos para los que no tienen ni formación, ni disposición ni un mínimo conocimiento de los mínimos esenciales de lo público. Incluso parece que ciertos nuevos estilos de hacer política consisten en no hacer política. Tiempos confusos, en los que no vendría mal volver a Spota.

El dios desconocido⁴⁵

¿Por qué seguimos escribiendo novelas?

Zanjemos por principio una cuestión: Si hoy se produce más información que nunca y nacen plataformas de *streaming* con la misma velocidad con que sus series desaparecen o dejan de ser populares, ¿por qué seguimos escribiendo novelas? ¿Por qué incurrimos en la necedad de producir literatura si se trata de una actividad irracional, a decir de Juan Gabriel Vásquez? Dejemos que sea el mismo autor quien aventure una primera respuesta: Porque tenemos la necesidad de dar una forma verbal a la experiencia, anota en sus *Viajes con un mapa en blanco*. Es posible. Además, uno escribe novelas porque las ha leído sin encontrar la saciedad. Comenzamos a escribir cuando sentimos que algo falta en nuestro universo de lector, o que algo no encaja en el mundo de lo ya sabido, pretendiendo alumbrar tímidamente, la oscuridad en que nos encontramos.

Los mejores novelistas son por lo general excepcionales lectores. Es ese entrenamiento de lector el que hace al

45 Publicado el 14 de junio de 2021 en tempomx.com

buen novelista, o para decirlo con Piglia, “uno lee cualquier texto y activa todos los mecanismos de la sospecha”. No hay novedad en ello. Cervantes nos enseñó a sospechar en *El Quijote*: ¿Quién es este loco del que se habla? ¿De verdad está loco? ¿Y qué hay de quien escribe? ¿Es el manco autor de *La Galatea*, o es Cide Hamete Benengeli? O acaso es, dirá Borges en sus *Ficciones*, ¿Pierre Menard, autor del Quijote?

La ficción es historia, historia humana, o no es nada, escribió Joseph Conrad a propósito de la obra de Henry James. Replanteo: uno escribe porque cree que tal vez pueda decir algo que no se ha dicho, o porque asume como idea propia, novísima –intertexto, le llama la jerga culterana–, algo que olvidó que había leído por ahí. Pero, ¿no son acaso unos pocos los grandes temas sobre los que revolotea una y otra vez la literatura? Escribimos contra el olvido. La novela es a la vez, paráfrasis y raptó, continuo arrobamiento por lo desconocido y capacidad de reinención de lo escrito. De nuevo Piglia: “El guión es el grado cero de la escritura, es pura construcción de situaciones”.

¿Y qué es la novela, avanzada la segunda década del siglo XXI?

Finalizaba el siglo XX cuando Bolaño escribió que eran pocos ya los escritores que se atrevían a enfrentar los largos ejercicios de estilo de los grandes maestros. La novela de entre quinientas y mil páginas (Tolstoi, Dostoievski, Melville, Mussil, y más cercanos a nuestra realidad, Pynchon o Padura) es casi una rareza en nuestro tiempo. La posmodernidad trajo aparejadas novelas de lectura discontinua, que buscaban en el fragmento un disparador de historias fugaces. ¿Por qué querría el ciu-

dadano promedio de hoy, leer en mil páginas lo que nos puede ser contado en un hilo de Twitter?

Hace diez años escribí, como una exploración, una novela que luego fue guardada en un cajón y que quizá vea la luz este mismo año, a fin de testimoniar un tiempo ido. Eran los años de la ruptura de las formas preestablecidas de lo que entendíamos por novela. En México Mario Bellatin causaba sensación con títulos como *El Gran Vidrio* mientras que en España, Agustín Fernández Mallo hacía lo propio con la *Trilogía Nocilla*. Quizá sean las novelas del argentino César Aira las que mejor hayan envejecido de ese tiempo. Destaco de entre ellas, *Cómo me hice monja*. Por esos años me sorprendió también muy gratamente *Señales que precederán al fin del mundo*, del hidalguense Yuri Herrera. Se trata de novelas que exploran su tema de un tirón, un poco a la manera del jazzista que improvisa, novelas que se escriben de una sentada —es un decir— y que de la misma forma se agotan. No quiero abusar de Piglia, pero es que en esto de entender el arte narrativo es un jefe: “Lo que se ve es una presencia, digamos así, temática de las nuevas técnicas; pero no veo cambios en los modos de narrar.” Antes, Italo Calvino había formulado seis propuestas para el próximo milenio: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad, consistencia, escribiendo que había tratado sobre todo de “quitar peso a la estructura del relato y del lenguaje”. Mientras preparo la edición de esa novela, que a la distancia encontrarán rarísima donde las haya, me pregunto si hemos agotado ya esta veta, repleta de metaficciones, y si valdrá la pena revisitarla.

Más allá de las formas, la novela continúa de pie porque ha sabido preservar su verdad, su habilidad para alum-

brar las zonas densas del pasado o de lo francamente desconocido. Javier Cercas, en las *Conferencias Weidenfeld* aventura una teoría, que llama “del punto ciego de la novela”. Se sabe que nuestros ojos tienen un punto ciego, cuya oscuridad es compensada con una suerte de relleno producido por el cerebro, y que un ojo compensa lo que el otro no alcanza a traducir, convirtiendo las tinieblas de ambos en una visión integral. Es a través de ese punto ciego por el cual una tradición novelística logra ver e ilumina la oscuridad. Escribir una novela es, con Cercas, plantearse una pregunta compleja para formularla de la manera más compleja posible.

¿Y el narrador? ¿Qué pinta el narrador en todo esto?

El libro de los Hechos consigna que al llegar Pablo, el apóstol, en viaje misional a Atenas, ciudad de innumerables dioses, pero también de filósofos y pensadores, encontró un resquicio por donde colar su prédica cristiana: “Porque mientras pasaba y observaba los objetos de vuestra adoración, hallé también un altar con esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Pues lo que vosotros adoráis sin conocer, eso os anuncio yo”. Saulo de Tarso, converso, acababa de encontrar una nueva forma de narrar, y un narrador universalmente aceptado: Un dios desconocido. No es pues el estilo, sino la relación del que narra con la historia, la que puede ser apasionada, irónica, elegíaca, distante, nos explica el profesor Piglia.

Es ese dios narrador el que nos cautiva de muy distintas maneras: Es el narrador —que no el autor— un dios omnisciente a veces, un dios memorioso; pero también los hay que se cuestionan todo el tiempo y se corrigen, reescriben y hacen inauditos esfuerzos por interpretar los signos de su cosmogonía. A veces el narrador es un dios

compasivo al que no le atraen sus personajes; es probable incluso que sienta repulsión por ellos, pero no los juzga, los mira con tristeza, se limita a narrar sus vidas, repletas de conflictos morales.

Otras veces el dios es mentiroso, revisionista, benévolo, un dios que trata de entender y se esfuerza por hacer que todos entendamos, o un dios permisivo, pesimista, fundamentalista, un dios deicida, un dios descifrador de códigos, paranoico, intérprete, glosador, un dios sembrador de incertidumbres, traductor; diagramador, como Stendhal, dibujando las escenas de *Rujo y Negro* o un dios cartógrafo, como Onetti, haciendo mapas del territorio inventado, Santa María; un dios experto en caza mayor o en pesca como el narrador de Hemingway, un dios traductor, indiferente a veces, inasible siempre.

Un dios a la medida de cada una de nuestras teogonías, eso es el narrador y es mediante ese dios como afirmamos nuestra fe en el arte de la novela.

Páradais, o de cómo se incuba el horror⁴⁶

Fernanda Melchor continúa dando muestras de su enorme talento como narradora de nuestro infierno de palmeras borrachas de sol. Para quienes no conocen aún a la escritora veracruzana, baste decir que es periodista egresada de la Universidad Veracruzana y tras la publicación de *Falsa liebre* (2013), *Aquí no es Miami* (2013) y *Temporada de huracanes* (2017), ha sido traducida a más de 15 idiomas y galardonada en 2019 con el Premio Internacional de Literatura, otorgado por la Casa de las Culturas del Mundo de Berlín y el Premio Anna Seghers.

Uno de sus mayores aciertos es esa habilidad para fundir el lenguaje de la alta poesía, con un registro lingüístico oral, barriobajero, que registra la violencia tropical no exenta de una música singular que reconocemos en los sones, en las coplas y en las calles. Nadie como la autora para hacer convivir con naturalidad palabras en apariencia irreconciliables como ocurre en la frase “el escarceo de la peda”. En el Sotavento que Fernanda bien conoce, se “sorraja” y se “alebresta”, quizá más por hacer sonar la música de las palabras, que por la intencionali-

46 Publicado el 10 de agosto de 2021 en tempomx.com

dad de la camorra.

La pista de una malsana obsesión adolescente nos es revelada desde el primer epígrafe con que abre la novela, una cita de *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco: “¿Qué va a pasar? No pasará nada. Es imposible que algo suceda. ¿Qué haré? [...] Enamorarse sabiendo que todo está perdido y no hay ninguna esperanza.” La novela bosqueja la obsesión y la lujuria desde la mirada del macho adolescente, con las aguas procelosas del río Jamapa como escenario.

La voz narrativa se mueve con naturalidad entre los pantanos y el manglar, entre las “piedras múcaras”, aquellas que permanecen bajo el agua, que no asoman a la superficie. Lo que sí aflora es la violencia de pueblos que se volvieron irreconocibles tras la llegada de los de la letra, las diásporas involuntarias, los desplazamientos de personas que tuvieron que largarse o que “anduvieron huidos” por culpa de *aquellos*; o el destino forzado de quienes siendo levantados no tuvieron de otra más que entrarle a jales delictuosos.

La violencia nace de los prejuicios, de la discriminación continua, de las vejaciones e insultos familiares, nace de la impotencia de saberse marcado e incapaz de conseguir un futuro posible, parece decirnos quien cuenta esta historia. En la línea de las buenas novelas, *Páradais* es una exploración del momento del sufrimiento anterior al error, que en este caso, nos muestra su cara más espeluznante: el horror.

Está presente, como en una suerte de espejo de lo que acontece en *Páradais*, en la otra orilla, la casona de la Condesa de Malibrán, de cuya leyenda nos llegan ecos de violencia de otros siglos y hasta la posible existencia de

un tal Guaruzo que subía a cantar que tilín, que tilán, que tilín-tintán, mientras una campana y una jarana anunciaban la invasión del pirata Lorencillo. Pero esa, como decía la Nana Goya, esa es otra historia. Mientras tanto, corran a leer *Páradais*, de Fernanda Melchor, quien al lado de escritoras como Selva Almada o Pilar Quintana, confirma que la mejor literatura latinoamericana de hoy está siendo escrita por mujeres sin etiquetas, sin postureo y sin miedo.

Memoria de papel⁴⁷

Mi padre era un hombre que amaba los libros. De su estudio riguroso se desprendían notas al pie y una suerte de índice personalísimo que le permitía encontrar rápidamente referencias a otros textos. Nunca leyó a Borges pero sabía que nuestra memoria es porosa para el olvido, y por eso a menudo me repetía siendo yo apenas un niño: Si tu memoria no te es fiel, hazte una de papel.

Muchas tardes pasé ayudándole a escribir en una máquina *Olivetti Lettera 32*, cartas, discursos, bosquejos. Yo leía en voz alta y él escribía. O reescribía. Eran tiempos en que no existía la tecla *delete*, o los comandos *copy/paste*. Un teclazo obligaba a reescribirlo todo. Después, me dejaba conservar las copias de los discursos que él pronunciaba y yo los ensayaba en voz alta hasta memorizarlos. Juntos corregíamos a partir de aquellos textos, el tono, el contacto visual, los ademanes... Esa memoria de papel era nuestra íntima cartografía.

Debo a esos años y al ejercicio cotidiano de la lectura y la escritura, el impulso de leer cada libro que cae entre mis manos y una obsesión que amén de mi mala

47 Publicado el 28 de septiembre de 2021 en tempomx.com

memoria, me ha hecho anotarlo todo y acumular libretas de toda suerte de colores, tamaños y texturas, con apuntes para libros que tal vez nunca escriba o acumulando fragmentos que no necesitaré, pero que temo echar al cajón del olvido.

¿Cuáles son los resortes que nos hacen subrayar una frase o transcribirla? En ocasiones la intención salta a la vista, pero las más de las veces es probable que al volver a un texto leído años atrás, nos sorprendamos con aquello que estaba pensando o sintiendo nuestro yo de entonces. Es de esa manera como nuestros libros se convierten en cápsulas del tiempo que dan fe de las aleaciones que con el paso de los años sufre nuestro espíritu.

En una reunión interparlamentaria en el Caribe, vi sobre el hombro con azoro a un compañero legislador que, muy interesado en la exposición de un ministro de economía sobre exportaciones, anotó una frase en apariencia sin mayor relevancia para el contexto de la reunión: “El excelente jabón de calabaza que se produce en México”. Es probable que pensara en convertirse en el zar del detergente, pero la frase escrita con esmero me pareció una *boutade* por sí misma, en el sopor de aquella tarde. Quizá temía olvidarlo y quizá a él también de niño su padre le hubiera enseñado que cuando la memoria no es fiel hay que hacerse una de papel.

¿Cómo fue que la humanidad comenzó a escribir libros?
¿Por qué alguien decidió poner en papel las fantásticas historias que los primeros bardos podían repetir por noches enteras de memoria y sin escatimar detalles? ¿A qué impulsos obedeció el deseo del primer Ptolomeo que mandó emisarios a desandar el mundo conocido en busca de todas las obras escritas para erigir la Gran Biblio-

teca de Alejandría?

Quizá hoy seguimos apilando libros porque a veces una idea nos recuerda otra ya leída y uno se levanta y anda hacia su biblioteca particular, un poco a tientas, más por desorden que por ceguera, palpando las morbideces del yo entre las estanterías, en busca de un renglón preciso al cual asirnos en mitad del vacío. En la oscuridad de nuestro mundo, las voces se levantan de entre los libros para iluminarnos.

En todo esto he reflexionado mientras leo *El infinito en un junco* de la filóloga española Irene Vallejo, un libro que no obstante referirse a las antiquísimas tradiciones culturales de Grecia y Roma, ha sido escrito con soltura y con una voz narrativa asequible para todos. A veces compendio de excentricidades, alacena de minucias a la manera de don Andrés Henestrosa, Vallejo traza con precisión y belleza una suerte de mapa posible de lo leído: Se lee en el viaje y en el exilio, en el mullido sillón del poder y en los territorios del espanto, entre los restos del naufragio, en la amarga derrota y en el éxtasis de la alegría, en la espera del alumbramiento vital o en la antesala de la muerte.

Se lee siempre, ya sea en voz alta, para comulgar con otras almas o, en silencio, en un diálogo intimista. Si la conversación con el otro es ejercicio de empatía, la conversación con uno mismo, la lectura a solas, implica el recogimiento más puro, el privilegio de saberse en soledad, rodeado siempre por la mirada, el temperamento y las voces de otras y otros, de todos los tiempos y de todos los mundos posibles o inventados.

Es probable que a estas alturas sobre recomendar este libro a quien aún no lo haya leído. Se lee para aprender y para recordar, a la manera de Sócrates, quien

pensaba que los libros eran ayudas para la memoria y el conocimiento. Quizá por esto los Ptolomeos construyeron el Museo y la Biblioteca: porque temían olvidar y, al tiempo que soñaban con apoderarse de todo el saber humano, construían para la posteridad, un mausoleo efímero: una memoria de papel, que se perdería entre las llamas y la expoliación pero que no caería en el olvido y que muchos siglos después, continúa dando luz a nuestro entendimiento.

Libros para leer este 2022⁴⁸

En esta pandemia que parece no parecer nunca, nos hemos valido de los más disímiles artilugios para no volvernos locos. Para bien de la literatura y desencanto de los agoreros de la muerte del libro, muchos han recalado en sus páginas, para paliar la desazón, el desánimo, o simplemente para pasar el tiempo. Otros, especímenes de acusada misantropía, hemos confirmado que es en casa donde estamos más a gusto, rodeados de nuestros libros. Una biblioteca particular es, aventuro, una fortaleza inexpugnable contra el tiempo, lo alarga o lo detiene —eso dependerá de lo que se lea, a las claras—, una ciudad amurallada que contiene remansos en los que encontramos unas veces paz y otras, ansiedad, pero siempre provista de silos con inagotables recursos, para *matalotaje del alma*, como habría dicho el Garcilaso.

Pocas cosas quizá haya que agradecerle al covid, acaso la reflexión y la resiliencia incubada, así como el tiempo que nos ha permitido a algunos privilegiados detenernos a leer en paz, mientras el mundo resiste. Este 2021 leí como hace mucho no lo hacía. Pude, además,

48 Publicado el 11 de enero de 2022 en tempomx.com

concluir el proceso de edición de una novela y un libro de cuentos que permanecieron guardados en un cajón por diez años y que muy pronto esperamos presentar, si el omicrón o las diez mil variantes de virus que mutan cada día no nos juegan una trastada peor.

Consigno aquí brevemente algunos de los libros leídos como hoja de ruta para quien quiera comenzar este año elevando la media de lectura nacional o para quien lea sin más pretensión alguna que disfrutar del placer del texto. Aclaro que no me refiero a libros publicados este año, sino simplemente a títulos que leí y cuya lectura recomiendo:

La distorsión, de Rafael Toriz.

Escrito a la distancia, este libro de uno de los hijos predilectos de Xalapa es un inventario familiar y de su patria chica. Suerte de personalísimo arte de la fuga de Toriz, cultiva y cautiva a la vez, mientras afirma su fe en el ensayo como pulimentada forma literaria. Es también expresión de nostalgia por la tierra con el acusado síndrome del Jamaica Villegas. Menuda paradoja, este año gratamente Rafael volvió a México, mientras partía hacia otras canchas el Jamaica, miembro del Campeonísimo y apólogo de la nostalgia por los sopes, las chalupas, la birria y desde luego, por su mamacita santa.

El invencible verano de Liliana, de Cristina Rivera Garza.

Voz imprescindible del panorama literario actual, este es quizá su libro más hondo y personal. Se necesitan altas dosis de valentía para desempolvar un dolor tan íntimo como el asesinato de una hermana que comenzaba a vivir, para escribir con pulso firme una historia descarnada y necesaria para los tiempos que corren.

Los minutos negros, de Martín Solares.

Este libro reposó por años en mis librerías, fue de una casa a otra, en cada mudanza me decía que ahora sí, con cada elogio a su prosa puntual y su historia fascinante, me decía que tenía que leerlo. Pero los libros tienen sus propios caminos, nos eligen en el momento justo. Apenas terminaba de leerlo cuando tuve la oportunidad de tomar un taller de narrativa con Martín, quien ha dedicado su vida al oficio, lo conoce y lo desmenuza como pocos. Coincidentemente, además, en 2021 vio la luz con muy buena crítica en los festivales, la película de Mario Muñoz en colaboración con el autor, sobre este *noir* tropical que esperemos pronto disfrutar en cines.

La legión de los obsesivos, de Magaly Monserrat.

Segundo libro de cuentos de la autora tamaulipeca, disfruté su amena lectura, sobre esas pequeñas cosas que nos obsesionan, que son capaces de hacernos encabronar, a veces gratuitamente, llevándonos al límite. Es posible descargarlo de la página web del Instituto de Cultura de Tamaulipas. El que esté libre de obsesiones, que tire la primera piedra.

A qué le temen los niños, de Itzel Guevara del Ángel.

Más que a fantasmas o a seres desconocidos, es la malevolencia subrepticia, la que se incuba en la niñez, sin que los adultos se den apenas cuenta. Motivo de visitas al diván en la edad adulta, los peores miedos se generan en casa, entre los niños, que a menudo luchan como valientes, nos recuerda a través de estas historias la narradora veracruzana.

Casas vacías, de Brenda Navarro.

¿Cómo se vive la desaparición de un hijo? ¿Cómo se tras-

toca una vida ante semejante pérdida? Con cada desaparición, ante tan sórdida rotundidez, el mundo pierde de a poco su humanidad... esa palabra. La de Brenda Navarro es una espléndida narrativa y esta novela en específico, una extraordinaria reflexión sobre la maternidad y sus implicaciones.

Entre muchos otros títulos, leí también a Irene Vallejo (*El infinito en un junco*) y a Fernanda Melchor (*Páradais*), obras que en su momento reseñé en este espacio. Leí *Los abismos* de Pilar Quintana y *Los rostros de la salsa*, de Leonardo Padura, además de tres clásicos de primer orden: *El extranjero* de Camus, *La mala hora* de García Márquez y *El poder y la gloria* de Graham Greene.

Mi dispositivo de lectura digital me recuerda que rompí otro récord, leí tres libros virtuales. Pese a ello, mi recordación de lecturas sobre pantallas continúa siendo deficiente. Al mismo tiempo me decepcioné con la cada vez más terrible calidad de los ejemplares impresos por los grandes consorcios editoriales. Se privilegia hoy lo barato, lo de menor peso, se busca ahorrar páginas y con ello, dinero; no hay descansos visuales. Ojalá que pronto regresemos al libro como objeto de arte cuidadosamente preparado, editado con mimo. Mientras ese día vuelve, hay que leer, en el formato que sea, porque leer salva y es, como mínimo, alimento para el espíritu.

Cien años del Ulises⁴⁹

Yo, como Ulises, he sido de Penélope el marido.
—Javier Krahe

El 2 de febrero de 1922 se publicó *Ulises* de James Joyce, gracias al valor de Sylvia Beach, fundadora de la mítica librería parisina Shakespeare & Company. Nadie más se había atrevido a publicarla, nadie entendía qué era aquello que bajo el género de novela intentaba publicar el autor dublinés que cumple ahora su primer centenario.

En un año consagrado a la lectura, siendo residente de la Fundación Antonio Gala, pretendí leer en un mes el *Ulises* y en otro *La montaña mágica*. Ignoraba que no son libros que puedan leerse de un tirón, que su escritura exige del lector una educación sentimental precisa. Recuerdo a Juan Villoro contar que en la primera sesión del taller de Juan José Arreola, este les dijo: y para mañana, se traen leído el *Ulises*. El joven Villoro llegó al día siguiente y apenado confesó: maestro, sólo alcancé a leer veintiséis páginas, a lo que Arreola respondió asombrado: ¿Tantas?

49 Publicado el 02 de febrero de 2022 en tempomx.com

Aquel año en que leí a Joyce y a Mann, comencé, sin saberlo, la formación de un canon personal. Di cuenta del 2666 de Roberto Bolaño, y aunque no equiparable en extensión, pero sí en voluntad de artificio, devoré también el *Ferdydurke* de Witold Gombrowicz. Luego vendrían *Paradiso* de Lezama Lima o *José Trigo*, de Fernando Del Paso, cuya obra debe mucho al *Ulises*, aunque su autor haya jurado no haberlo leído antes de escribir su ópera prima. Me gustan las grandes novelas que hacen suyo el desafío de entrar en liza con el lenguaje, de rescatar palabras del olvido o de inventárselas si es preciso. Me gustan los combates de respiración bíblica en donde el autor invita al lector, y este asume gustoso, el desafío de ser Jacob, luchando hasta el alba con un ángel inasible.

Contra el consumo de lectura fácil, libros de véndase mucho, léase y tírese —el sueño salvaje de los editores— es romántico creer en una literatura que hurgue en las profundidades del ser, como sonda laparoscópica. Novela de exploración, antinovela, reinención o abolición de la forma, ruptura, emancipación de personajes que andan por allí sin tener un origen y un destino final, pero que se nos quedan grabados en la memoria con una potencia inusitada. Los extremos se tocan, en la vida y en Joyce, quien lo mismo alcanza las cotas más sublimes de la lengua inglesa que pronuncia las vulgaridades más escandalosas de su barrio.

Discrepo de la literatura políticamente correcta o coyunturalmente necesaria. Las modas son pasajeras, algunas vuelven. Auxilio Lacouture profetizó en *Amuleto* que James Joyce se reencarnará en 2024 en un niño chino. Podría ser coreano, para estar a tono con el humor social de hoy. Creo con pasión profunda en una literatura sin

etiquetas ni ataduras, me produce admiración imaginar al novelista como artesano en su taller, haciendo encajar las piezas, limando las protuberancias, montando y desmontando diálogos, escenas, descifrando en diccionarios las claves para producir la alquimia, analizando la materia a través del monóculo revisor. Me fascina imaginar al autor ocupado en la urdimbre de algo que no sabe si funcionará, o tejiendo frases con paciencia penelopiana. Ya se ve que *amar la trama, más que el desenlace*, ese verso de Jorge Drexler, encierra toda una declaración de intenciones. No en vano, tal vez, de eso se trate el oficio de vivir. Amar la trama, más que el desenlace.

De mañana, Costaguana; por las noches, Remadrín...⁵⁰

Si las cuentas cuadran y no cejo en el empeño, este año habré culminado una novela sobre el poder en una provincia imaginaria que, por ahora, se llama Tierra Firme. La creación tiene, desde luego, obstáculos, pretextos. La vida se impone, pero el escritor encuentra la manera de salirse con la suya, es decir con la literatura. Somos, esencialmente lectores que, a veces, también escriben. Nunca podremos leerlo todo, pero seguiremos intentándolo, leyendo de a dos o tres libros simultáneamente, descansando de una lectura con otra o clarificando un libro con otro que busca explicarlo. Hay quien sostiene que si una novela requiere de un diccionario para entenderla, ya ha fallado. Disiento de tan lapidaria afirmación. Hay novelas que nos fascinan por su dificultad, por el desafío que tema y estilo nos plantean.

Desde hace más o menos un mes, avanzo lento en mis lecturas. Acometo una tarea poco ortodoxa impuesta con locura y ánimo. Leo al mismo tiempo dos catedrales narrativas: *Nostromo* de Joseph Conrad y *Porque parece*

50 Publicado el 12 de julio de 2022 en tempomx.com

mentira la verdad nunca se sabe de Daniel Sada. No se lo recomiendo a nadie. Pero en el trayecto, he descubierto a dos entrañables ancestros. Brincos diera. ¡Qué potencia la de Conrad! ¡Vaya ritmazo el de Sada! Así pues, voy temprano a Costaguana (república bananera imaginada por Conrad) mientras que por las noches y hasta el alba, me solazo en Remadrín (pueblo del desierto Sádico). El desafío diario es, por encima de la pasión lectora, encontrar un espacio para consagrarse a la escritura.

Conrad escribe de lo que sabe y uno puede ver a Nostromo en la oscuridad demostrando su marinería, pero ese mamotreto de alrededor de seiscientas páginas es más que una historia de marinos y mineros. Es un libro que discurre sobre las luchas por el poder de cualquier país de nuestra América Latina. Sada, por su parte, es un esteta y uno se extasía entre octosílabos, endecasílabos y alejandrinos, pero ese otro tocho de más de seiscientas páginas es mucho más que sus pirotecnias verbales, tan alabadas por la crítica literaria. Habla de caciques y fraudes electorales, de los fantasmas y desaparecidos de cierta república, ¿imaginaria? Y en el ínterin, un rapsoda que sostiene la narración como si se jugaran la vida en un pulso vigoroso Góngora y el Piporro. ¡Barroco, Sada, barroco!

Conviene preguntarnos: ¿Por qué les costará tanto a muchos escritores aceptar que los entresijos del poder aún pueden y deben narrarse? Ya sabemos que lo público no goza de buena salud y que no está de moda remitirse a ella en la narrativa. Pero si el papel de la literatura es dar luz a las zonas oscuras de nuestro acontecer, entonces alguien tendría que estar escribiendo la novela política de nuestro tiempo y los demás tendríamos que asimilar el ejercicio de esta como lo que es: una fracción –no me-

nor- de esa asignatura universal que conocemos con el vasto nombre de “cultura”. ¿Ustedes leerían en esta época una novela política o ya todo está dicho en torno al poder? Yo mientras tanto, continuaré el reto que me he autoimpuesto: De mañana, Costaguana; por las noches, Remadrín.

La literatura como coartada⁵¹

La recién publicada novela de Juan Pablo Villalobos, *Pe-luquería y letras*, apenas supera las cien páginas, pero es una gran novela. Transcurre, digámoslo así, en poco más de doce horas en la vida de un hombre feliz, que responde al mismo nombre del autor. Este recurso de la autoficción, que el autor utiliza a menudo, le permite hablar en tono paródico, en apariencia de sí mismo, pero también de algo que está más allá, porque “la literatura siempre es así, escribes de una cosa aunque en realidad estás hablando de otra”.

Esta es una novela que trata “de una idea, de una forma, de la forma de una idea, de la idea de una forma, algo así”. Tal vez esta exploración de un escritor que sale a caminar con el objetivo de perderse y quizá de encontrarse, mientras experimenta el terror de la página en blanco, sea un par de cosas más: por un lado, el intento de responder a la pregunta ¿qué es la literatura?, y de manera concreta, ¿qué es la escritura alrededor de uno mismo? Por otra parte, es también un depurado ejercicio de estilo sobre los temas que obsesionan, o divierten, a Villalobos:

51 Publicado el 29 de julio de 2022 en tempomx.com

el humor en la literatura, las historias que ganan en profundidad porque no se nos cuentan y no se nos cuentan por decisión del narrador y aléguenle al ampáyer.

Peluquería y letras es además una carta de navegación para adentrarse en las aguas procelosas de la narrativa contemporánea: una que se cuestiona los alcances y la validez de la literatura de la experiencia frente a la literatura de la imaginación; una que debate entre la forma y el fondo; que se plantea la voluntad de ir más allá de lo trillado; que mide su lengua en aras de una fina ironía, de un humor en pos de lo correcto. Y finalmente, intento de bosquejo político del remanso burgués en donde tan bien se está cuando se es feliz.

En su obra narrativa, Villalobos ha utilizado la literatura como coartada, tal como uno de sus personajes (ecuatoriano para mayores señas) en *Peluquería y letras* y como el protagonista-narrador de *No voy a pedirle a nadie que me crea* (Premio Herralde de Novela). Una coartada que encubre una tesis sobre la risa y sus resortes –esto podría explicarse con Bajtín, diría ese narrador– que le hacen volver sobre los pasos de sus ancestros: Pitól, Monterroso, Ibargüengoitia, pero intentando ir más allá, explorando lo que pasó después del final de finales: Y vivieron felices para siempre.

Se agradecen y disfrutan novelas como las de Juan Pablo Villalobos, que no se regodean en su extensión maratónica sino que lo dan todo en los escasos metros en que, milímetro a milímetro han planteado y planeado desde un principio la carrera.

Los celos de lo real⁵²

Es la autoficción una frontera nebulosa entre la vida inventada y la vida verdadera, que concita por igual simpatías o desencuentros entre autores y lectores. Y sin embargo desde ella se relata sin recato ni miedo al qué dirán. El aprendiz de narrador sin duda extraerá de allí valiosas lecciones sobre su arte, demostraciones de un estilo ausente de afectación: no autocensurarse por temor a las maledicencias ajenas; hurgar en los deseos recónditos, en los miedos terribilísimos; encontrar el motivo, quiero decir, el tema de sus novelas en ensoñaciones y desviaciones inconfesables, en eso que a menudo piensa que haría si pudiera, si no estuviera mal visto por la sociedad o si no se castigaran con cárcel aquellas conductas en las que a menudo se recrea.

La francesa Annie Ernaux (Premio Nobel de Literatura 2022) explora en las zonas más oscuras de la existencia. “Siempre quise escribir como si no fuera a estar cuando publicaran lo escrito. Escribir como si fuera a morirme y ya no hubiera jueces”. Con esa frase inaugura *La ocupación* (2002), y es en sí misma una declaración de

52 Publicado el 05 de diciembre de 2023 en tempomx.com

intenciones no reprimidas, pues se dispone a hacer, acto seguido, lo contrario. Como antes en *El acontecimiento* (2000), la autora concentra sus recursos en breves pero poderosos relatos fragmentados que, aunados a su economía verbal y con una marcada ausencia de artimañas narrativas, ganan en redondez. Lo que importa es la historia. Los personajes no distraen siquiera con nombres que induzcan a la interpretación simbólica. Se llaman J o W; O, u N; L.B. o la señora P. R. Su reconocimiento de la otredad se disuelve en los rostros de una masa indefinible, en donde el protagonista o el antagonista podría ser cualquiera. Mención especial merece la contundencia con la que remata sus enunciados, sabedora de que ha bordado minuciosa, párrafo tras párrafo, para luego alejarse galana.

Los epígrafes prefiguran los resortes internos de la escritura. Tómense por ejemplo los de *El acontecimiento*: “Este es mi doble deseo: que el acontecimiento pase a ser escritura y que la escritura sea un acontecimiento” (Michel Leiris) y, “Quizá la memoria solo consista en mirar las cosas hasta el final...” (Yūko Tsushima). La autora vuelve a la escritura un acontecimiento, cada pasaje es como una bomba que detona la explosión de la memoria, algo que “no tiene nada que ver con lo que sentía entonces: es tan solo una emoción que permite la escritura y que constituye la señal de su verdad”. Ver con la imaginación o volver a ver por medio de la memoria es el patrimonio de su escritura. Pese a la honda huella que “el acontecimiento” deja en su vida, no lo interpreta, se limita a consignarlo tal como lo recuerda. Convierte su cuerpo, sus sensaciones y sus pensamientos en escritura. Que andado el siglo XXI haya mujeres escribiendo sobre el descubrimiento de su cuerpo y que sus lectores nos sintamos maravillados ante ello solo indica cuán tarde

hemos llegado a testimoniar la riqueza de su narración.

“Escribe con las vísceras, no le importa descarnarse frente al lector” dice Brenda Navarro sobre Idea Vilariño. Hay allí una característica, desde luego extrapolable a la obra de Annie Ernaux, y reconocible en autoras contemporáneas como Cristina Rivera Garza, Pilar Quintana, Andrea Abreu o Alma Delia Murillo. La precisión de la literatura escrita por mujeres estriba en su forma honesta, sin temor a mostrar sus costuras, sin presuntuosidad narrativa. Su forma de ir al grano celebra un despojamiento de la herencia patriarcal que, todavía asusta a ciertos sectores, tanto de la vida verdadera como de la crítica literaria. La escritura vista, en resumidas cuentas, como unos celos de lo real, escribe Annie Ernaux.

SERIES Y CINE

Elogio de la nostalgia. ¡Spoiler alert para nacidos en los ochenta!⁵³

I.

Estamos hechos de nostalgias. Uno sabe que la cosa se ha jodido cuando en una reunión entre amigos comienza la sesión de añoranzas. Te acuerdas de que... La nostalgia es la sustancia que nutre la pendiente de nuestros ciclos vitales. Los viejos miran fotos de sus juventudes; hurgan en el cajoncito de sus soledades algún recuerdo que les sirva de asidero, que les haga el mundo que les tocó, un poco más tolerable. Uno se va haciendo mayor a base de nostalgias livianas. Te acuerdas de que...

Así, hasta el día en que descubres que harán la película de los *Power Rangers* (Dean Israelite, 2017) que pasaban en la tele cuando eras niño y que esos monos infames –seguramente igual o peor de infames ahora como entonces– no le dicen nada a tus hijas. O que veinte años después –porque para acentuar la añoranza, así lo anuncia el tráiler– llega a las pantallas la secuela de *Trainspotting* (Danny Boyle, 1996), cuya primera parte viste cuando ya eras joven. Ves *Trainspotting 2* (Danny

53 Publicado el 20 de abril de 2017 en cinematografo.mx

Boyle, 2017) y la cinta es algo así como esa siempre postergada reunión de tu generación a la que nadie quiere asistir por temor a verse en el espejo revelador, fracasado y roto de los otros.

II.

La industria cinematográfica sabe que estamos hechos de nostalgias, y sabe también que estos tiempos son tan angustiantes que nos vendrá bien una sesión de añoranzas. Así te caen de golpe veinte años con *La bella y la bestia* (Bill Condon, 2017), King Kong en *La isla calavera* (Jordan Vogt-Roberts, 2017), mas la segunda parte de Blade Runner en camino. Así te levantas un día y *Logan* (James Mangold, 2017) es un hombre envejecido y no el poderoso superhéroe de nuestra temprana juventud, capaz de regenerar rápidamente las células dañadas de su cuerpo. Logan también se ha unido al selecto club del “esto a mí antes no me pasaba”. Logan es Legión. Mark Renton ya no corre frenético por las calles de Edimburgo, sino que colapsa en un gimnasio, igual que tú te esfuerzas para desquitar en una caminadora esa membresía que usas dos veces por semana y de la que todos los meses te preguntas si valdrá la pena seguir pagando. En resumen, ir por estos días al cine implica para quienes nacimos en los ochenta preguntarte qué pasó, solo para darte cuenta de un golpe que pasó la vida, que la nostalgia se volvió el catalizador que ahora llena las salas cinematográficas.

III.

A casi todo el mundo le gusta la melancolía dulzona. A todos nos gusta recordar que hace veinte años fuimos jóvenes promesas, pero a nadie le gusta recordar que ya

no somos jóvenes ni somos promesas, y por eso es muy probable que los Power Rangers y King Kong sean más taquilleras que *Ghost in the Shell*, subtitulada *Vigilante del futuro* en Latinoamérica y *El alma de la máquina* en España (Rupert Sanders, 2017), lo cual nos da un indicio de las prioridades románticas de nuestros continentes.

Ghost in the Shell nos pinta las nostalgias cruentas, los amores que no fueron, las vidas pesimistas, el mundo líquido y frenético, un áspero futuro sin cabida para el corazón ni para desenlaces cándidos. Qué más da si la protagonista no es japonesa como manda el manga, si tiene la valentía de narrar el resquemor de estos días en que todos somos exiliados, desplazados; todos somos de otra parte, de ningún lugar y de todos a la vez. Malos tiempos para narrar el horror. “No es la mentira sino la verdad lo que asesina la esperanza”, escribió Andrzejewski en *Las puertas del paraíso*. Por eso es que tantos odian la verdad.

Pero me desvió un poco. Decía que *Ghost in the Shell* es un tratado sobre la persistencia de la memoria contra el tiempo, un filme premonitorio que viene a recordarnos que antes de los casi cyborgs que somos hoy, con gran parte de nuestros procesos mecanizados, fuimos seres humanos reunidos en comunidad en la cueva, al calor de una hoguera. La Major está siempre intentando recordar, por encima de los recuerdos inventados que le asignaron. Recordar, no permitir que la frágil memoria líquida nos sea impuesta es una forma de exorcizar al olvido, aunque ello implique volver a aseveraciones tan duras como tristes. Es quizá la más horrisona y bella de las nostalgias.

Por qué nos fascina Churchill⁵⁴

Nos gusta Churchill. Nos seduce su estilo desenfadado, su potencia verbal, su insolencia, su capacidad de beber como cosaco de las estepas mientras despacha los asuntos de la guerra desde la comodidad de su cama o desde el retrete con un puro en la mano. Nos atrae su figura porque nos hace sentir que los asuntos más complejos de la vida no tienen por qué ser asumidos como tragos amargos y que las penas con malta son menos.

Urgidos de líderes, se vuelve necesario releer desde otra óptica la vida de los grandes personajes. El mayor acierto de las películas recientes sobre Churchill es que le muestran humano, demasiado humano, sin el aura de su mitificación. En *Las horas más oscuras* vemos a un hombre agobiado encogerse de hombros y reconocer: —Carecemos del don de la templanza. Quizá la carencia que más acosa a los hombres y mujeres de Estado sea el don de la templanza. La capacidad de tomar decisiones depende en gran medida de la serenidad del pensamiento, de no perder los estribos en momentos cruciales.

54 Publicado el 5 de marzo de 2018 en tempomx.com

Es muy probable que este año Gary Oldman gane el Óscar como mejor actor por su caracterización del Primer Ministro británico en los años de la guerra. Su actuación resume los gestos, los jadeos inseguros, las miradas intempestivas y hasta los sudores de un hombre que enfrenta cuestionamientos de sus pares e incluso de un Rey timorato. En esas horas difíciles, Churchill se ve obligado a responder con audacia y con una alta dosis de motivación a las exigencias de su Nación. Los pueblos necesitan un líder que les inspire, no solamente un buen tomador de decisiones. Cada vez menos gobernantes pasan a la historia porque han perdido su papel de inspiradores de pueblos. A menudo, su desempeño se reduce al de meros administradores de problemas. Churchill es recordado, primero, por haber sido un gran conductor de su patria.

Hace un par de años entrevisté a don Enrique González Pedrero, escritor y político, *rara avis*, ex gobernador de Tabasco y ex director del Fondo de Cultura Económica. Le pregunté por qué no escribía sus memorias. Su respuesta fue esta: —Porque para memorias las de Churchill o las de De Gaulle. Uno, a lo sumo, podría alcanzar a escribir tímidos recuerdos, souvenirs. Don Enrique se refiere desde luego a la *Historia de la Segunda Guerra Mundial* que habrá de valerle a Churchill el Premio Nobel de Literatura. Winston habrá de ser recordado no solo como un espléndido inspirador de pueblos, sino además como un fornido hacedor de palabras.

Quisiéramos ser Churchill. Nos fascina por muchas razones, pero quizá principalmente porque ya nos gustaría beber con esa maestría y seguir destilando lucidez sin escenas penosas de las cuales arrepentirnos. Es una pena que Porfirio Muñoz Ledo no haya sido Presidente de México, porque sospecho que habría sido nuestro Wins-

ton. La inteligencia no está reñida con la alcoholemia. Quien está afectado de estulticia lo está *per se*; su estado natural no hace más que potenciarse al amparo de unos tragos. Baste recordar a ese catarrín de cuarta que ocupó la Presidencia y que responde –si está lo suficientemente sobrio– al nombre de Felipe del Sagrado Corazón de Jesús Calderón Hinojosa.

Pero advierto que me he desviado del tema. Por lo pronto, estoy planeando ordenar mi colección de películas, series y documentales sobre Churchill para convocar a un maratón entre amigos, un sábado cualquiera. Creo que sería muy aleccionador para comprender el genio de este gran hombre, y también un buen pretexto para compartir unos vasos de single malt y unos habanos con la vitola que por ser su favorita, lleva su nombre. ¿Quién se apunta?

Roma es amor⁵⁵

Partamos de un intento de definición: Uno es sus amores, sus obsesiones, las deudas que le quedan por pagar. Hace diecisiete años, Cuarón entró en la escena cinematográfica con una cinta de idilios juveniles, *Y tu mamá también* (2001). En el camino hacia la playa, sobre la carretera, Tenoch (Diego Luna) ve un señalamiento que indica un destino: Tepelmeme y recuerda que su nana le contó que era de ese lugar.

La playa, el sitio ensoñado de Cuarón, regresa en *Roma* (2018) como lugar de refugio. El mar sana, aunque las olas sean peligrosas. Es tan pobre la memoria que solo funciona hacia atrás, ha escrito Juan Gabriel Vásquez. El director parece decir con esta cinta: es tan rica la memoria que solo funciona hacia atrás. Quizá no sea casualidad que el reverso de *Roma*, su anagrama, como Rigo, es amor.

Alfonso Cuarón ha escrito y filmado un acto de amor para Libo, su nana, pero también para una ciudad a la que amamos. Nuestra ciudad de México, la que nos ha

55 Publicado el 24 de enero de 2019, en tempomx.com

acogido por igual a extranjeros y provincianos, a quienes aquí nacieron pero no acaban de conocerla y a quienes aprendimos a recorrerla a patín por las noches y maravillarnos con ella todo el tiempo. Se sabe que si no lo hay en esta ciudad es porque no existe.

Todos los que hemos sido chilangos en algún momento de nuestras vidas sabemos con Walter Benjamin que perderse en una ciudad como se pierde uno en un bosque requiere de toda una educación. Cleo (Yalitza Aparicio) también lo sabe. La cámara retrata su desconcierto al adentrarse en lo desconocido, en los llanos a los que va a buscar a Fermín (Jorge A. Guerrero), el padre de la criatura de quien “está con encargo”.

Quiero detenerme en Fermín, porque es en la construcción de este personaje, donde Cuarón demuestra su maestría como narrador, al ser la bisagra que une dos historias, la de Cleo y la de un país autoritario y represor que el 10 de junio de 1971, jueves de *Corpus Christi*, reprimió y mató a jóvenes estudiantes —se habla de alrededor de 120— a manos de un grupo paramilitar conocido como Los Halcones. Con la entrada de Fermín en la mueblería, la historia da una vuelta de tuerca, un giro inesperado de esos que sólo saben hacer los grandes maestros.

Antes de eso, el personaje, mostrando su destreza en artes marciales, desnudo, después de hacer el amor, parece decirnos con Steiner en sus *Diez razones para la tristeza del pensamiento*, que el acto de amor es también el de un actor. Con Fermín, que tira la piedra y esconde la mano, permanece agazapado un personaje jamás nombrado en la cinta, Luis Echeverría Álvarez, autor intelectual de aquellos hechos sangrientos de los que poco sabemos aún, y sobre los que el escritor y director diserta sin poner en boca de sus personajes una sola palabra al respecto.

Pasados los espasmos del moméntum mercadológico, de los Óscares, y más allá de lo bien que se acomoda a lo políticamente correcto del espíritu de nuestro tiempo, *Roma* merecerá un ensayo minucioso como la obra maestra que es. Cada plano está perfectamente calculado, como en la estética de *El año pasado en Marienbad* (1961), de Alan Resnais. Por otra parte, me parece que Cuarón se ha convertido con esta película en el más avezado discípulo de Luis Buñuel. En una escena memorable, en la que Sofía llega con el corazón roto a casa, toma a Cleo entre sus manos y le dice estas palabras memorables: “No importa lo que te digan, siempre estamos solas”. El Jaibo y su madre dirán en *Los olvidados* (1950) de Buñuel:

- Estamos solos, mamá, estamos solos.
- Como siempre, mi’jito, como siempre.

Resalta una escena que habrá de perdurar en el tiempo. Es nochevieja y un grupo de clase media-alta departe en una casa de campo. Los criados se retiran a festejar en sus modestas habitaciones. De pronto un incendio asola los campos alrededor de la casa. Todos están ebrios. Los criados corren por cubetas, se quitan la ropa e intentan sofocar el incendio, mientras sus patrones abrazados, abrasados, copa en mano, se limitan a dar instrucciones. Algunos cantan. Uno más bailotea con una máscara. Es un festín rabelaisiano, un carnaval humano de miserias y esperpento.

Como en *El ángel exterminador* (1962) de Buñuel, este grupo de aristócratas que departe, se ve sorprendido por un elemento externo. En la película de Buñuel, ellos están adentro, sin saber por qué no pueden salir de la casa. En *Roma* están afuera, con el cielo estrellado como techo.

No es menor el uso de la música, que me recuerda

el extraordinario manejo de la música ambiental en *The Wire*, donde solo sonaba una canción si alguien la ponía en el estereo del auto o en la rockola del bar. Desde *Te he prometido*, de Leo Dan, pasando por la Dúrcal, Juanga, Lupita D'Alessio, José José, Angélica María, Rigo Tovar, Yvonne Elliman, Ray Conniff y Roger Whittaker, hasta el Trío Chicontepec, entre otros.

Ignoro cuántos Óscars habrá de llevarse la cinta. Es secundario. Alfonso Cuarón ya forma parte del gran cine. No exagero. Y creo que no pecho si digo que lo es por la manera como ha construido la historia, por cómo ha reconstruido una ciudad idílica que se fue, por la ambientación y la música, más allá de las singularidades discursivas que la crítica insiste en volver *mainstream*.

Cerca del final de *Roma* suena *Mar y espuma* de Acapulco Tropical:

“Yo no sé si debo amarte
porque amándote ya estoy,
Si pecado es el quererte
vivo pecando desde hoy.
Pasaste como un lucero
en mi amante corazón.
(...)
Sabes que te quiero
con desesperación,
si dejo de ser sincero
arráncame el corazón.”

Me quedo con la fortaleza de Cleo, con la complicidad de Adela (Nancy García), con la paciencia sabia de la abuela Teresa (Verónica García) —en esta cinta como en la vida, las mujeres sostienen al mundo—, con el amor de Sofía (Marina de Tavira), queriendo con desesperación, llevando a su familia al mar, echando el carro

hacia adelante, calculando que sí pasa, pensando quizá como Luisa (Maribel Verdú) en *Y tu mamá también*, que “la vida es como la espuma, por eso hay que darse como el mar”.

Parasite: el subsuelo y la superficie⁵⁶

El hombre se venga porque cree que su venganza es justicia.
—Fiodor M. Dostoievski. *Memorias del subsuelo*

Ver pasar la vida, saberla consumirse día con día sin que dé una segunda oportunidad, escuchar el tictac del reloj inclemente, construir peldaño a peldaño un castillo de sueños, para luego verlo caer como una torre de jenga. Mediada cierta edad, todos sabemos que los sueños terminan en alguna parte, que al final del arcoíris no habrá una hucha llena de monedas de oro, sino desencanto. A estas alturas de nuestra generación, ya no creemos en cándidos sueños, nos conformamos con que estos no se conviertan en terroríficas pesadillas.

Bong Joong-ho lo sabe. El mundo de esta segunda década del siglo vive justo allí donde terminan los sueños. Si en *Okja* (2017) fue capaz de retratar la frivolidad de las sociedades de consumo, en una crítica corrosiva y agri-dulce, en *Parasite* (2019) sale al encuentro de la verdad de la literatura, esa que, según Javier Cercas, busca fijar lo que nos pasa a todos los hombres en cualquier momento

56 Publicado el 30 de enero de 2020 en tempomx.com

y lugar.

¿Qué hace grande a una obra literaria? La capacidad de diseñar tipos universales de seres humanos. Una obra es eterna, escribe Roland Barthes, no porque impone un sentido único a hombres diferentes sino porque sugiere sentidos diferentes a un hombre único. ¿Qué hace única a la gente de nuestro tiempo? Algunas respuestas posibles: La frivolidad, la miseria.

Las películas más comentadas de 2019 (*Joker*, *Parasite*), tratan el dolor de seres humanos que no encuentran su lugar en ciudades frenéticas, despiadadas, porque las obras de arte son el retrato fiel de un momento específico de la historia. No deja de ser significativo que un director de cine surcoreano ponga su lente sobre el capitalismo en un momento floreciente de su país en el mundo. BTS, grupo juvenil de k-pop (hoy un género en sí mismo), causa furor y desconsuelo entre sus seguidores. Millones de adolescentes en el mundo suspiran por asistir a uno de sus conciertos o por comprar a precios estratosféricos artículos publicitarios de sus ídolos, aunque lograrlo esté al alcance de muy pocos. Google nos abofetea todos los días con tristes historias de jovencitos que no alcanzaron un lugar en el parnaso del k-pop.

El tema del subsuelo no es nuevo. Dostoievski trató la condición de miseria en sus *Memorias del subsuelo*, también editadas como *Recuerdos de un sótano oscuro*. Su hombre del subsuelo y los hombres y mujeres que pueblan *Parasite* viviendo en sótanos degradantes descienden del mismo linaje y deben ser leídos en clave paródica. Es decir, ni Dostoievski ni el cineasta coreano plantean el tratamiento de su tema como verídico sino como verosímil, como una metáfora de las condiciones de vida

infamantes, lo mismo en la Rusia del siglo XIX que en la Corea del siglo XXI.

Esto es muy metafórico, repite el hijo varón de la familia que protagoniza el filme, varias veces, cuando su amigo Min le obsequia una piedra. La piedra simboliza los sueños. ¿Por qué te aferras a esa piedra? Cuestiona su padre. Es la piedra la que se aferra a mí, responde. Hacia el final la piedra habrá de volver al agua, como cerrando un ciclo, el ciclo del agua y los sueños, como hubiera querido Gaston Bachelard.

Si los personajes de Tolstoi o Dostoievski tienen una esperanza cristiana, los personajes de *Parasite* creen en salvoconductos inmediatos: la comida, el wifi, unos cuantos billetes. Viven como millones de seres humanos al día: un día a la vez. El padre de familia lo sabe: es mejor no tener ningún plan —explica a su hijo—, así no te decepcionas si el plan no resulta. Sintetiza el pensamiento resignado de millones de personas en el mundo que saben que, aunque trabajen sin descanso en pos de sus sueños, no habrán de alcanzarlos. El hijo lo tiene claro al final de la película, cuando le cuenta en su carta al padre un plan para comprar la casa. Un plan para quien sabe que aún haciendo planes la vida irá por otra parte.

Conserva la conciencia de su degradación demasiado lúcida, dice sobre el hombre del subsuelo, Dostoievski. Sostiene que el sufrimiento es la única causa de la conciencia. En *Parasite*, el padre de familia tiene clara conciencia de su degradación, forjada a base de sufrimientos. Le duele su vida pero es incapaz de ser egoísta. Se pregunta si los otros estarán bien y tal vez así puede explicarse una escena que parece absurda: Cuando el primer hombre del sótano manda desesperados mensajes en clave morse, el padre de familia no trata de impedírse-

lo, porque sabe que son parecidos, hermanos de miseria, mira en el rostro del otro, su propio reflejo.

Esta conciencia se vuelve más clara aún cuando escucha a su jefe decir que tiene un olor peculiar, el olor de las personas que viajan en el metro. El olor de la pobreza, del subsuelo será el catalizador final de su venganza. Dostoievski lo dice de este modo: “Por espacio de cuarenta años estará rumiando su injuria en sus más nimios y bochornosos pormenores, añadiéndoles todavía de su cosecha circunstancias particularmente infamantes, enardeciéndose y excitándose a su antojo”.

Primero como comedia, después como tragedia, Bong Joong-ho despliega en *Parasite* un catálogo universal de conductas humanas. No basta tener una buena historia, hay que saber contarla. En *Un mundo maravilloso* (2006), Luis Estrada abordó el tema del subsuelo, del terror a la caída en desgracia. “Un día como ricos vale más que toda una vida de pobres”, dice el Pinche Pérez después de asesinar a una familia que le acoge en navidad.

En la superficie afloran los monstruos de quienes han vivido una o varias temporadas en el subsuelo. Ahí-tos de venganza, en la superficie al fin concitan sus deseos reprimidos, sus temores, todo su rencor acumulado hacia un grupo social que les margina y les mutila. En la superficie, los hombres del subsuelo estarán dispuestos a todo. La vindicación es para ellos éxtasis, suprema consumación de su ser, razón y consuelo.

Yo no odio a Luisito Rey⁵⁷

No está en mi naturaleza odiar y menos a alguien que no conozco. Sé que corro el riesgo de pasar por aguafiestas, pero qué caray, correré el riesgo. Me interesa explorar el hecho irrefutable de que una bioserie de Netflix sobre Luis Miguel cautiva domingo a domingo a los espectadores y hace que toda la semana laborable la gente comente lo visto el fin de semana. El capítulo es noticia nacional, los protagonistas de la vida real salen a desmentir lo presentado por el novelón de moda como si fuera la “realidad real” y a los actores en la calle se les confunde con los personajes. Algo similar le ocurrió a Tomás Eloy Martínez después de haber publicado *Santa Evita*. La gente asumía como real la ficción de su novela. Es probable que ese solo hecho ya haga loable la serie. Pero nuestra realidad va más allá y se desborda, el país entero se vuelca en el debate acerca de la inconmensurable maldad de Luisito Rey, o de si Mariana Yazbek es culpable o no.

¿Cuál es el éxito de las bioseries, en aumento constante? Paquita la del Barrio, Julio César Chávez, Juan Gabriel,

57 Publicado el 07 de junio de 2018 en tempomx.com

Joan Sebastian, Lupita D'Alessio, son algunas de las vidas que han desfilado por la pantalla chica. Y vienen más. Por ahora están anunciadas las de Alejandra Guzmán, Silvia Pinal, Gloria Trevi, Selena, Cantinflas, Chespirito y Julio Iglesias. Nunca Plutarco soñó tal eco para sus *Vidas paralelas* ni Emerson pensó en índices de audiencia para sus *Hombres representativos*. Pero es que, ¿tan aburridas son nuestras vidas que buscamos en las de otros un salvoconducto?

Es duro pero nos sentimos solos, ansiosos y con ganas de ser parte de la tribu. Aunque la tribu no esté de cuerpo presente en ningún sitio y solo sea una sensación que divaga en las redes como ánima en pena. Llenamos el Panini del Mundial para poder compartirlo en Facebook. Le damos asistire a la marcha para ir a Italia en busca de la mamá de Luis Miguel, o a cualquier otra marcha a la que por supuesto no iremos. Nos mama el meme del meme, para usar una feliz expresión millennial.

Hemos vuelto a la urgencia de llenar nuestros vacíos escuchando a un contador de historias alrededor de la hoguera, como parte del clan. Quizá por ello los artistas se juntan cada vez con mayor frecuencia para grabar duetos o hacer conciertos acompañados. Los videos musicales de los últimos tiempos tienen formato de tertulia, cuentan la historia de una fiesta en la intimidad del hogar, en el jardín, o en la calle si se quiere, pero con más y más gente, en una comunión que alivia. Nos urge recobrar la alegría y la paz. La *Encuesta Nacional de Hogares* arroja datos para documentar nuestro pesimismo. El 70% de los veracruzanos mayores de 6 años viven en permanente preocupación y nerviosismo. Le siguen Tlaxcala en segundo lugar con el 69.8, Coahuila con el 65.2 y la Ciudad de México con el 64.3%. El 30.5% de los mayores de

6 años en el país, dice la encuesta, viven en depresión y 30% viven cansados. El Reino Unido tuvo que crear un Ministerio de la Soledad porque los ingleses descubrieron que las personas solas se habían convertido en un problema de salud pública. Kafka diría que hay esperanza, pero no para ninguno de nosotros.

En las plataformas de streaming nos refugiamos de las tempestades de la vida moderna. Allí, en todos los que no somos, nos reconocemos.

Salvajes confinados⁵⁸

Para frustración de muchos y euforia de pocos, los seres humanos fuimos dotados de libre albedrío. La capacidad de elección, tan cara a otros tiempos, comienza a convertirse en un dilema. Hombres como Steve Jobs o Mark Zuckerberg, prefieren usar la misma ropa, por no tener que gastar tiempo a la hora de elegir qué ponerse cada día frente al armario. Somos salvajes confinados, o parafraseando a Valéry, animales encerrados por el lado de adentro de su jaula.

En *Westworld*, serie estrenada por HBO en 2016, la cuestión podría plantearse de la siguiente manera: ¿Quiénes somos, liberados del contrato social que nos hace guardar ciertos mínimos normativos de conducta? ¿De qué somos capaces, cuando no hay formas que guardar, a caballo y en la soledad de un oeste forajido?

Westworld nace como un parque de diversiones en donde sus creadores han logrado construir robots a imagen y semejanza humana, que a veces nos recuerdan a los replicantes de *Blade Runner*, y cuya consciencia es

58 Publicado el 16 de mayo de 2019 en tempomx.com

reseteable diariamente. En cada episodio de la primera temporada, Dolores Abernathy, escucha una voz que le ordena: *Wake up*, Dolores. Cada día recomienza su historia singular, con la llegada de un vagón repleto de visitantes al parque. Nunca sabe con qué va a encontrarse, o cómo acabará su historia. Los visitantes tienen permitido hacer cualquier cosa con los anfitriones, incluso violarlos o matarlos. Para ellos, los anfitriones, su historia es circular, viven vidas monótonas que se repiten una y otra vez. No obstante, Bernard, su creador omnisciente, parece no haber podido resistir la tentación de dotarlos de memoria, de ciertos rasgos humanos que emparentados con el pensamiento racional, abren resquicios en los muros de su confinamiento mental.

Si *Westworld* es un laberinto en el que los humanos eligen perderse para encontrarse consigo mismos, para los anfitriones confinados, el laberinto está afuera, anhelan el mundo real que les es negado una y otra vez.

J.J. Abrams, creador de *Lost*, es también productor de esta serie, que repite, ¿acaso no es eso nuestra vida?, la suma de sus obsesiones: la isla (acá el desierto), el juego del hombre en el espejo, el dilema del ciudadano en la selva y/o del buen salvaje en la ciudad, la búsqueda del yo, que parece sumergirse en la lejana noche de los tiempos.

Si al tenso hilo narrativo que es capaz de sostener durante dos temporadas, sumamos la estética refinada de la serie, la música de Ramin Djawadi —compositor de la banda sonora de *Game of Thrones*— y las espléndidas actuaciones de Anthony Hopkins, Thandie Newton y Jeffrey Wright, el resultado es una producción de altos vuelos, a la que merece dedicarle tiempo y reflexión.

A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronis-

mos, escribió Borges en *El Sur*. El cuento es una añoranza de esa pampa camorrera de gauchos, a la que el autor, como Dahlmann el protagonista, quiso pertenecer. El hombre en el espejo representa los deseos heroicos de un ciudadano sin la menor posibilidad de triunfar en un pleito de cantina. En ese Sur, el personaje empuña el cuchillo, “que acaso no sabrá manejar” y sale a la llanura. Borges opta por un final abierto. ¿Logrará sobrevivir Dahlmann o le harán picadillo? ¿Será capaz de sacar al salvaje que hay en él o seguirá siendo un animal encerrado por el lado de adentro de su jaula?

Years and years⁵⁹

No les falta razón a quienes sostienen que las buenas series de televisión, las de sustrato humano puro y duro, van convirtiéndose en un recurso que replantea el acto de leer. Poco a poco, vamos aprendiendo a ver series como quien traza un plan de lectura. En un universo casi infinito de *streaming*, hay que sistematizar la ruta para no perderse. Al sugerir una serie a un amigo, ya es frecuente escuchar: “nada más que termine de ver *Chernobyl*”, o, “tendrá que esperar pues ahora estoy viendo al mismo tiempo *Westworld* y volviendo a ver *Mad Men*, y mira, estoy encontrando cosas de las que no me había percatado la primera vez que la vi”.

Volver a mirar como quien relee con paciencia dickensiana, *Historia de dos ciudades* o lucha cuerpo a cuerpo con *La montaña mágica* por meses, con voluntad casi alemana, se ha vuelto una práctica cotidiana entre entendidos. En el cenit del postureo literario están quienes alardean “estar relejendo *Rojo y Negro*” cuando no lo habían leído; como si leer un clásico por primera vez fuera un delito, como si existiese la capacidad de haberlo

59 Publicado el 16 de septiembre de 2019 en tempomx.com

leído todo. Llegará el día en que para referirse a *Borgen* o *American Gods*, alguien se verá forzado a decir, por miedo al desdén de sus contertulios, “estoy volviendo a verla”.

Ante la vasta oferta de HBO, Fox, Prime Video –Netflix va convirtiéndose paulatinamente en la nueva Televisa– uno vuelve a tomar conciencia de la finitud del tiempo, sabedor de que nadie puede leerlo o verlo todo. Sirva lo anterior como larguísimo prolegómeno para recomendarles *Years and Years*, una visión distópica de las sociedades modernas, narrada desde la privacidad de una familia de clase media británica que soporta estoica los embates de su tiempo, uno no muy lejano, por cierto.

La serie, cuya primera temporada, y por ahora, única disponible, consta de seis episodios de alrededor de una hora y mantiene un ritmo trepidante que no concede espacios para pensar mientras amontona temas en nuestra cabeza: política, economía, familia, retos tecnológicos, migración, derechos humanos, y sobre todos ellos, el tiempo y su tic-tac inmisericorde.

Si muchas series nos incitan a devorarlas de una sentada, *Years and Years* invita a la introspección, hace que uno se detenga con estupor, a veces con miedo, en todo eso en lo que nos estamos convirtiendo frenéticamente. Los años corren veloces en cada episodio.

Las actuaciones de Emma Thompson, Jessica Hynes, Rory Kinnear, Maxim Baldry, entre otros, son impecables y la pulsión narrativa nada tiene que envidiar a las superproducciones que por HBO han desfilado. En los momentos más decisivos, la música –en la mayor parte de la serie, discreta–, cobra una especial relevancia y hace que nuestros nervios se crispen mientras la pantalla muestra sin alarde ficcional, el curso de colisión al que la

humanidad se encamina. *Years and years* es una sobredosis de realidad, un ejercicio de verdad con plena conciencia histórica.

Insisto, en medio de la oferta abrumadora de series sin fin que nos recetan todos los días las plataformas de pago, el reto es encontrar contenidos que supongan desafíos constantes, que cuestionen nuestra concepción de la vida y que confirmen que hoy por hoy, ya no estamos en edad de seguir consumiendo contenidos basura en la –hasta hace no mucho– caja idiota.

La conjura contra América⁶⁰

Debemos a ese espléndido novelista que fue Philip Roth, relatos que son fotografías puntuales de Estados Unidos. Uno de los temas recurrentes del novelista es el tratamiento de las tensiones de la sociedad norteamericana, desde la óptica de una familia de clase media, judía, como la suya. En *Pastoral Americana* (1997) –de la que por cierto hay una versión cinematográfica mala tirando a malísima, dirigida y protagonizada por Ewan MacGregor–, Roth cuenta la historia de *El Sueco*, un padre de familia judío que, en los años sesenta, lucha por sobreponerse y proteger a los suyos de las adversidades de un mundo que se actualiza con vértigo irreconocible.

La muy laureada obra de Roth, a quien solo le faltó ganar el Premio Nobel de Literatura, comparte con Woody Allen el interés de abordar las cuestiones identitarias de los judíos norteamericanos. Sus personajes no añoran la mítica Sion, la ven como algo distante y utópico. Su patria es Estados Unidos, tienen allí privilegios que defender.

60 Publicado el 16 de septiembre de 2019 en tempomx.com

Hace unas semanas terminé *The Plot Against America*, la miniserie de HBO basada en la novela homónima de Philip Roth. En seis capítulos, los creadores de la legendaria *The Wire* adaptan para televisión la historia de Hermann Roth y su familia, que desde New Jersey ven avanzar al fantasma del nazismo por Europa y cruzar el Atlántico. En un ejercicio de ficción histórica, Roth imagina que Lindbergh, el famoso aviador que cruzó por primera vez en solitario el Atlántico, gana la elección presidencial, montado en su avasallante personalidad y pasando por encima de la experiencia de Franklin Delano Roosevelt. Publicada en 2004, *The New York Times* se refirió a ella como “una novela política terrorífica, siniestra, vívida, onírica, absurda y, al mismo tiempo, espeluznantemente plausible”. Nadie hubiese imaginado, en el temprano año de 2004, que un personaje como Donald Trump llegaría a la presidencia de Estados Unidos montado en la apología de su personaje y por encima de la experiencia de Hillary Clinton o Joe Biden.

El “America First Committee” de Lindbergh, citado en la novela y que de hecho existió, nos hace pensar en el encuadre narrativo del “Make America Great Again” de Trump. Quienes siguieron de cerca la política estadounidense allá por el año 2009, recordarán el asombro que produjo la irrupción del *Tea Party* en la vida pública con figuras como Rand Paul o Marco Rubio. Por aquellos años nos asombraban la superficialidad o el ultraconservadurismo de Sarah Palin, Rick Santorum o Mitt Romney. Los antiguos decían que todo tiempo pasado fue mejor. Quevedo, moderno para el caso, escribió que cuando decimos que todo tiempo pasado fue mejor, condenamos el futuro sin conocerlo.

Oteador del espíritu de su época y de la que se avecinaba,

en 1938, el autor de *La montaña mágica*, Thomas Mann, dijo en una conferencia en Los Ángeles: “Si alguna vez el fascismo llega a Estados Unidos, lo hará en nombre de la libertad”. Roth lo intuyó desde su adolescencia: En el corazón de Estados Unidos latía agazapado un sentimiento nacionalista, xenófobo, demagogo. El miedo se respiraba en el ambiente, igual que ahora, aunque por distintos motivos.

El miedo es terreno fértil para inocular una idea, o instigar un sentimiento. “Creen cualquier cosa, y ahora harán cualquier cosa”, dice Hermann, el padre de familia de los Roth cuando la prensa señala que la desaparición del Presidente, sería una conjura de ingleses y judíos, usando aviones canadienses. Después todo se derrumba. El imperio del odio triunfa en América.

Pudiera parecer un despropósito que en la obra de Roth, muchos judíos sean partidarios de un antisemita como Lindbergh. Pero en 1919, cuando Mussolini fundó los *Fasci italiani di combattimento*, a la postre convertidos en el partido nacional fascista, muchos italo-judíos de clase media alta se unieron a sus filas, entre ellos Ettore Ovazza, presidente de la comunidad judía de Turín. Similar es la adhesión de los cubanos de Miami a la causa antiinmigrante de Trump en 2016. La Florida fue clave en el triunfo del exótico republicano en la recta final. Por cierto, la interpretación del rabino Lionel Bengelsdorf, por cuenta de John Turturro en la miniserie de HBO es magistral.

Con el cambio de siglo mutaron los métodos, pero no los fines. Se espolea el rencor, se atiza el fuego del individualismo. Se juega con la psicología humana a mansalva. Los dividendos político-electorales se analizan minuto a minuto con herramientas de *big data* y *thick data*. Los

mensajes ya no se construyen para una comunidad sino para personas perfectamente identificables. Los públicos se nanosegmentan, cada uno escuchará lo que quiere oír, aquello que confirma su visión del mundo. Se gobierna para las encuestas, para las redes, para una realidad alterna en la que todo se mide, incluso los impulsos. Hace poco un banco solicitó autorización de sus usuarios para acceder a sus datos biométricos, mientras que en Japón fue aceptado como candidato un robot, sentando un terrorífico precedente.

La conjura contra América, contra Europa, contra el orbe, se ha puesto de nuevo en marcha. Lo que está en juego ya no es siquiera una visión de mundo o la lucha ideológica de los contrarios, es el imperio del poder de las máquinas, de los algoritmos, en liza con nuestros sentimientos.

Somos, el rostro de la otredad⁶¹

El país entero está remendado con telaraña.
—Gabriel García Márquez, *La mala hora*

Somos el vivo desierto, mexicanos perdidos en México, escribió Roberto Bolaño. Somos una patria hecha a punta de corazón y lágrimas. Somos la puerta de entrada a ese laberinto de soledades que es Latinoamérica y en la que, ya Gabo nos lo dijo el siglo pasado, tenemos un palpito que a menudo nos alerta cuando algo va a pasar. Somos un morir a gotas, soledad en llamas, profetizó Gorostiza en la *Muerte sin fin*. Muy a nuestro pesar y de formas enrevesadas, con Rulfo, todos somos hijos del cacique. Lo importante, entonces, no era saber que estábamos muertos desde endenantes, sino entender cómo llegamos a convertirnos en ese páramo infecundo.

No nos es ajeno el horror desatado a partir de 2006 por Felipe Calderón en su espantosa guerra contra el narco. Hemos sido y somos víctimas, colaterales en el menor de los casos, de la violencia desatada. Por eso es relevante el enfoque de *Somos*, la serie para Netflix de

61 Publicado el 24 de julio de 2021 en tempomx.com

James Schamus, Monika Revilla y Fernanda Melchor, que cuenta la masacre ocurrida en Allende, Coahuila en 2011, a contracorriente de las producciones que hacen apología de la violencia, y que son en sí mismas un género: las narcoseries.

Esta historia en cambio está narrada desde las visiones particulares de las víctimas de aquel infierno. Uno entre tantos. *Somos*, la serie, nos muestra el rostro de la otredad, de esos otros en los que nos reconocemos e identificamos también a nuestros semejantes. Como en *Crónica de una muerte anunciada*, sabemos desde un principio lo que pasará, pero la historia –Gabo también nos lo enseñó– no estaba en los muertos de tripas sacadas sino en los vivos que tuvieron que sudar hielo en su escondite.

Reconocemos, por ejemplo, en Paquito –uno de los personajes principales de la historia–, a muchos jóvenes que no pudieron estudiar, que le echan ganas para conseguir un empleo que nunca llega. Mañana tal vez será, se dicen a sí mismos. En un país de rezagos históricos, resisten como por arte de magia. Pronto tienen hijos, de cuyo futuro nada saben. Viven con la zozobra de no saber qué comerán mañana, qué vestirán o cómo habrán de medicarse en caso de enfermedades.

A uno de ellos –ojalá fuera ficción, pero la historia me llega de primera mano–, en uno de esos tantos pueblos sin futuro aparente, en donde el calor hace perder la paciencia y a la menor provocación te dan pamba con picahielos, su madre lo maldice: “Ojalá te maten un día de estos, para que deje yo de hacer corajes. Sólo voy a descansar de andarme preocupando por tus pendejadas el día que me entere que ya te cortaron la cabeza por ahí”. Paquito se queda callado, es probable que le eche ganas,

pero siempre acaba cajeteándola. Diríase que por no respaldarlo, en su barrio ni su jefa lo respalda.

Paquito —el de la serie— es el rostro de esos jóvenes sin posibilidades, sin presente ni futuro cierto. Saben pocas cosas de la vida, porque nadie se tomó el tiempo de enseñárselas, pero una de las que saben, porque se les encaja como golpes en las costillas es que vivir es un riesgo mayúsculo. Hay personajes acaudalados que con mucha filosofía sostienen que cada día vivido es un día que le entregan a la muerte. Paquito sabe en cambio que cada día vivido es un día que ha logrado escamotearle a la desgracia, al destino o al azar, o de entre todos los nombres posibles, a su rostro más implacable: la muerte.

Paquito es simpático, entrón, pero no logrará salir de ese círculo constante en el que se encuentra y del que desde luego, no tiene culpa. Se sabe en los pueblos que de cada tres que vienen a este mundo, dos vienen a chingar y uno a no dejarse. Son pueblos mancillados, encantados primero por políticos y luego por narcos y después por una combinación de ambos, una y otra vez.

Vicente Alfonso apunta que eso que el habla popular llama pueblos violentos son en realidad pueblos violentados. Los hicieron así los palos, las balas, los sepulcros, y en tiempos recientes, hasta esa posibilidad les fue negada: la existencia de una tumba en donde los familiares pudieran llorar a sus muertos, rezarles o llevarles flores.

Somos nos confronta con nuestro pasado reciente, en el que reapareció cierta figura que parecía haberse extinguido con las últimas brasas de la revolución: la leva. Si en los albores del siglo XX la leva fue el reclutamiento obligatorio de la población civil a manos de “los fede-

rales”, en pleno apogeo de “los de la letra”, muchos paisanos fueron levantados para realizar trabajos forzados. Todavía no sabemos cuántos de nuestros desaparecidos se transformaron en soldados de una guerra para la que todos los hombres servían, unos para matar y otros para que los mataran.

En 1953, Leopoldo Méndez produjo una xilografía excepcional: *Homenaje a José Guadalupe Posada*. En primer plano, un fornido Posada, gubia en mano, mira por la ventana la escena que habrá de aparecer al día siguiente en el diario: Hombres armados levantan de la calle a otros hombres que, víctimas colaterales, sólo pasaban por allí. A su izquierda, Ricardo y Enrique Flores Magón están por entregar un texto a la imprenta. Ricardo lo sostiene valeroso en la mano. Allí se lee: “No habrá leva, ese pretexto con que los actuales caciques arrancan de su hogar a los hombres a quienes odian”. Detrás suyo, un joven organiza los tipos móviles. Arriba se enmarca una fecha: 1902. Más de cien años después, la leva iba a repetirse.

Somos es una historia escrita para no olvidar y si es posible, para que nunca este horror vuelva a repetirse.

The Leftovers, la narración de la rotura⁶²

Parece que todos quieren algo, un corazón, valentía...
Sí, parece una locura, pero es una época muy loca, ¿no?
—Laurie, *The Leftovers*, T3, E6.

Todos estamos rotos, invariablemente, solo que unos lo disimulan, y otros, a fuer de zurcidos invisibles o costuras de carnicero, hemos aprendido a sobrellevar las heridas. La parábola de Prometeo encadenado a una roca del Cáucaso no es otra cosa que la anunciación del humano vivir con las vísceras de fuera. El que esté libre de dolor, que pase de este texto así como pasa de todo.

En el sufrimiento hay quien se aferra a una religión, a su familia, a las drogas o al arte. Época de murallas que caen y de punzantes fragilidades, la nuestra parece decirnos, que por encima de la verdad propia, a los ojos de otro todos cargamos con una toxicidad a cuestas que le resultará intolerable.

Explicaré por qué *The Leftovers* (HBO), me parece una de las mejores series que he visto recientemente.

62 Publicado el 19 de enero de 2022 en tempomx.com

Creada por Damon Lindelof (guionista de *Lost*) y Tom Perrota (autor de la novela que da origen a la serie), cuenta la historia de los que se quedaron en busca de certezas tras la partida repentina del dos por ciento de la población mundial. Mal haría quien intentara encontrar, en el universo planteado a lo largo de tres temporadas, explicaciones de la “realidad real”. La serie establece desde un principio sus reglas y es fiel a ellas con una fuerza sostenida que crece en el desdoblamiento de sus personajes, sin desperdicio, hasta el último capítulo. No es un alegato sobre cuestiones religiosas o sobrenaturales. Sí, en cambio, es un discurso narrativo para documentar la ausencia, el dolor de la pérdida y la personal elección de nuestras miserias. Al planteamiento de la historia, abona el cuidado de la fotografía y sobre todo, la exquisita sensibilidad musical de Max Richter. Escucharle es ver la tenue luz de un buzo, sumergiéndose en los abismos de la psique humana.

Vi esta serie en plena pandemia, atónito como hemos estado todos ante un virus que no cesa, que muta y nos roba amigos, familiares, instantes, mientras acaba con la poca cordura que la humanidad conservaba. Hoy, más que en 2017, cuando se transmitió en directo el final de esta serie de culto –no es para todos los públicos–, la de *Leftovers* me parece una ficción necesaria para decirnos que aún si no encontráramos las respuestas, es posible arrancarle algo de su belleza al mundo, descarnado y cruel, con la esperanza de un naufragio de Géricault, arrastrado hacia las costas de su propia experiencia.

ACTUALIDAD

Las heridas invisibles⁶³

La violencia que castiga al país entero nos ha dejado en un constante estado de indefensión paralizante. Vivir es resistir, parece ser la consigna de estos días. Sandrine, francesa vecindada en México, conduce con el parasol abajo de manera permanente para no establecer contacto visual con los halcones, como si hacerlo le dotara de un manto de invisibilidad. Le tocó presenciar la ejecución de un chico de quince años. Cada vez que vamos a un restorán, por otro lado, mi amigo Andrés se rehúsa a darle la espalda a la puerta, como temiendo que sicarios vengan por él de un momento a otro. Andrés estuvo hace algunos años –cuando esto apenas se volvía cotidiano– en medio de un fuego cruzado. Sandrine y Andrés son solo dos entre las tantas víctimas “colaterales” de la ola de horror que recorre el país. Vida de espaldas, por miedo a darlas, escribió Carlos Fuentes hacia 1958. Vivir en estos días violentos es saber hacerse invisible, aprender a blindarse contra la muerte, o resignarse a entender que las víctimas son dueñas, acaso y solamente, del supremo poder de no poder.

63 Artículo publicado en *El Ciudadano*. Acapulco, Guerrero, 2013.

Mucho se sabe y poco se nombra. Se le cambia el nombre a lo que se teme, como si con ello se le ahuyentara. La maña, los de la última letra. Que nadie los llame por su nombre, que nadie pretenda nombrándolos, ahuyentarlos. Recién iniciado el actual sexenio, la rumorología habló de una reunión de seguridad nacional en donde los expertos en comunicación del gobierno y asesores extranjeros recomendaron a los funcionarios federales deterrrar de sus discursos, de sus entrevistas, de todas partes, los vocablos malditos: el narco, la guerra contra el hampa. En este sexenio no se glosa aquello que no se puede combatir. No se narran las guerras que se van perdiendo.

Como consecuencia de la violencia en México habría que contemplar —dice el doctor José Navarro, director del Máster en Crisis y Trauma de la Universidad de Salamanca y consultor de Psicología en la Unión Europea— a por lo menos diez víctimas que necesitarán apoyo psicológico. De ellas, dos serán proclives a desarrollar patologías clínicas: depresión, alcoholismo, drogadicción, ansiedad, estrés postraumático, trastornos de personalidad. Si se toma en cuenta la cifra publicada por el Semanario Zeta a noviembre de 2012, que ascendía a 83 mil ejecuciones en México, estamos hablando de 830 mil personas a quienes ha alcanzado la violencia, y de entre quienes 166 mil padecen ya un trastorno irreparable. Si a estas cifras sumamos a los secuestrados, a los desplazados, a los desaparecidos, a los mutilados, a los extorsionados, hablamos entonces de un país herido en las venas, un país que se desangra lentamente. Cada persona vive sin querer su propia guerra. Todo cuerpo necesita una ciudad de refugio.

En su artículo *La tierra del trastorno por estrés postraumático* (Foreign Policy, diciembre-enero 2013, vol. 2, no. 7), Anna Badkhen se pregunta “¿Qué pasa cuando

los campos de batalla físicos y emocionales convergen en una tierra donde las personas han sobrevivido a pesar de la violencia sin fin por generaciones?” Nos encaminamos así a un estado de sufrimiento social, fruto de nuestras heridas personales, silenciosas e invisibles. El país entero es zona de guerra. Víctimas colaterales o directas, todos somos hombres y mujeres rotos.

Mucho se habla de reconstruir el tejido social, pero ¿con qué clase de hilo? ¿con qué ganchos? ¿con qué punto? ¿qué clase de urdimbre haremos? La impotencia crece en todas partes. ¿Quién hablará por nosotros? ¿A quién acudiríamos para defendernos? Si una sensación tiene hoy el mexicano promedio es la de indefensión ante la impunidad. No se denuncia por miedo a los que están del otro lado del escritorio. Se valora el silencio como balsa.

De poco o nada sirve crear instituciones de atención a víctimas que no atienden ni entienden de manera integral el problema. Tampoco se trata de crear, como en Venezuela, ministerios de felicidad. La alegría no se obtiene por decreto. Si el Estado no es capaz de proporcionar un mínimo de bienestar a sus habitantes, si su calidad de vida es cada día menor, poco tienen que hacer sus gobernantes porque ese Estado se encamina hacia la anarquía, hacia la muerte civil.

Tampoco servirán tentativas de construcción para la paz que no entiendan que para garantizar al ser humano los ideales de felicidad, dignidad, paz y justicia, antes se debe trabajar en tareas concretas, de tierra, yendo a las colonias, a los núcleos en donde la violencia estalla de manera cotidiana, atendiendo a las víctimas con apoyo psicológico, pero además generando condiciones que les permitan reintegrarse al estado anterior al suceso traumático que les ha marcado, si no es que a uno mejor. No

habrá ningún esfuerzo capaz de brindar ayuda semejante si no se entiende como un ejercicio transversal, que involucre a la sociedad civil y al gobierno, a instituciones de salud y de derechos humanos, pero sobre todo si no se entiende que para restituir la paz, antes hay que alcanzar mejores niveles económicos y que para alcanzar mejores niveles económicos hay que alcanzar mejores niveles educativos.

¿Cómo tendremos ciudadanos de primera, mientras tengamos individuos de segunda, sin autonomía, sin dignidad y llenos de sufrimiento? Un gobernante que aspire a ser un hombre de Estado entenderá que su gobierno no podrá ser democrático ni aspirar a una sociedad igualitaria si antes no se ocupa de la dimensión individual de cada ser humano, si no se garantiza el derecho a la justicia, a la verdad, pero sobre todo a la reparación de la dignidad de la persona humana.

El cansancio del marino⁶⁴

Vivimos irritados. Un día se caen las bolsas de valores, al siguiente los bancos suben las tasas de referencia e intereses, todos los días los gobernantes parecen haber perdido la brújula; la inseguridad y la pobreza campean por todas partes. No son tiempos de placidez y calma chicha. Nadie nos dijo al zarpar que estaríamos siempre en mitad de la tormenta.

Por si fuera poco, los mercadólogos han reducido a los seres humanos a meros consumidores. Todos los días nos roban nuestros datos personales. Basta que consultemos las propiedades de un antihistamínico en Google para que horas más tarde Facebook nos recomiende otorrinolaringólogos. O viajes. O candidatos. De nada sirven los avisos de privacidad de las aplicaciones a las que accedemos. Si no estamos de acuerdo, no podemos acceder a ellas. Consumimos. O al menos eso piensan quienes nos venden un smartphone, un auto o una computadora. ¿Han visto publicidad de funerarias para millenials? Quizá se deba a que los mercadólogos aún no encuentran la manera de vender la muerte a quienes viven el presen-

64 Publicado el 08 de febrero de 2018 en tempomx.com

te sin preocuparse por el mañana, quizá porque saben que el mañana llegará con tambores de pesimismo nunca antes escuchados. Quizá a eso se deba también que las campañas electorales no muestren ideas sino sensaciones, productos milagro.

Así las cosas, de lo que se trata es de vender hipotecas en forma de sueños. Da lo mismo si se trata de inmobiliarias o de candidatos con ukelele en mano. La cosa es conectar con los millenials porque los millenials compran y son los que inclinarán la balanza económica o política. Quienes nacimos entre 1982 y 2004 seremos más del 70% laboral para 2025. Eso se sabe. Pero, ¿qué futuro podemos esperar si desde ahora se nos llama “el colectivo de los sueños rotos”?

Nos poseen los bienes materiales y la angustia por la información, la tentación de saberlo todo, de estar comunicados todo el tiempo; la ausencia de likes o retuits nos angustia. Si una publicación nuestra no consigue levantar los ánimos siempre encendidos del respetable nos sentimos fútiles, más solos que un eremita en mitad del desierto. Las redes sociales han venido a instalar puntos de comparación antes inimaginables. Para muestra un botón: Barack Obama, al final de su presidencia, tenía 87 millones de seguidores en Twitter mientras que por esas mismas fechas Kylie Jenner contabilizaba 86 millones de seguidores en Instagram. No es nuestra la culpa, solo cargamos, como dice Coetzee en *Diario de un mal año*: “la vergüenza de vivir en estos tiempos”.

¿Cómo haremos para volver a enfocar la percepción de los sentidos hacia la trascendencia? Tendríamos que estar trabajando en una inteligencia más activa, menos artificial, o como mínimo en un algoritmo que en lugar de adivinar lo que queremos comprar, sea capaz

de mitigar nuestras sensaciones más intempestivas, o de calmar nuestros miedos más profundos. Hasta aquí mi sarcasmo. Corrijo. Lograr la regeneración intelectual y la transformación social pasa necesariamente por volver a los orígenes, regresar al punto de partida para divisar desde allí el objetivo de la larga marcha de la humanidad.

Edouard Schuré alertó en *Los grandes iniciados* hace más de un siglo sobre los síntomas de la vida moderna: “[...] Luego nos damos cuenta de que esta debilidad es lo que el cansancio del marino presto a soltar el remo en mitad de la borrasca. Alguien ha dicho: el hombre ha nacido en un hueco de onda y no sabe nada del vasto océano que se extiende ante él y a sus espaldas. Eso es verdad; pero la mística trascendente empuja nuestra barca hacia la cresta de la ola y allí, siempre azotados por la furia de la tempestad, percibimos su ritmo grandioso; y la mirada, midiendo la bóveda del cielo, reposa en la calma del firmamento azul”.

¿Verdad que no estaría mal volver a preguntarnos como nuestros mayores, quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos?

El país de nuestros recuerdos⁶⁵

Somos tierra, hálito de los dioses que nos hicieron melancólicos, a su imagen y semejanza. Somos eternos migrantes. Abraham, desterrado de la tierra de Ur, parte en busca de nuevos horizontes para la nación que dios le ha dicho que habrá de fundar. Extrañamos nuestros paraísos particulares aunque abjuremos de ellos con el alma. Pienso en un verso de José Emilio Pacheco: “No amo mi patria. Su fulgor abstracto es inasible”.

El tema encuentra infinitas bifurcaciones como judíos errantes tiene la historia. Walter Benjamin llega a Portbou, un pequeño pueblo de la costa catalana un 25 de septiembre de 1940. Viene huyendo de la Alemania nazi, no tiene visado francés de salida y los españoles le niegan el ingreso al país. Le permiten descansar en la Fonda de Francia. Piensa que no habrá retorno o que acabará en manos inclementes. Se suicida. La policía registra su deceso como Benjamin Walter y asumiendo que es católico le ofician una misa de difuntos. Lo entierran tres días mas tarde. Ya no alcanzará a enterarse de que a sus compañeros de viaje finalmente sí les conceden el

65 Publicado el 11 de mayo de 2018 en tempomx.com

visado. Atravesarán la península hasta Lisboa y tomarán un barco para llegar a Norteamérica, como Benjamin quería. El ángel de la historia aletea estrábico mientras uno de los pensadores más importantes del siglo XX se queda en el camino, víctima de una guerra y un desplazamiento forzoso, sin poder ver de nuevo su patria, ni allende la mar.

Hace un par de semanas partió de México Fernando Vallejo, famoso por sus furiosas invectivas contra todo lo que se le atravesara. Vallejo había llegado al país en 1971 sentenciando que jamás volvería a su natal Colombia, “la mala patria”, como le llamaba. El 19 de septiembre pasado vio desde la azotea de su departamento en la Condesa, derrumbarse el edificio de *Ámsterdam 107*. No volvió a ser el mismo. Quizá nadie de quienes vivimos el sismo del 19 de septiembre volveremos a ser los mismos. En octubre pasado Vallejo amenazó de muerte a un vecino por desencuentros respecto a la administración del edificio. Días después le acuchilló el bíceps izquierdo. Las grietas de la memoria se reparan con mayor dificultad que los daños estructurales de los edificios. Falta por hacer el recuento de los daños psicológicos de los capitalinos. No hay quien viva sin temor a la alerta sísmica, más estresante que la grabación de quienes compran colchones, refrigeradores, lavadoras, microondas, o algo de fierro viejo que vendan. Tres meses después, Vallejo vio fallecer a su pareja, el escenógrafo David Antón, de 94 años. El 14 de abril volvió a Colombia, dejando atrás una denuncia penal por tentativa de homicidio. Volvió finalmente a la “mala patria” de sus entrañas.

Las migraciones tienen ese fulgor inasible del poema de Josemilio. Las hay de otro tipo, por supuesto. El estudio “Episodios de desplazamiento interno for-

zado masivo en México” de la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, señala que tan solo en 2017, 11 mil 232 mexicanos fueron desplazados de sus territorios por la violencia de grupos armados. 329 mil 917, desde 2006, de los cuales el 60% son indígenas. Vuelvo a pensar en el poema *Alta traición*: “No amo mi patria. Su fulgor abstracto es inasible. Pero (aunque suene mal) daría la vida por diez lugares suyos, cierta gente, puertos, bosques de pinos, fortalezas, una ciudad deshecha, gris, monstruosa, varias figuras de su historia, montañas, y tres o cuatro ríos”. Quizá por eso uno está tratando siempre de volver a donde ha sido feliz, aunque Sabina nos instruya lo contrario, y aunque el drama trágico de nuestro tiempo sea con Vila-Matas, que no sabemos muy bien cómo volver a casa.

Inteligencia emocional, ¿para qué?⁶⁶

Aceptémoslo: Nuestra sociedad padece una angustia crónica, el encabronamiento es cotidiano y colectivo; faltan remansos de paz y sobran idiotas. Estamos estresados. El año pasado causaban sensación los “spinners” entre niñas y niños en edad escolar. Recuerdo haberle preguntado a un niño de nueve años por qué todos querían tener uno. Es que sirven para el estrés, me dijo, dejándome descolocado.

Por estas fechas, en Youtube triunfan entre nuestras criaturas los vídeos de gente que enseña a hacer “slimes”, una sustancia viscosa que me recuerda a Pegajoso, (*Slimer* en inglés) la mascota de los Cazafantasmas. Los “slimes” se venden por todas partes, en todos los colores. Pero, ¿qué hacen con ellos? Le pregunté a mi hija hace poco. Nada, papá, solo relajan. ¿Qué preocupaciones podrían tener niñas y niños de menos de diez años? La histeria de nuestro tiempo se está apoderando de todos.

En su extraordinario libro *La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el cociente intelectual*, Daniel

66 Publicado el 03 de agosto de 2018 en tempomx.com

Goleman se pregunta qué hace que personas con un elevado coeficiente intelectual tengan dificultades mientras personas de cociente intelectual modesto puedan desempeñarse sorprendentemente bien. Vivir en tiempos revueltos exige de nosotros dominio de sí mismo y compasión. Parece fácil, pero no lo es.

Goleman sostiene que nuestros primeros recuerdos emocionales se establecen antes de que conozcamos las palabras que expresan la experiencia y, por lo tanto, cuando esos recuerdos emocionales vienen a nuestra mente, no existe un conjunto de pensamientos articulados sobre la respuesta que nos domina. Muchos culpan a su temperamento, dicen que infancia es destino. Parecen olvidar una verdad casi científica: la felicidad es pasajera, pero el demonio es constante.

Si la mayor parte de las decisiones que tomamos tienen base en nuestras emociones y no existe una inteligencia monolítica sino inteligencias múltiples, entonces, ¿por qué nos preocupamos por educar nuestro intelecto y no por desarrollar la inteligencia límbica, que afecta a nuestros demás sentidos? Si se duda aún de este planteamiento piénsese en lo siguiente: ¿Nos mueven el amor, la fe o la esperanza? ¿Encontramos asiento para estos valores en la fría racionalidad cognitiva?

Peter Salovey, psicólogo de Yale, identifica cinco pasos para trabajar nuestra inteligencia emocional:

1. *Conocer las propias emociones.* No tener claro nuestro mapa emocional nos impide comprender por qué actuamos de la forma en que lo hacemos. Conócete a ti mismo, mandaba el oráculo de Delfos.
2. *Manejar las emociones.* Serenarnos, librarnos de la ira, la ansiedad o la tristeza, es esencial para afron-

tar los sinsabores de la cotidianidad.

3. *La propia motivación.* Mantenernos enfocados en lo importante nos hará desechar las trivialidades o preocupaciones que nos consumen tiempo y nos hacen menos eficaces y productivos.
4. *Reconocer emociones en los demás.* Empatizar es ponerse en los zapatos del otro, aprender a mirar con visiones distintas a la nuestra. Cuando se ve el bosque, más allá del árbol, comienza a cambiar la percepción sesgada que hemos mantenido como cosa cierta.
5. *Manejar las relaciones.* Este punto es quizá la joya de la corona. Implica poner en marcha las cuatro acciones anteriores, y sumar a ellas el liderazgo y la eficacia interpersonal.

Nos domina nuestra inteligencia primitiva. Controlar los impulsos supone una lucha constante, y la puesta en marcha de estrategias que nos ayuden a tomar decisiones menos aceleradas. Goleman sugiere un gran póster con un semáforo de seis pasos:

Luz roja:

1. Detente, cálmate, y piensa antes de actuar.

Luz amarilla:

1. Cuenta el problema y di cómo te sientes.
2. Proponte un objetivo positivo.
3. Piensa en una cantidad de soluciones.
4. Piensa en las consecuencias posteriores.

Luz verde:

5. Adelante, pon en práctica el mejor plan.

Cuenta la Escritura que Jesús escogió en sus recorridos por las riberas del Mar de Galilea a hombres iletrados

como apóstoles. ¿Qué tenían estos pescadores que no haya encontrado el Cristo entre los rabinos de Jerusalén? Paz mental, riqueza de espíritu, humildad para cambiar. Fue esa humildad y esa apertura mental la que hizo una transformación que ha sobrevivido a los vendavales del humor social para llegar hasta nuestros días en forma de amorosa doctrina. La inteligencia emocional habita en las pequeñas cosas. Dedicarle tiempo a formar generaciones emocionalmente inteligentes es uno de los desafíos más grandes de nuestro tiempo.

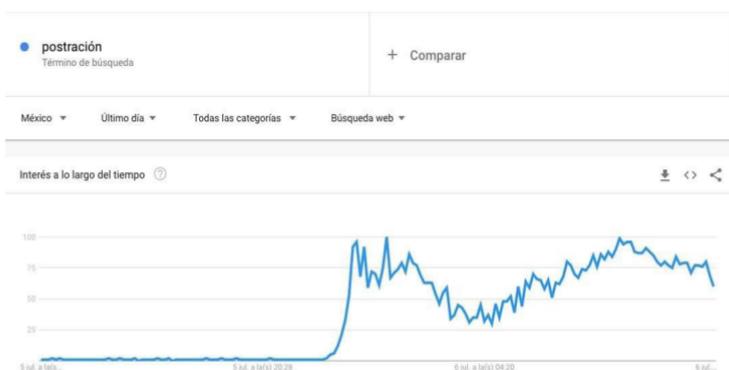
En estado de postración⁶⁷

Quienes me conocen saben que una de mis especialidades es hacer chistes muy elaborados de los que nadie se ríe, salvo por condescendencia –sospecho– un par de amigos. El 22 de junio tuiteé uno de muy escasa resonancia. Acababa de llenar el formulario de registro para la vacunación por el COVID-19 y me llamó la atención una pregunta: ¿Se encuentra usted en estado de postración? Me dije que faltaban opciones: ¿De qué tipo de postración estábamos hablando? Porque si bien se entendía que se refería a la postración física, las hay de otro tipo, moral y espiritual, por hablar de las más frecuentes.

La cuestión fue intrascendente hasta hace unos días en que llegó el turno de registro para quienes tienen entre 18 y 29 años de edad. Los jóvenes coparon los motores de búsqueda al tiempo que ocupaban las tendencias en redes con una intriga: ¿De qué se trataba aquella palabra? ¿Qué quería decir? La memósfera hizo lo suyo con 99.9% de mayor efectividad que mi mal chiste: “postración es la acción de comer postres, hacer la postración”, por citar el más recurrente. El lunes 5 de julio, Google

67 Publicado el 08 de julio de 2021 en tempomx.com

Trends registraba 2 millones de búsquedas inquiriendo el significado de “postración”, llegando a superar incluso las tendencias relacionadas con la Copa América o la Eurocopa. Lo realmente preocupante es que las métricas arrojan el hecho de que no pocas generaciones se encuentren en estado de postración lingüística. Un joven tuitero se defendía así de los señalamientos: “no somos una generación ignorante, somos una generación que investiga, que no se queda con la duda”. Pues eso.



Carlos Monsiváis decía que en nuestro tiempo las malas palabras eran aquellas cuyo significado había que buscar en los diccionarios. Y sí, se dispararon las búsquedas, pero, ¿cuántos de los que ejercieron su derecho democrático al conocimiento habrá acudido a un diccionario en la biblioteca de su casa en busca del palabra o habrá profundizado más allá de la definición del Oxford Languages que arroja en automático el buscador en línea?

postración

nombre femenino

1.

Acción de postrar o postrarse.

“la postración de los bizantinos y bárbaros ante el emperador”

2.

Estado de abatimiento o decaimiento en que se encuentra una persona por causa de una enfermedad o un sentimiento de gran tristeza.

“mostraban un estado de postración acorde con unos cuarenta grados de fiebre”

¿Alguien habrá acudido por curiosidad al María Moliner? ¿Alguien –además de los lingüistas, escritores y estudiantes de letras– se acordará todavía de esa gran mujer aragonesa que, en sus horas libres de bibliotecaria, pergeñó un diccionario de uso del español que aspiraba a registrar el idioma vivo? 15 años le tomó terminarlo, habiéndolo empezado en 1951. Cachaba palabras de la calle y de los periódicos. En sentido contrario al suyo, la Real Academia Española consignaba por entonces palabras en desuso. Su diccionario era el cementerio a donde iban a morir los vocablos. Sobra decir que María Moliner, cuyo diccionario está compuesto por dos tomos y casi tres mil páginas, nunca fue admitida por la RAE, que a mi modo de ver ni es real ni es academia. Me imagino a sus miembros, esa abrumadora mayoría de señores, con olor a naftalina y a escocés de una sola malta, en estado de verdadera postración intelectual.

El primer registro de la palabra en comentario es del *Diccionario muy copioso de la lengua española y francesa* de Juan

Palet, de 1604. Según el portal iedra.es su uso fue incrementándose mediado el siglo XIX y alcanzó su pico más alto en 1900. La primera década del siglo XXI la vio declinar, en franca caída libre.

- Uso en el tiempo:



Fuente: iedra.es

He pensado en un personaje para algún cuento o novela que no sea otra cosa sino un ávido lector de diccionarios, pues de niño podía pasar horas escudriñando el único diccionario que había en casa: el *Pequeño Larousse Ilustrado*. Al lector o lectora interesados en practicar esta útil afición, sugeriría conseguir el *Diccionario de ideas afines* de Fernando Corripio, valioso a la hora de encontrar eso que tenemos en la punta de la lengua, lo que queremos decir pero que no sabemos bien a bien precisar.

Este gran confinamiento nos ha dejado en múltiples estados de postración: económica, moral, física, nerviosa, social, política, material, mental, anímica, histórica, presente, intensa, humana, dolorosa, científica, mortal, cívica, comercial, agrícola, lastimosa, psicológica, causada, interna y externa, vergonzosa, por citar algunos de sus tipos. Es valioso que alguien haya usado la palabra

postración en un formulario de gobierno para sacudir las mentes aletargadas de nuestro aquí y ahora. Por eso, si tuviera oportunidad de hacerlo, propondría en adelante que todos los trámites esenciales de la burocracia nacional incluyeran malas palabras, de esas que hay que buscar en los diccionarios, a fin de ilustrar al respetable público. Imaginemos, por ejemplo, el instructivo para un análisis de laboratorio del ISSSTE: Favor de presentarse sin haber manducado ocho horas antes.

Así, al menos estaríamos haciendo patria, educando a las generaciones del porvenir, sacándolas de su postración lingüística y de la miseria cultural en que nos encontramos.

HISTORIA

La vida íntima de los barcos⁶⁸

Los barcos tienen una vida íntima, lo mismo que los trenes o los aviones. Los autos no alcanzan a tenerla porque se reproducen en serie y por millares. Un barco en cambio tiene un hacedor y un propósito, requiere destino y destinatarios. Hay hombres que nacieron para surcar las aguas y hombres de tierra adentro; hombres que vuelan, como el *Mr. Vertigo* de Paul Auster y hombres que albergan a diario una íntima incertidumbre hacia los trenes, como el *Guardagujas* de Arreola.

Yo soy un hombre de tierra adentro, y por eso respeto a quienes se hacen a la mar sin tener claro si llegarán a buen puerto o los encontrará en altamar la marejada. Me gusta esta idea de Sergio Pitol en *El arte de la fuga*: De una sola cosa tendrá certeza el viajero, del momento de la partida.

Hacia 1965, Pitol traducirá uno de los libros clave en la narrativa del siglo XX, al que se le ha hecho muy poca justicia: *Las puertas del paraíso*, de Jerzy Andrzejewski. El libro, que consta de solo dos párrafos, el

68 Publicado el 28 de junio de 2019 en tempomx.com

primero –extenuante sin puntos ni puntos y comas– de más de cuarenta mil palabras y el segundo de solo cinco, cuenta la Cruzada de los Niños, sobre la que también escribió Marcel Schwob, y glosa el sufrimiento, el candor, el deseo, la fe en dios, los asideros de los migrantes que nada saben del lugar hacia el cual se dirigen. Un grupo de peregrinos caminan hacia Jerusalén, sin mayor certeza que el momento de la partida.

Todas las migraciones duelen, aunque no le duelen a todos los hombres en todo lugar y en todo tiempo. Menuda paradoja es celebrar los ochenta años del desembarco del Sinaia –buque emblemático del exilio español– cuando Trump endurece su demanda hacia México para contener a la migración centroamericana. Los niños migran como quizá nadie más puede hacerlo, entre el candor y la valentía.

Detengámonos en la historia de otro barco y de otros niños que partieron de España rumbo a México el 27 de mayo de 1937, exiliados bajo el único crimen de ser hijos de republicanos que enfrentaban al golpista Franco. Los niños zarparon en Burdeos y desembarcaron en Veracruz con la protección y hospitalidad del general Lázaro Cárdenas. Venían a bordo del mismo barco que tres años atrás había repatriado a Carmelita Romero Rubio: El *Mexique*. Luego viajaron en tren hasta Morelia.

El gobierno de Cárdenas los acogió, les educó y alimentó hasta 1948. Muchos no volvieron ni supieron más de sus padres, cuyo contacto fue imposible con el triunfo franquista y el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Algunos se perdieron en la clandestinidad del paisaje mexicano. No hay un registro puntual de todos los que fueron y en dónde están o estuvieron. Muchos de ellos han muerto ya, otros son hoy ancianos que guardan

en la memoria recuerdos distantes de sus padres, de sus hogares.

Lázaro Cárdenas conocía en carne propia el dolor de la guerra. Había perdido casi todas sus batallas. No se distinguió por su genio militar sino por su alma grande. Y es probable que por esa alma grande de padre, de Tata, como aún le llaman los indios viejos en muchos pueblos de México, acogiera a quienes padecían esos mismos dolores. Y es probable también, que Cárdenas comprendiera que ser republicano o liberal, o burgués o descastado, en este caso daba igual, si se era doliente, doloroso.

A principios de 2018 buscando libros para mis hijas encontré uno que se llamaba *Mexique. El nombre del barco*. Con ilustraciones duras y enternecedoras de Ana Penyas, María José Ferrada se pregunta: “¿Guardará el mar el nombre de todos los barcos?”. ¿Tiene sentido que los niños lean historias tristes? Monterroso habría dicho que sí porque todo buen cuento es un cuento triste. Me dije que una vez más había llegado tarde a una frase que me habría gustado escribir, y como ya estaba escrita, no me quedó más que consignarla: “¿Guardará el mar el nombre de todos los barcos?”

¿Cuántas historias contaría el *Mexique* si pudiera? O el *Sinaia* que cumple 80 años de su llegada a costas mexicanas con niños exiliados. Apenas 12 años después de haber sido construido, el 19 de junio de 1940 el *Mexique* se hundió en el puerto de Le Verdon, en el estuario del Gironde, al explotar una mina magnética.

En los años de la guerra, todo fue efímero, todo pasó muy fugazmente. Otros barcos acabaron hundidos en arrecifes, o torpedeados en alta mar, llevándose consigo la memoria de muchas gentes. Me gusta pensar que hay

un sitio especial que guarda los recuerdos de los niños que migran y que por alguna razón no alcanzan a llegar a destino, aún cuando caminan toda la noche sin perder la esperanza.

Quince días en las soledades americanas⁶⁹

—Qué país del demonio es este —dije—,
en el que usan osos como perros guardianes.

—Alexis de Tocqueville

Hay dos viajeros europeos que me producen admiración por la profundidad de sus observaciones: el Barón alemán Alexander Von Humboldt y su casi tocayo francés, Alexis Henri Charles de Clérel, vizconde de Tocqueville. La erudición de ambos es prodigiosa para su edad y para su tiempo, sin hablar de que por su condición de clase, ambos serían catalogados hoy como los más fifis entre fifis. Mientras que la sabiduría de Humboldt explora diversas disciplinas, como la geografía, las ciencias naturales y el humanismo, Tocqueville enfoca su pensamiento en la ciencia política, la sociología y el derecho.

El lector interesado en cuestiones políticas habrá leído de Tocqueville, *La democracia en América*, texto esencial para entender el naciente sistema político estadounidense del siglo XIX. Hoy, sin embargo, quiero referirme a *Quinze jours dans le désert*, traducido poéti-

69 Publicado el 12 de julio de 2019 en tempomx.com

camente y con gran sentido histórico al español por Mariano López Carrillo, como *Quince días en las soledades americanas*.

Alexis de Tocqueville tiene 26 años cuando en 1831 se embarca hacia Estados Unidos con su amigo Gustave de Beaumont, con la intención de estudiar el sistema penitenciario norteamericano. El contexto social le es adverso. Carlos X ha abdicado y Luis Felipe I, “el rey burgués”, impone un nuevo orden que le asesta una fuerte derrota a la aristocracia de la cual Tocqueville forma parte. Lejos de nublar su visión, el cambio de timón en Francia hace de Tocqueville un agudo observador sobre la vida pública de Europa y de América.

Estados Unidos es para entonces, unas cuantas grandes ciudades y amplias arideces. Y sin embargo a Tocqueville se le complica encontrar “las soledades más salvajes” en donde las tribus indias se han recluido. “Hoy en día resulta mucho más difícil encontrar el desierto de lo que uno podría esperar”, escribe al inicio de este vibrante cuaderno de viajes, que se lee de un tirón, no sin maravillarnos de su preciso análisis sobre el espíritu de los colonizadores. Transcribo algunas de sus observaciones:

“De año en año las soledades se transforman en pueblos y los pueblos en ciudades. Testigo cotidiano de semejantes maravillas, el americano no ve en todo ello nada de extraordinario. Considera esta increíble destrucción y este crecimiento más impresionante si cabe como parte del curso natural de las cosas y a ello se acostumbra como si del orden inmutable de la naturaleza se tratara. [...] En medio de esta sociedad tan prudente, tan mojigata, tan pedante en lo tocante a la moralidad y a la virtud, uno descubre una sensibilidad completa, una suerte de egoísmo frío e implacable cuando se trata de los indígenas americanos. [...] Que uno le conceda valor a los grandes árboles y a las soledades es algo que no le cabe en la cabeza” (al hombre americano).

Este libro es además un fiel registro etnológico que nos

permite entender por qué en Norteamérica campea el individualismo, el combate salvaje hacia la prosperidad, la voluntad de los constructores de rascacielos o el enfebrecido nacionalismo trumpista. Sus líneas parecen premonitorias:

“Nación de conquistadores, que acepta domesticar la vida salvaje sin dejarse nunca seducir por sus encantos, que solo aprecia de la civilización y de las luces su utilidad para alcanzar el bienestar [...] Pueblo nómada, al que no arredran ni ríos ni lagos, ante el cual caen los bosques y las praderas se somborean, y que, una vez alcanzado el Océano Pacífico, volverá sobre sus pasos para turbar y destruir la sociedad que haya dejado tras de sí”.

Sorprende la mano del artista que va dando pinceladas para describirnos el paisaje de los desiertos conforme se adentra en ellos y la vida allí, como si de una película de Sam Peckinpah se tratara.

Ahora, cuando el desierto se recrudece al interior de las ciudades, y el hombre acude a su yo más primitivo y ancestral, leer este brevísimo cuaderno de viajes de Tocqueville es un deleite para los sentidos y una oportunidad inmejorable para hacer un paréntesis en nuestras vidas ajetreadas, acomodarse en el sillón predilecto de casa con una copa de vino de Napa, mientras Bob Dylan canturrea de fondo una balada lastimera: *How does it feel? To be on your own, with no direction home.*

De no ser por México⁷⁰

Al cumplirse 80 años de la llegada a México de los primeros barcos de refugiados españoles, el historiador José María Murià ha escrito un apasionado alegato de la aportación de nuestro país en los años de la guerra.

A México y a España les unen heridas comunes y cicatrices compartidas. A la larga las heridas cierran, pero toda cicatriz se duele cada vez que aprieta el frío. Nosotros nos dolemos de la guerra sucia de los años setenta y de una fallida guerra contra el narco que entre 2006 y 2012, produjo al menos cuarenta mil muertos y más de doscientos mil desaparecidos.

España sigue sin encontrar a García Lorca y Lorca duele porque es un símbolo de todos aquellos que enterraron en los camellones y en los páramos. En las sumas y restas de la ficción histórica, dos temas me obsesionan: ¿Qué habría sido de García Lorca si hubiera tomado un barco a México? ¿Qué habría pasado con Walter Benjamin, si hubiera aguantado un día más en Portbou, consiguiendo la visa que le permitiera llegar a Nueva York, como pretendía hacerlo?

70 Publicado el 25 de septiembre de 2019 en tempomx.com

Respecto a la guerra civil española se ha escrito mucho. Sobre el exilio republicano en cambio se ha escrito poco y sesgadamente. Se ha hablado de las aportaciones de los grandes maestros: Gaos, Manuel Pedroso, Recaséns Siches, Xirau, Cernuda, Sánchez Vázquez, Remedios Varo, María Zambrano, Díez Canedo, y de cuánto ellos, ellas y muchos otros, vinieron a enriquecer la cultura, la filosofía, la política, las artes y otras disciplinas en nuestro país.

La publicación del libro *De no ser por México* (Miguel Ángel Porrúa, 2019), es un hito en la relectura del exilio español, pues se detiene en temas en los que nadie había reparado: la andadura del presidente Azaña por el Pirineo francés; los vehículos contratados por la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana y puestos a disposición de vascos y catalanes, según obra en el archivo de la cancillería; las gestiones de Adalberto Tejeda –embajador de México en Francia en 1936–, quien antes de que el bloqueo se consolidara a fines de julio de ese año, convenció al gobierno galo de vender a México aviones que luego se entregaron a la causa republicana, y que compró, bajo el mismo procedimiento, un pequeño barco que la historia apenas registra, el *Berbère*, que luego de cambiar su nombre por el de *Jalisco*, realizó viajes a Alicante, repleto de armas para los republicanos.

Tampoco se había dicho, con la contundencia del libro de Murià, que no se habrían expedido 80 mil certificados “en tránsito hacia México” que funcionaron como salvoconductos para víctimas de la guerra en Europa –de los cuales cerca de cincuenta mil refugiados recalaron en México– de no ser por dos figuras centrales: el Cónsul General de México en Francia, Gilberto Bosques y el embajador Luis I. Rodríguez.

Murià ha escrito una narración interesantísima de esos

momentos en que México jugó un rol decisivo. Sabíamos del Sinaia, del *Ipanema* y del *Mexique*. De no ser por México nos habla también del *Flandre*, *De Grasse*, *Nyasasa*, *Marechal*, *Lyautey*, *Guinea*, *Quanca* —antes *Ipiranga*—, *Serpa Pinto*, *Syboney*, *Santo Tomé*.

Apunta Murià que en el mismo barco en que viajaron los niños de Morelia, que desembarcaron en Veracruz el 7 de junio de 1937, venían, en primera clase, los jugadores del Barcelona, que gracias a ello reunieron trece mil dólares en la “gira salvadora”, lo que les permitió subsistir como club de fútbol años después de la guerra. México también salvó a los blaugranas. ¡*Visca Barça!*

Muerto Azaña en un hotel resguardado por la legación mexicana y en consecuencia, en territorio mexicano, el prefecto francés de Montbaun trató de disolver la procesión de dolientes y pidió que no se exhibiera sobre el ataúd la bandera republicana. “Piense usted en la pobre Francia” apeló el prefecto a Luis I. Rodríguez. Murià registra la lapidaria respuesta del embajador mexicano: “Lo cubriré con orgullo la bandera de México; para nosotros será un privilegio, para los republicanos una esperanza y para ustedes, una dolorosa lección.”

La bandera republicana de Azaña reposa en la tumba de Luis I. Rodríguez mientras que la bandera mexicana fue depositada sobre el pecho del presidente español en el momento mismo de su entierro, nos dice Murià, hijo de exiliados españoles y heredero de José Gaos, quien literalmente le pasó los bártulos al morir el 10 de junio de 1969 en el examen doctoral del alumno, ante la mirada atónita de Miguel León Portilla.

Finalmente, señalo una querencia especial del autor referido. Escribe Murià que el 20 de noviembre de 1975 en México se conjugaron, libados con tequila, dos gritos:

¡Muera Franco! ¡Viva México! Si apela al tequila debe ser cierto, pues además de ser fan del destilado –a quien he visto alguna vez sacar un caballito de la bolsa de su saco en el preciso momento de un brindis–, es un estudioso puntual de tan sagrada libación. Para muestra su espléndido estudio *El famoso tequila*, también editado por Miguel Ángel Porrúa, en 2015. *De no ser por México* es por añadidura un delicioso registro de instantes que vale la pena leer a modo de revisión de cuanto se ha escrito sobre el exilio español.

Estridentópolis⁷¹

“La América Hispana ha vivido bajo tres influencias literarias: la de España, la de Francia y la de los estridentistas de Xalapa”, escribió Carleton Beals, investigador estadounidense sobre la cultura latinoamericana (Stefan Baciu, 1983). La afirmación no es ociosa. El movimiento estridentista xalapeño irrumpió en la cultura del siglo XX entre los años 1922 y 1927, con consignas adelantadas a su época: “Chopin a la silla eléctrica”, “Muera el cura Hidalgo”, y la más sabia de todas: “Viva el mole de guajolote”. Uno de los fundadores del movimiento, Germán List Arzubide, reflexionaría años más tarde: “Si se discute en voz levantada, fue nuestra arrogancia la que se plantó frente a los simuladores y farsantes”.

La trascendencia de los estridentistas de Xalapa se aquilata mejor si se mira que ese mismo año comenzó en Brasil el modernismo; es decir, uno y otro fueron la vanguardia hispanoamericana. Los estridentistas eran conscientes de su vocación revolucionaria. De nuevo List Arzubide: “(La revolución) se obliga a sostener lo que peleó en el inmediato pasado; a hacer tanto por ciento

71 Publicado el 27 de enero de 2021 en tempomx.com

lo que fue impulso y lengua de fuego; a vivir para un hecho, cuando se quería antes reducir los instantes a puro anhelo”.

La ciudad, su arquitectura, la construcción de lo urbano, cobran cuerpo en los textos y en las obras de los estridentistas: Manuel Maples Arce, Arqueles Vela, Jean Charlot, Ramón Alva de la Canal, Tina Modotti o Edward Weston. Son ellos los artífices de la invención de Estridentópolis, a.k.a. Xalapa. Vuelve List Arzubide: “¿Qué hicimos? Lo que nadie se atrevía a hacer en México: despertar al sol a la hora en punto. Desempacar las palabras. Sacudirlas al viento vagabundo”. Años más tarde, Octavio Paz, consciente o no de ello, nos recordará la tentativa estridentista en su poema *Las palabras*: “Tuérceles el gaznate, cocinero/ desplúmalas/ destrípalas, toro,/ buey, arrástralas,/ hazlas, poeta,/ haz que se traguen todas sus palabras.”

Las ciudades se reinventan todo el tiempo. Recurrimos al pasado para afirmar nuestra fe en el futuro, un futuro capaz de hacerse escuchar desde nuestra Xalapa hacia México y el mundo, como lo hicieron los estridentistas.

PERSONAJES

Miguel Ángel Porrúa o la persistencia de la memoria⁷²

Miguel Ángel Porrúa sigue siendo librero-editor aún cuando la industria del libro enfrenta enormes desafíos. Por un lado, las editoriales independientes se batan en lucha desigual con los emporios transnacionales que editan libros entre muchas otras mercaderías. Por otro lado, las nuevas generaciones mutan progresivamente a la lectura en línea, en el mejor de los casos, y en el más grave, a la no lectura. Continuar haciendo libros es una aventura quijotesca. Por ello, quizá no sea casualidad que en su andadura de velar armas literarias, lanza en astillero, le acompañen una hija de nombre Aldonza y una nieta llamada Lorenza.

A los nombres de Jorge Herralde o Joaquín Diez-Canedo habría que sumar el de Miguel Ángel Porrúa, por la calidad de sus ediciones, por el compromiso con sus autores y por su pasión de promotor cultural incansable y a contracorriente. Siempre está editando rarezas literarias. Destacan en su acervo, bellas ediciones facsimilares que dan fe de su honda vena mexicanista

72 Publicado el 03 de septiembre de 2018 en tempomx.com

y de su estatura de mexicano universal. Miguel Ángel nos ha permitido acceder a libros antiquísimos que, de otra forma, estarían velados para los lectores de a pie. Ir a visitarlo supone encontrarse con un amplio muestrario artístico. Es uno de los últimos hombres de saberes enciclopédicos en México. Una rápida visita a su biblioteca implica una cátedra sobre los temas más peregrinos, para luego salir de allí con varias joyas librescas bajo el brazo.

Con la quema de la Biblioteca de Alejandría perecieron más de 700,000 volúmenes y con ellos se extinguió una parte fundamental del saber del mundo antiguo. M. A. Porrúa sabe con Heinrich Heine, que allí donde se queman libros se acaba quemando a las personas y condenando al olvido a los pueblos. Por eso, no duda en afirmar que el libro no morirá y que, frente a la obsolescencia de soportes tecnológicos que se ven superados todos los días, hay que dejar constancia impresa de la memoria en medios que puedan leerse siempre; para ello es que hace libros. Su catálogo histórico da cuenta puntual de los 3,000 títulos que ha publicado en cuarenta años de vida editorial, lo mismo de Antropología que de Derecho, de Economía o de Arte, de Literatura y Desarrollo Regional, de Medicina y de Arquitectura y Urbanismo, entre muchas otras categorías.

Su extraordinario humor no se queda a la zaga de su pasión por el arte o de su vasta cultura. Quien lo haya visitado en su oficina recordará que detrás de su escritorio hay un pequeño letrado que advierte: “Tenga la bondad de dirigirse a mí con suavidad, sin alzar el tono de voz y sin contrariarme en modo alguno. A las personas de mi edad, los gritos y discusiones les provocan bruscas subidas de tensión, hiperacidez gástrica, trastornos cardiovasculares, y entonces llego a ponerme muy desagra-

dable”.

En 2014 me llevó allí por primera vez Reyna Monroy, para proponerle la edición de un libro de ensayos y artículos míos que habían ido apareciendo irregularmente y que se habían quedado sueltos. Miguel Ángel hojeó rápidamente el borrador, ducho como es en su oficio. —¿Cuántos años tienes? Me preguntó. —30, le dije. —No, mano, imagínate, si ahorita publicas tu colección de ensayos, ¿qué vas a publicar cuando seas viejo? No me lo publicó, pero decidió brindarme su amistad y me invitó a participar con textos introductorios en la reedición de las *Lecturas Clásicas* que compilara José Vasconcelos a principios del siglo pasado. Gracias a él, puedo decir que una vez fui telonero de Vasconcelos.

Miguel Ángel Porrúa es en suma, un editor impecable, un amigo inmejorable y un ser humano entrañable. Imagino que al preparar sus ediciones piensa en los libros como en cápsulas del tiempo en espera de relecturas, de una nueva luz que aparecerá un día gracias a quienes como él, son celosos guardianes de la memoria.

Para él y para quienes han hecho posible este 40 aniversario, ¡muchas felicidades!

Carta trasatlántica para Antonio Gala⁷³

Querido Antonio:

En 2019 se cumplirán diez años de que “los de la octava” llegamos a vivir al ex convento de Corpus Christi, sede de tu fundación, en Córdoba, que más que española es andaluza, mora y romana. Tan viejos somos ya y tú sigues dando becas y alojando cualquier panda de canallas a los que ves posibilidad de ser artistas. ¿Cuántos hemos pasado ya? ¿Más de doscientos?

Por estas fechas, hace diez años me llamaron por teléfono para avisarme que había sido admitido en la octava promoción. Tomaste el teléfono para felicitarme y darme la bienvenida a tu casa. Yo vivía en la Ciudad de México y mi madre se emocionó mucho cuando le dije que iría a vivir a Córdoba. Pensaba que me refería a la Córdoba veracruzana. Le dije que estaría un poco más lejos, pero que veracruzanos y andaluces nos parecíamos mucho. Andalucía es la madre, Cuba la hija, Veracruz el eco de aquel acento en donde nos reconocemos mutuamente.

73 Publicado el 03 de octubre de 2018 en tempomx.com

Las reglas de tu casa siempre fueron simples. “Os invito a liarse la manta a la cabeza”, nos dijiste. No había que preocuparse por otra cosa más que por crear. Yo escribí un libro de cuentos y una novela y me leí de un tirón más libros de los que he leído nunca. Ese año pasaron muchas cosas. Te oímos contar la historia del Cervatillo y nos estremecimos al recorrer Medina Azahara. Vimos la nevada más copiosa de los últimos cuarenta años. El partido entre el Córdoba y el Rayo Vallecano tuvo que suspenderse. Fuimos a ver a Miguel Poveda y a Joaquín Sabina. Muchas veces nos desvelábamos tanto que no bajábamos a desayunar, pero nadie podrá negar que en pijama, fuimos los tíos más elegantes del vermú de los domingos en la Judería.

Te gustaba salir a caminar con nosotros, tus discípulos. Te seguíamos como mesías laico, a tomar cañas, por cacaroles, a alguna sesión de algún círculo de tus adoratrices. Un día, sobre Ambrosio de Morales, un taxi casi te atropella.

–“Ordinario”, dijiste agitando tu bastón daliniano, el de empuñadura de plata, hacia el taxista. “No sabe que Córdoba es bella sintaxis”.

Siempre soñé con robarte el bastón de Manolete, que, creo recordar, me contaste que te había regalado doña Angustias, la madre del cuarto califa. El bastón se lo habían aventado en prenda al maestro en la plaza México. Yo me veía a menudo hurtando el preciado bien, y devolviéndolo en sigilo a mi país, como si del penacho de Moctezuma se tratara. Lo cierto es que nunca llegué a verlo, aunque en mi memoria lo conozca desde siempre.

Tengo que despedirme. Son tiempos en que ya nadie quiere leer, y menos cartas. Recibe esta carta trasatlántica un día después de tu cumpleaños, tarde, pero sin

sueño. ¡Feliz cumpleaños, querido Antonio! ¡Larga vida!
Y que siga siendo siempre tu fundación esa nave de los
locos con que a la distancia aún sigo soñando.

Natalia Lafourcade, heredera de la tradición⁷⁴

Apenas parecía que nos quedábamos sin referentes en la canción tradicional latinoamericana (se fueron Mercedes Sosa, Chavela Vargas, Oscar Chávez), cuando en plena pandemia recibimos la confirmación de Natalia Lafourcade como una de las grandes exponentes, con *Un canto por México*, vol. 1.

De un tiempo para acá, todos los artistas hacen duetos. No se trata solo de la necesidad de las disqueras de vender asociando dos nombres poderosos en la industria. Acudimos a los rituales del desinterés en el reino de lo efímero. Todo se desvanece rápidamente. Ya ni siquiera podemos hablar del éxito del verano porque una canción supera de inmediato todas las tendencias de escucha y reproducción de vídeo para luego irse al cajón del olvido en menos tiempo del que tomó su creación y producción. De allí que los discos de duetos se hayan vuelto una condición esencial de la industria para sobrevivir unos días más y ya en los excesos, algunas semanas consecutivas. Si observamos con atención los vídeos musicales

74 Publicado el 23 de junio de 2020 en tempomx.com

de unos años para acá (quizá desde *Despacito*), veremos una tendencia a retratar la fiesta, la comunión de cuerpos y almas. Frente a los vídeos que contaban historias de dos que se marchan o se reencuentran, hoy la pantalla de Youtube se llena con mujeres y hombres departiendo alegres –estoy seguro de que alguien lo habrá estudiado y medido para saber por qué funciona–, pero es como si necesitáramos documentar la socialización de los afectos anhelados, en un tiempo en que la soledad espanta.

Me disculpo por el largo paréntesis. Sirva esta parrafada para decir que todos hacen duetos pero Natalia nos da en *Un canto por México, Vol. 1* una lección de coexistencia. Están en el disco Carlos Rivera y Los Cojolites, Leonel García y Jorge Drexler, Panteón Rococó y Los Auténticos Decadentes, entre otros. No se trata de un simple disco de covers y nuevas versiones de temas ya conocidos. Me parece más bien un ejercicio de exploración musical, de variaciones con mucho estudio de por medio. Basta escuchar *Cucurrucucú Paloma*, una canción con grandes referentes como Lola Beltrán, Caetano Veloso, o Juan Diego Flores, que sin duda ponen el listón muy alto a la hora de escuchar una nueva versión. La propuesta de Natalia es diferente a todo lo que habíamos escuchado antes. “Ay, qué cabrona la desdichada”, suelta tras cantar “que todavía la espera, a que regrese la desdichada”.

Desde *Mujer Divina, homenaje a Agustín Lara* (2012), Natalia logró algo casi inaudito: presentarle a los jóvenes a Agustín Lara. El escuálido rapsoda áureo (o sea, el Flaco de Oro) volvió a cantarse y sus acólitos –yo había escuchado muchos años sus letras en las voces de mi abuela y de mi madre– volvimos a maravillarnos con sus versos.

Si Los Macorinos fueron la herencia de Chavela

al disco *Musas*, Los Cojolites le insuflan aires de sur veracruzano a este nuevo disco, ese sur al que nunca se va –al modo de Nacho Vegas–, solo se regresa. El punteo con el que abre la nueva versión de *Hasta la raíz* es memorable. Esta colaboración daría por sí sola para que los músicos de Jáltipan ganen por fin ese Grammy que se les ha negado. O su acompañamiento en *Mi tierra veracruzana*, a la que incluso algunos santones de la música tradicional veracruzana menosprecian por su éxito comercial.

El canto de Natalia Lafourcade no se le parece a ningún otro, aunque escuchas simplistas digan lo contrario. Incluso me parece que ha iluminado el camino de epígonos que tratando de ser, acaban por parecer. A su honda raíz hay que sumar su compromiso social, evidente en *Derecho de nacimiento*, a propósito del Movimiento 132 en 2012: “Yo no nací sin causa/ yo no nací sin fe”. O su apoyo a la reconstrucción del Centro de Documentación del Son Jarocho en Jáltipan, abatido tras el sismo de 2017. Natalia sabe que a la memoria hay que protegerla como a la llama del fuego cuando se le aviva para que no se extinga.

“Donde hay dolor y falte luz, que mi garganta cante”, dice con Kany García en *Remamos*. En este poco amable 2020, *Un canto por México* es un bálsamo de alegría y un remanso de emoción para quienes llevamos a nuestra tierra en la piel, esa tierra en la que no dejamos de pensar cuando estamos lejos, y que nomás “en llegandito” a ella, ya estamos queriendo no dejarla nunca.

Oración para Fernando Santiago⁷⁵

A Toñi e Indira Biadxi

Fernando Santiago Vásquez fue uno de los hombres que dispersó la danza. Zapoteco, vino a recalar en Xalapa, y aquí se quedó para alumbrar el pensamiento de muchos jóvenes que pasaron por las aulas de la Facultad de Derecho de la Universidad Veracruzana. Ejerció la docencia como una profesión de fe, incluso en los momentos más oscuros de la enfermedad. Docto romanista, tenía una sensibilidad especial por las artes, especialmente por la pintura, la música y la literatura. Defensor de la pluriculturalidad y de la preservación de las lenguas maternas, entregó su tiempo con pasión a la organización de charlas, recitales, conciertos. Fernando sabía que no basta invocar a la justicia para impetrar sus favores. La justicia es una llama perpetua en el corazón de los hombres. Pocos escuchan su crepitar y menos aún, alientan su lengua de fuego para que no se extinga. Fernando supo que hay un solo camino para ello: el humanismo, aunque en tiempos pragmáticos, quien lo ejerce sea visto como una *rara avis*.

75 Publicado el 12 de marzo de 2022 en tempomx.com

Era además un cruzado: acompañó al zapatismo en su caravana por el territorio veracruzano. Le dolía Acteal. Le encabronaba la injusticia dondequiera que habitara. Acompañó a Ofelia Medina en los trabajos y los días por la dignidad de la niñez chiapaneca. Amigo de nuestra querida escritora Esther Hernández Palacios, creó e impulsó la cátedra Aureliano Hernández Palacios. Me distinguió con su amistad y me honró invitándome a charlar con sus alumnos, en la cátedra intersemestral que impartía sobre Historia del Derecho Mexicano. También nos acompañó en las tareas que emprendimos en *Son la Esperanza*. Si había que llevar libros a la juventud veracruzana, ahí estaba Fernando. Si había que hacer de niño –tarea, por cierto, no exenta de gran responsabilidad– para llevar estudiantes a la Ciudad de México, a conocer las Cámaras del Congreso de la Unión, ahí estaba Fernando, diligente y animoso.

El humano se separa de lo animal cuando aprende a cocinar lo que come y solo en ese momento sabe que si no es posible cortarle a la epopeya un gajo, al menos podemos robarle algunos manjares a los dioses. Fernando era un gastrónomo empedernido, por no decirle tragón. No era raro visitarle y encontrar en su casa a la gran Raquel Torres, charlando amena. O sorprenderlo en la cocina, intentando apañar el secreto de las recetas yucatecas de nuestra querida Hilda. Quedan en el recuerdo de nuestras familias los festines opíparos de que dimos cuenta en la calidez de los fogones, los vinos escanciados y las larguísimas sobremesas en las que hablábamos de todo, pero siempre volvíamos a una pasión compartida, origen y destino: Oaxaca, con sus dos santos patronos, Andrés Henestrosa y Francisco Toledo. Charlamos en los pasos perdidos de su casa, por última vez, durante la pande-

mia. Estaba preocupado por el futuro de la educación en nuestro Estado. Encomió la vocación docente y me animó a ella. Luego hablamos de nahuales, de aparecidos y quedamos para cocinar, en su horno istmeño, de barro, un pescado al horno que en Juchitán llaman *Benda'yagüi*. Cuando llegue el día, cumpliremos esa cita pendiente.

Guendanabani xhianga' sicarú

–La vida es hermosa

ne gastirú' ni ugaanda laa

–nada se le compara

Diuxi biseenda' laanu guidxilayú

–Dios nos mandó a esta tierra

ne laa cuidxi laanu ra nuu

–y Él mismo nos llamará a su lado...

Pisa suave, pisa ligero, querido Fer. *Xunaxidó' nga gapa' laanu ndaani' na'* Que la diosa te acune en sus brazos.

Diez razones por las que siempre preferiré antes a Onetti que a Vargas Llosa

1. Porque cuando vivió sus últimos años en España, se encerró en su cama a leer novelas policíacas y no anduvo de cusco en fiestas y cocteles de moda, viejo demodé.
2. Porque una vez tuvo una dentadura perfecta –dijo cuando le quedaba un solo diente– “pero se la regalé a Vargas Llosa”.
3. Porque desdeñó esa dentadura perfecta y no vivió jamás en la dictadura perfecta de la revista *Hola*.
4. Porque cuando *La casa verde* de Vargas Llosa le ganó el Premio Rómulo Gallegos a *Juntacadáveres* de Onetti, este supo definir mordaz el estilo de Vargas Llosa: “es que el burdel de Mario tiene orquesta y el mío no”.
5. Porque a Onetti le venían guangos los premios, las revistas y el glamour. Y si Perón prohibía territorios como Buenos Aires, ¡qué carajos! Onetti inventaba un mundo: Santa María.
6. Porque Vargas Llosa nunca pudo ni podrá ya escribir un solo cuento como “El infierno tan temido” o “Bienvenido Bob”.
7. Porque Vargas Llosa puede ser un estilista impolu-

to, pero le falta la sustancia vital que rebosa la obra onettiana.

8. Porque *La vida breve* de Onetti abre caminos para la novela moderna en América Latina. Porque si Faulkner es Dios, Onetti es su profeta.
9. Porque fue Vargas Llosa quien terminó escribiendo un libro sobre la obra de Onetti y no al vesre.

Y finalmente:

10. Porque Onetti ni en sus sueños más salvajes habría tenido un paraíso fiscal... en la otra esquina.



Esta obra se terminó de imprimir en junio de 2024.

La edición estuvo al cuidado de Tempo Editorial.

Su tiraje consta de 500 ejemplares y fue elaborado en los Talleres
de:

Editora Alternativa Periodística SA de CV Calle Miguel Planas No. 21
Colonia Vallejo Poniente.
Delegación Gustavo A. Madero C.P. 07790
Ciudad de México
Tels. (52) 55 5556 9525, (52) 55 3626 0443



Este libro reúne textos de la segunda década que he dedicado a la escritura. La primera parte, *Nosotros elegiremos Ítaca*, comprende cinco ensayos con la certeza de que uno vuelve siempre a sus querencias, aunque la vuelta a casa represente esfuerzos homéricos. La segunda parte, *El dios desconocido*, compila los artículos publicados entre 2013 y 2023 en diversos medios impresos y digitales mientras afirma el propósito de seguir buscando la luz en mitad de la oscuridad que nos circunda. Estos textos reúnen esa voluntad de seguir escribiendo desde los márgenes, solo porque las letras nos importan.

- DG